

NATIVEL PRECIADO

Nadie pudo con ellos



*Toda una vida luchando
por los derechos y la libertad*

Lectulandia

Hubo muchos españoles que nunca se doblegaron, ni se acobardaron, ni se sometieron al poder de un hombre que impuso su propia ley por la fuerza. Cuando en España llovían piedras, aguantaron la tormenta, soportaron palizas, golpes físicos, morales y políticos, pero siempre se mantuvieron de pie. Este libro nace de la curiosidad que despiertan esos seres humildes y extraordinarios que se juegan la vida por los demás, que no se abandonan a la desesperanza, a la amargura o al cansancio. Admiramos su generosidad, pero nos abruma su grandeza. ¿De qué pasta están hechos los héroes que resisten huelgas de hambre, torturas y años de cárcel? ¿Por qué hay personas capaces de trascender y elevarse por encima de un destino atroz, y otras, sin embargo, se comportan como sabandijas? ¿Por qué unos se rebelan y otros se someten?

Hoy, muchos jóvenes han tomado las calles para provocar una insurrección pacífica contra ciertas injusticias. En tiempos más difíciles, los protagonistas de esta historia tuvieron un enemigo peor y resistieron. A pesar de los pronósticos más fatalistas, la actual generación no está perdida.

Nadie pudo con ellos relata uno de los periodos más turbulentos de la historia de España, a través del testimonio de una mujer muy especial, Josefina Samper, viuda del líder sindical Marcelino Camacho. Pertenecen a un momento histórico y a una clase social que padeció hambre, miseria, el exilio, una guerra civil y una represión política durante cuatro décadas. Sus testimonios sobre la resistencia reflejan la dureza de la vida clandestina, los esfuerzos de quienes lucharon contra la dictadura, los acontecimientos que la censura trató de ocultar y los sueños que se perdieron por el camino. ¿Quién habla de victorias? Resistir lo es todo.

Lectulandia

Nativel Preciado

Nadie pudo con ellos

Toda una vida luchando por los derechos y la libertad

ePub r1.0

ugesan64 01.11.14

Título original: *Nadie pudo con ellos*
Nativel Preciado, 2011

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A los jóvenes que manifiestan su indignación.

A los que hacen lo posible por adecentar el mundo.

A los héroes anónimos que durante la dictadura se jugaron la vida por la democracia y la libertad y, a veces, la perdieron.

A la memoria de Lucía González Alonso.

PRÓLOGO

Hagamos memoria, a ser posible, sin manipulaciones interesadas o recuerdos alterados por el paso del tiempo. La siguiente historia se centra en una familia que mantuvo siempre convicciones muy profundas, por las que combatió toda una vida que en varias ocasiones estuvo a punto de perder. Marcelino Camacho, Josefina Samper y sus dos hijos se la jugaron multitud de veces para defender los derechos de los trabajadores, la dignidad y, en definitiva, la libertad. Una libertad que era incompatible con la dictadura. Y aunque el dictador murió en la cama, hubo muchos ciudadanos que nunca se doblegaron, ni se acobardaron, ni se sometieron al poder de aquel hombre que impuso su propia ley por la fuerza. Soportaron palizas de distinta entidad. Recibieron golpes físicos, morales y políticos, pero lo importante es que se mantuvieron en pie.

Si he elegido a los Camacho como ejemplo de resistencia y dignidad es porque su historia carece de grietas, fisuras o desfallecimientos. Cuando en España llovían piedras, ellos aguantaron la tormenta a cuerpo descubierto. No fueron los únicos, porque la lucha contra el franquismo se hizo entre los de dentro y los de fuera, los de cerca y los de lejos, los radicales y los moderados. Pero lo esencial de aquel tiempo fue la movilización popular, las huelgas, las protestas y las manifestaciones de trabajadores, sindicalistas, universitarios, estudiantes, curas obreros, abogados... que oponían su resistencia desde el interior. Se necesitaba que todos ellos abrieran las puertas desde dentro para que pudiera entrar la libertad desde fuera.

No hace tanto que los españoles tuvimos las mismas incertidumbres que egipcios, tunecinos, libios, sirios, yemeníes y de cuantos hoy luchan contra la tiranía. Salvando toda clase de distancias, están viviendo un proceso similar al nuestro. No pongamos en duda que alcanzarán una libertad como la nuestra. Pero debemos advertirles de que, muerto el perro, no se acabó la rabia. Siempre hay alguien que quiere imponer su poder por la fuerza. Si antes eran los tiranos, ahora son otras dictaduras más difusas. En los países democráticos se ha levantado una oleada de indignación contra la tiranía de los mercados. La movilización popular, una vez más, es la manera de frenar su exceso de codicia. La crisis económica ha demostrado que los potentados del mundo, magnates de los negocios y las grandes finanzas, se van rehabilitando alegremente, dejando a su paso un reguero de millones de ciudadanos víctimas de su mala práctica pública y privada, incluida la corrupción amparada por la permisividad política. La mayoría de los responsables del *crack* financiero están rehabilitados y han vuelto tranquilamente a operar, sin apenas cortapisas, en Wall Street.

Es una gran mentira que los indolentes ciudadanos del sur vivamos a costa de los virtuosos del norte. Lo único cierto es que en España el paro afecta a más del cuarenta por ciento de los jóvenes, a quienes la reforma laboral convertirá en trabajadores precarios para toda la vida y quienes encontrarán, además, enormes obstáculos para acceder a una vivienda y a una educación de calidad. Y los que

tenemos la inmensa suerte de trabajar, lo hacemos durante más horas, para ganar menos, jubilarnos más viejos y cobrar una pensión menor. Estos y otros asuntos más precisos alimentan la indignación de muchos ciudadanos que protestan en las plazas públicas contra quienes consideran los generadores de la crisis: los mercados y las élites políticas.

Hay una generación que aún no está perdida, sino a tiempo y con ganas de buscar alternativas. Han tomado las calles para provocar una insurrección pacífica contra el fatalismo de que solo hay una salida: la que quieren imponernos globalmente desde los grandes centros de poder.

Si en tiempos más difíciles los protagonistas de este libro pudieron resistir, sus nietos también lo lograrán.

INTRODUCCIÓN

En tiempos heroicos se decía que la clase obrera iba al paraíso, así que los restos de Marcelino Camacho descansarán ya en ese idílico lugar que cada uno concibe a su manera. La situación ha dado un giro radical desde que el joven Marcelino se hizo comunista para luchar contra las injusticias que padecía su familia.

Un esforzado sindicalista, en la actualidad, no es el que se enfrenta al patrón, sino el que facilita la vida al empresario. Las nuevas relaciones laborales exigen empleados productivos, dóciles y, a ser posible, indefensos. La salvación ya no es colectiva, sino individual y, además, ya no están los de arriba frente a los de abajo, sino los instalados frente a los excluidos del sistema. Desde su particular infierno, el parado sueña que el paraíso es un puesto de trabajo. Movimiento obrero, clase trabajadora o lucha reivindicativa son expresiones arcaicas que han sido reemplazadas por una hojarasca de eufemismos como mercado laboral, capital humano, fuerza de trabajo, capacidad competitiva, desarrollo de competencias, moderación salarial, poder adquisitivo y una serie de palabras de apariencia conciliadora como temporalidad, retos, incertidumbre, flexibilidad, riesgo y otras muchas con las que nos han familiarizado a la fuerza.

La situación económica y financiera vuelve a ser, si es que alguna vez dejó de serlo, comprensiva con el ganador y despiadada con el perdedor. Se impone, de nuevo, la idea insolidaria de que cada cual se hace a sí mismo y se merece su destino. Nos encontramos en uno de esos periodos regresivos en los que se cumplen las peores expectativas. En la última década del pasado siglo tuvimos la sensación de que el progreso era imparable. Caían regímenes dictatoriales y la democracia se extendía por el mundo, al tiempo que se producían grandes avances científicos y tecnológicos. Todo parecía indicar que, algún día, la prosperidad y la riqueza se distribuirían de forma equitativa y alcanzarían a los sectores más necesitados, hasta acabar con las odiosas desigualdades. Era una percepción muy arraigada, sobre todo, en una España en la que, tras las penurias de la larga dictadura y la vacilante transición, habíamos alcanzado una democracia estable con un relativo bienestar económico.

Y, de pronto, parece que la historia se cansa de avanzar y decide dar unos cuantos pasos atrás. El muro de Berlín fue derribado y desapareció la Guerra Fría, pero, a cambio, entramos en guerras calientes. El terrorismo islamista nos retrotrae a las cruzadas y el Vaticano demoniza asuntos sociales y avances científicos. Aún no se ha abolido la esclavitud en muchos talleres textiles de los países del sur y en los del norte hemos perdido derechos laborales. Las mujeres siguen siendo víctimas de costumbre retrógradas, de amenazas integristas y de muertes violentas. La juventud vive un presente hostil y un futuro sombrío. Su herencia es un mundo inquietante donde prevalecen la ley del más fuerte y el sálvese quien pueda. Quizá se trate de una percepción exagerada, pero se aproxima a una realidad que invita, más que a luchar, a salir corriendo.

De ahí la curiosidad hacia esos seres extraordinarios que, en circunstancias adversas, ni se someten ni se doblegan. Marcelino Camacho murió a los noventa y dos años, sin domesticar, venerado por su mujer, Josefina, por sus hijos, Yenia y Marcel, y por los camaradas que le acompañaron hasta el fin de sus días. Pertenece a una clase de héroes humildes que luchan, resisten y no ganan. Más interesantes que los otros, los vencedores, los que consiguen cruces y medallas por un acto de valor supremo que surge de un arrebató emocional mezcla de coraje, inconsciencia y enajenación. No resto méritos a los que se merecen condecoraciones por un acto heroico, pero sus hazañas suelen ser más solitarias que solidarias. Para el común de los mortales sus proezas tienen algo de inhumanas. Es más admirable la resistencia pacífica, obstinada y tenaz, que la arrogancia de cualquier acción ofensiva o violenta. Los primeros, los resistentes, son los que dan el relevo para que los demás sigan avanzando.

No sabemos cómo reaccionar frente a una persona que se juega la vida por una causa, por una idea, por los demás, por la dignidad de un pueblo. Admiramos su generosidad, parece invulnerable, pero nos abruma su grandeza. «Quizá las generaciones venideras duden alguna vez de que un hombre semejante fuese una realidad de carne y hueso en este mundo», dijo Einstein sobre el valeroso y resistente Mahatma Gandhi. Nos desconcierta que una persona de raza negra, solitaria y desamparada, como Rosa Park, se siente en el lugar destinado a los blancos en un autobús de Alabama, aguante que la echen a patadas y su gesto, en apariencia insignificante, dé lugar al triunfo de la ley contra la discriminación racial por la que dio su vida Martin Luther King.

Cómo entender que gente de apariencia frágil, como la birmana Aung San Suu Kyi, premio Nobel de la Paz, hija de otro héroe nacional que fue asesinado tras firmar el tratado de independencia con los británicos, continúe su lucha pacífica por la democratización de su país, a pesar de que ha sido privada de libertad durante largos años.

¿De qué pasta están hechos los héroes que soportan huelgas de hambre, torturas y años de cárcel? Resisten por encima de toda lógica, independientemente de su triunfo o su fracaso personal, luchan para derrotar la esclavitud, el racismo, la discriminación, el fanatismo religioso, en definitiva, por solidaridad con las víctimas sojuzgadas, avasalladas, oprimidas o esclavizadas por cualquier clase de tiranía.

Bajo la dictadura franquista, se dieron muchos casos de personas heroicas que olvidaron sus propios intereses y se jugaron la vida para proteger a los más débiles. En este libro no me refiero tanto a su ideología como a las privaciones que tuvieron que sufrir para alcanzar la democracia y la libertad. Habrá quien se pregunte si mereció la pena tanto sacrificio para llegar a esto.

Seamos generosos y reconozcamos el valor de los que sufrieron directamente la represión, más allá de sus posibles errores políticos o de su intransigencia en determinadas circunstancias, aunque ocupen un papel modesto, apenas un par de

líneas en la historia. Al primer secretario general de Comisiones Obreras se le ha juzgado con exceso de rigor desde la izquierda y la derecha, pero ya nadie pone en duda su valor.

Quiero personalizar esta historia de lucha permanente e inacabada en una mujer que para las nuevas generaciones será, probablemente, una completa desconocida. Se llama Josefina Samper, es viuda de Marcelino Camacho y en las siguientes páginas iré recordando los momentos inolvidables, tristes, dramáticos y alegres de las seis décadas que vivió junto al líder sindical. Es una mujer tenaz y resolutiva, como lo fue su marido, comprometida políticamente desde niña, republicana y luchadora. Sus testimonios sobre la resistencia sirven de guía para reflejar la dureza de la vida clandestina en plena erosión del régimen franquista, los esfuerzos de quienes lucharon a cara descubierta contra la dictadura, los acontecimientos que la censura trató de ocultar y los sueños que se perdieron por el camino de la libertad.

La emigración y el exilio

Españoles en Argelia. La esclavitud en las minas. A los doce años ya es militante comunista. Un asunto de conciencia

Estamos Josefina Samper y yo sentadas alrededor de una mesa camilla con mantel rojo, llena de libros, cuadernillos y periódicos en los que aparece reiteradamente la imagen de Marcelino Camacho. Deja a un lado las agujas de punto con las que está confeccionando un jersey de hilo para su nieta; de hilo, porque desde que nació tiene alergia a la lana. Me ha invitado a charlar en su casa de Majadahonda donde vivió los últimos meses con su marido, cuando ya estaba enfermo y no tuvo más remedio que abandonar Carabanchel, un cuarto piso sin ascensor, impedido para bajar o subir las escaleras.

Marcelino se sentaba en el mismo sillón que ahora ocupa su viuda, hoy un poco más sensible de lo habitual, porque viene de hacer un recorrido por su barrio de toda la vida. Es la primera vez que vuelve al piso de Carabanchel desde que se quedó viuda.

—Me ha acompañado Marcel, mi hijo —dice con un peculiar acento mezcla de francés, magrebí y almeriense—. Hemos ido a visitar a una vecina que se ha quedado ciega. Me ha costado mucho volver...

Suspira y se queda en silencio, mirando hacia el cartel enmarcado donde aparece Marcelino con las siglas de CCOO y la leyenda: «¡Ni nos domaron, ni nos doblegaron, ni nos van a domesticar!».

—Tiene muy buen aspecto, Josefina —le digo—. Es usted una mujer muy fuerte.

—Bueno, por fuera, pero por dentro no estoy muy bien. Le echo mucho de menos. Aunque tendré que aguantar. ¡Vaya si aguantaré! Siempre he sido valiente, es verdad; si no hubiera sido fuerte ya me hubieran vencido. Y ahora tengo que seguir. Ya sabes lo que decía siempre Marcelino: «Si uno cae, se vuelve a levantar y sigue adelante». Así que no puedo aflojar, porque hasta a mis hijos les extrañaría verme hundida. Hemos sido una pareja inseparable. Nunca hemos discutido, porque con él era imposible discutir. Si alguna vez yo me enfadaba, él me decía: «Pero ¿cómo es posible que te enfades por algo tan insignificante?». Tenía una paciencia a prueba de todo. Le echo mucho de menos.

—Él siempre decía que sin su mujer no hubiera sido capaz de aguantar tanto.

—Sí, es verdad, me tuvo a mí, que le ayudé muchísimo, pero no sabes cuánto

aprendí a su lado. Yo comprendo que ya estaba muy malo y se tenía que ir, pero me dio mucha pena. Y no tengo queja, porque todo el mundo en el hospital se portó muy bien con él. El médico me dijo que era muy grave lo que tenía y que él haría lo que la familia quisiera. Yo le dije que no quería que le pusieran tratamientos que no servían para nada; que si tenía que morir, que lo hiciera con el mismo valor con el que había vivido. Y así lo hizo. Los últimos días ya no podía comer y se ahogaba, pero solo se quejaba cuando le movían, porque le dolían mucho los huesos. Le dolía incluso que las enfermeras le tocaran, pero cuando le soltaban, levantaba las manos y las acariciaba, como dándoles las gracias. Y el día que murió, hasta el médico tenía lágrimas en los ojos...

—No se esfuerce. No hace falta que recuerde esos momentos.

—No te preocupes. Me gusta hablar de él. Aunque, a veces, me entra la pena al acordarme del final... porque la noche que murió no estaba a su lado. Estuve todo el tiempo con él, y esa noche, ya estaba yo cansada, y mi hijo me dijo que me fuera a dormir. Yo iba todos los días al hospital desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche. Dormía en casa de Yenia, porque vive aquí al lado, y ya por la mañana nos íbamos las dos a verle. Pero esa noche no me quise ir, porque le vi mal, pero mi hijo insistió tanto... «Mamá, vete tranquila, si le pasa algo te llamamos y vienes». Me acababa de acostar cuando me llamaron. Y no llegué a tiempo... y eso es lo que más siento...

—Josefina, déjelo, cuénteme cosas más alegres.

—No me importa. Si soy valiente. Me gusta mirar todo el tiempo su foto y estar rodeada de cosas tuyas... pero es que le echo mucho de menos.

—Es curioso que conserve el acento francés. Estuvo muy poco tiempo en Argelia —le digo para cambiar el rumbo de la conversación.

—No creas, pasé allí toda mi infancia y mi juventud. Mi padre trabajaba en la mina, en Almería. Eramos de El Fondón, un pueblo de la Alpujarra almeriense, que está en la Sierra de Gádor y tiene un río que se llama Andarax. Pues allí nacimos mis dos hermanos mellizos, Juan e Isabel, y yo, pero nos fuimos a Argelia cuando mi padre tuvo que dejar el trabajo porque se puso enfermo. Empezó a trabajar en las minas de plata a los ocho años. Su padre había muerto y su abuelo le dijo que tenía que espabilar, y se lo llevó de botijero. Mi madre tenía mucho miedo, porque de esa mina vio salir muchos muertos.

Me pregunta si tengo idea de lo que era trabajar en aquellos tiempos de minero y en qué consistía ser botijero. Al parecer, se empleaban niños desde los cuatro o cinco años para transportar el material desde el pozo, vigilar las puertas que separan los compartimentos de la mina o llevar agua a los mineros.

—Las minas de hoy no tienen nada que ver con las de antes. Entonces los bajaban a todos con una cuerda y allí se quedaban hasta que los volvían a subir por la noche.

No había agua corriente, ni nada por el estilo. Así que mi padre tenía que hacer varios viajes a lo largo del día para ir a buscar el agua. Nos contaba que siempre iba cargado. Lo bajaban a través de una pequeña espuerta llena de carbón, vaciaban el botijo y él se lo llevaba para volverlo a llenar. Así hasta que acababa la jornada. Pasaron los años, no recuerdo bien si es que se puso enfermo o cerraron la mina donde trabajaba, el caso es que se fue en 1931, cuando yo tenía cuatro años. Primero se fue solo, a buscarse la vida en Orán, donde un familiar le dio un trabajo de dinamitero. Tampoco es que fuera un empleo sin riesgos, pero era lo que había en ese momento. Unos meses después nos reclamó y ya nos fuimos toda la familia desde Almería. Mi padre era una persona muy buena y muy alegre. No había ido a la escuela. Todo lo que sabía era porque lo leía en los libros que encontraba en cualquier parte. Él se decía republicano, pero nunca había militado en ningún partido, hasta que yo lo metí en el Partido Comunista. Era de esas personas que tenían mucha conciencia y siempre le oíamos cagarse en todos los que habían inventado tanta miseria. Mi madre le decía: «¡Pero bueno, no te cagues tanto en la madre que les parió!»... Era muy buena persona... El caso es que nosotros fuimos emigrantes no por motivos políticos, sino porque no teníamos para comer. Allí, en Orán, había muchos refugiados que huían de la persecución de las tropas sublevadas franquistas.

Es un dato poco conocido, pero Argelia fue un centro muy importante de acogida para la emigración española. Los agricultores levantinos y almerienses tenían fama de ser duros, sobrios y eficaces en el trabajo. Emigraron muchos albañiles, canteros y mineros a la zona occidental de aquel país norteafricano, sobre todo, a la ciudad de Orán, donde a principios del siglo xx existía una nutrida colonia de españoles. La última emigración masiva tuvo lugar en 1939, al final de la Guerra Civil. Según cuenta el hispanista Mimoun Aziza, en abril de aquel año desembarcaron en Orán más de dos mil personas que llegaron a bordo del *Stanbrook*, procedentes de Alicante, y en la provincia de Argel se habilitaron campos para acoger a unos diez mil refugiados españoles. Muchos, como la mayoría de la familia de Josefina, se nacionalizaron franceses y cuando lograron reunir algún dinero se instalaron en el sur de Francia para evitar las represalias a las que podían ser sometidos en la España de Franco.

—Cuando cumplí los doce años —cuenta orgullosa— me hice militante de la Juventud Socialista Unificada (JSU).

—¿A los doce años? —pregunto con asombro.

—Sí, porque cuando llegué a Orán, la verdad es que no me sentí muy bien acogida. Nos llamaban «los del diez por ciento», porque había una ley que solo permitía que entrara un diez por ciento de emigrantes en las escuelas y el mismo porcentaje de contratados en las fábricas. Los franceses tenían prioridad en todas partes y, aunque quedasen sitios libres en las clases o en los trabajos, nosotros, los

extranjeros, no los podíamos coger, porque las plazas estaban reservadas por si venía algún francés. A mí, esos privilegios me parecían indignantes.

—¿Y por eso se hizo comunista?

—Por eso y por muchas cosas más. Me hice militante del partido porque me lo pidió Roberto, el hermano pequeño de Santiago Carrillo.

—¿Conoció a Santiago Carrillo en Orán?

—No, creo que pasó poco tiempo en Orán. Marcelino sí le conoció allí, pero yo nunca llegué a verle, aunque estuve muchas veces con su hermano, que luego se fue a Moscú, donde murió. Fue el que me convenció de que yo era mayor y ya era hora de dejar las Juventudes y entrar en el PCE. Creo que ni había cumplido los catorce años.

Lo cuenta con la naturalidad del que no concibe otra salida en la vida, como si no hubiera más remedio que comprometerse políticamente y el único destino de una adolescente fuera ingresar en las filas del Partido Comunista. Pero no todos hacían lo mismo. La mayoría de los emigrantes solo tenían fuerzas para sobrevivir y sacar adelante a su familia.

A Josefina le tocó vivir uno de los periodos más turbulentos de la historia de España. Pertenece a una clase social y a una generación que pasó hambre, miseria, el exilio, una guerra civil con millones de muertos en las trincheras y en los campos de exterminio, y cuando al fin pudo regresar a su país, se encontró con una represión política que se prolongó durante cuatro largas décadas. Demasiados años de lucha por la dignidad, por la conquista de unos derechos laborales que ahora quieren dismantelar. Un trágico destino colectivo que no le ha dejado ni rastro de resentimiento. Ni siquiera se le ocurre dudar de si mereció la pena tanto sacrificio.

¿En qué se diferencian las personas que luchan por los demás de las que luchan contra los demás o, en todo caso, solo para sí mismas? ¿De dónde nace la necesidad de ser solidario? ¿Es una cuestión de conciencia, de decencia o, en última instancia, de conveniencia? ¿Influye el ejemplo familiar? ¿Por qué hay gente, como Josefina, que se compadece desde niña del dolor ajeno y se rebela contra la injusticia? Le hago demasiadas preguntas atropelladamente.

—No lo sé —me responde—. Quizá la gente no quiere meterse en líos porque es cobarde, tiene miedo o espera a que los demás se lo den todo hecho. Yo se lo decía a esas personas en Orán: «Ustedes nos critican si hacemos algo que no está bien, pero son incapaces de arrimar el hombro y echar una mano». Y ellos me respondían: «Sois tontos. No vais a conseguir nada. Los ricos siempre han tenido el poder y siempre lo tendrán». Así pensaba la gente mayor, pero yo no podía aguantar que me dejaran reducida al diez por ciento. Yo me creía igual que los demás y no había derecho a que nos tratasen peor que al resto. Otro de los incidentes más penosos que presencié fue el del *Stanbrook*.

—¿A qué se refiere?

—Pues a un barco que salió de Alicante y al que no dejaron atracar en el puerto de Orán porque venía cargado de refugiados españoles. Era ya al final de la Guerra Civil, y no había manera de salir de allí, solo este barco lo consiguió. Venían unas dos mil personas. La Argelia francesa, en esos momentos, estaba ocupada por italianos y alemanes, pues no querían republicanos españoles. Solo dejaban bajar a los que tenían familia ya trabajando. Así que nos dedicamos a buscarles parentesco.

»A todos los que se llamaban López, Martínez o García, les encontramos familias del mismo nombre. Y a los demás les subíamos un poco de comida por la cuerda que echaban desde la cubierta. Los pobres estuvieron varios meses a bordo; se habían librado de las cárceles de Franco, pero acabaron en los campos de concentración de Argelia. No sé qué era peor. Eso también me marcó y me empujó a hacerme comunista en Orán. ¡Había visto tantas injusticias desde niña...! A mi padre siempre le dolió tener que abandonar su país. Mis padres hablaban francés, se nacionalizaron franceses y así murieron, pero a nosotros nos obligaban a hablar español para que no nos olvidásemos de la tierra donde habíamos nacido.

—¿Qué le quedó de su estancia en Argelia?

—Me queda el acento, porque lo poco que fui a la escuela de Orán me enseñaron a leer en francés. Solo fui a las clases unos cuantos años y, después, la verdad es que he leído poco y me cuesta mucho leer en español. Me he dedicado a coser, a limpiar, a trabajar muy duro en un montón de cosas, a no estar quieta un momento, pero lo de leer se me daba regular. Claro que, con Marcelino al lado, poca falta me hacían los libros. Él tenía respuestas para todo. Era como un diccionario abierto; cualquier duda que le planteaba, me la resolvía. Era muy paciente y jamás se ponía de mal humor. Ha sido un compañero extraordinario.

Interrumpe el monólogo. Se le quiebra de nuevo la voz, pero contiene las lágrimas, a pesar de la emoción que siente cada vez que pronuncia el nombre de Marcelino. Ni un solo aspaviento. Impresiona su sobriedad tanto como su memoria, minuciosa y precisa.

La vida de los españoles en Orán

Un menor de edad de voluntario a la guerra. Fugado de los campos de internamiento. Los chivatos cobraban quinientas pesetas. A Camacho le dieron por muerto. Josefina y Marcelino bailan el tango. Boda en Orán. Nacen los hijos

No existe mayor alteración del equilibrio natural que el exterminio de cientos de miles de personas, la muerte de animales, la destrucción de ciudades, la contaminación de las tierras y los ríos. La guerra es el peor desastre ecológico que puede provocar el ser humano. Pero aún son más graves los desgarros internos que causan palabras de destrucción masiva como engaño, odio, trampa, hambre, soledad, juicio sumarísimo, fusilamiento, muerte, matanza, exterminio, cadáveres en la cuneta... No voy a agotar todos los tópicos sobre los desastres bélicos. Solo recordar, una vez más, la palabra de Gandhi: «El ojo por ojo puede dejar ciego al mundo». ¿Llegará el día en que quede proscrita la guerra, del mismo modo que se abolió la esclavitud o la segregación racial?

Mientras tanto, es necesario recuperar hasta el último recuerdo de quienes la vivieron. A pesar de la tragedia histórica, no olvidaron sus raíces ni sus ganas de continuar su lucha con métodos pacíficos. No quieren compasión, ni se sienten víctimas, pero siguen reclamando justicia. Lo asombroso es que, al recordar sus experiencias más traumáticas, no muestran ni una pizca de rencor.

—Cuando conocí a Marcelino, acababa de escaparse de un campo de concentración. Yo vivía en un barrio de Orán muy cerca del centro, donde habíamos conseguido un local para las actividades del PCE. Allí nos reuníamos los de las Juventudes Comunistas con los emigrados económicos y con los políticos. Un joven que conocía, porque yo iba mucho a coser a su casa con su hermana, la modista, me trajo una nota en la que se me daba una cita para que fuera a recibir a tres muchachos fugados a los que teníamos que dar una merienda de bienvenida en el local del partido. Hicimos poca cosa, porque no había mucho que ofrecer, pero algunos sándwiches se comieron. Venían en un estado tan lamentable que daban verdadera lástima. No sabíamos qué hacer, si llorar o abrazarlos. Me acuerdo de lo flaco que estaba Marcelino, con ese pelo que no había tenido ocasión de cortar, largo y alborotado, que le salía por debajo de una gorrilla redonda que llevaba la P de preso. Llevaba una chaqueta gris oscura también marcada con la P, unos pantalones de telilla fina y unas botas desgastadas. Me entraron ganas de llorar. Lo habían pasado

tan mal..., aunque estaban felices de haber conseguido, al fin, la libertad. A Marcelino le traté como a un camarada más. La verdad es que pasamos una tarde muy agradable con ellos, mientras nos fueron contando sus peripecias.

La historia que narra Josefina comienza cuando Marcelino era menor de edad y tuvo que pedir autorización a su padre porque quería alistarse en las milicias republicanas. Se apuntó de voluntario al frente de Toledo hasta que la ciudad fue tomada por los franquistas y regresó a Madrid, precisamente al frente de Carabanchel, un destino que iba a marcar gran parte de su vida. Poco después, al cumplir los diecinueve años, fue elegido por sus camaradas secretario general de brigada del Partido Comunista de España, con tres mil jóvenes milicianos a su cargo. Procedían de todas las clases sociales, eran militantes socialistas y comunistas con poco sentido de la disciplina, y la labor de Marcelino era instruirlos para que tomaran conciencia de lo que significaba la defensa de la causa republicana.

Luchó en las provincias de Toledo y Extremadura en numerosas batallas, hasta que, en los últimos días, tras el golpe de Casado (el Gobierno republicano que pactó la entrega de Madrid a las tropas de Franco) y la ruptura del Frente Popular, lo detuvieron para llevarle a la prisión de Navahermosa junto con otros presos franquistas y delincuentes comunes. De allí se fugó por primera vez con la intención de llegar a Valencia y salir del territorio español, ya casi enteramente en poder de los sublevados. No alcanzó su objetivo. Le atraparon nuevamente para llevarle a los campos de concentración donde recluían a los soldados republicanos. Una vez más, logró fugarse e intentó llegar hasta Madrid para pedir ayuda a una prima que vivía en la calle del Amparo, el mismo lugar en el que, años más tarde, viviría con Josefina.

—Sí, son coincidencias raras de la vida —dice ella—. Cuando regresamos del exilio vivimos primero en la calle del Amparo, en casa de su prima Felisa, y después en nuestra casa de Carabanchel, toda la vida, hasta los últimos meses, cuando nos vinimos a este piso de Majadahonda.

La guerra estaba perdida y Marcelino ya no tenía mucho que hacer, excepto evitar la represión. Tampoco lo consiguió. Cuando viajaba camuflado en el tren, al detenerse en Aranjuez, le apresaron de nuevo las tropas franquistas. Se escapó otra vez y, después de largas caminatas, aprovechando la oscuridad de la noche, llegó a Madrid y se escondió en casa de la prima Felisa, donde pasó una breve temporada, porque el barrio estaba vigilado por chivatos y delatores.

Al cabo de unos días, los camaradas le proporcionaron documentación falsa y, con su nueva identidad, obtuvo un certificado del Centro de Depuración de Responsabilidades Políticas, donde constaba que José Marcelino González Pérez no tenía cuentas pendientes con el régimen. Le costaba tanto mentir que ni siquiera fue

capaz de prescindir en sus falsos documentos del Marcelino, su nombre real. Los papeles, al menos, le permitían salir a la calle, aunque era muy arriesgado, pues la ciudad estaba plagada de controles de la Guardia Civil, de policías que querían hacer méritos, de delatores falangistas que obligaban a saludar taconazo y brazo en alto, al grito de ¡Arriba España!

Los militantes del PCE en aquellos momentos se exponían al tiro en la nuca, lo cual no intimidó lo más mínimo a Marcelino Camacho, que, a los pocos días de estar en Madrid, retomó el contacto con sus camaradas y organizó el comité del Socorro Rojo. Su trabajo consistía esta vez en buscar papeles falsos y refugio seguro para los que corrían mayor riesgo de ser fusilados. La clandestinidad no le duró mucho tiempo. Un soplón le denunció a la Policía y Marcelino reanudó su recorrido por las prisiones españolas.

Aunque los carceleros ignoraban sus verdaderas responsabilidades dentro del PCE, le acusaron de pasarse a la zona republicana y de militar en UGT. Fue sometido a un consejo de guerra, un juicio sumarísimo frente al que no había posibilidad de defensa. Le cayó una sentencia de doce años y un día que, por una serie de peripecias, fue revisada, reducida y, finalmente, indultada o, más bien, sustituida por una efímera libertad condicional y la inmediata incorporación a filas. Cuando llegó al cuartel fue arrestado y, como desafecto al régimen, destinado a uno de los campos de trabajo donde los penados cumplían condena a cambio de reconstruir pueblos, carreteras militares y fortificaciones. En esos centros de internamiento pasaron hambre, contrajeron graves enfermedades y fueron sometidos a toda clase de abusos, malos tratos y a una violencia tan brutal que acabó con la vida de buen número de presos.

Marcelino fue a parar al campo de trabajo de Reus, donde contrajo unas fiebres tifoideas de tal gravedad que, al cabo de un tiempo, le dieron por muerto y le llevaron al depósito de cadáveres. Por suerte, se dieron cuenta de que estaba vivo y le rescataron, aunque, una vez recuperado y en plena convalecencia, le enviaron a otro campo de concentración donde la anemia y los excesivos esfuerzos físicos le provocaron una hernia inguinal. Tras ser operado, se recuperó y volvió a enfermar, en esta ocasión, de fiebres de Malta. Todavía afectado y débil, fue enviado a un batallón de penados en Marruecos para construir fortificaciones en la zona del ferrocarril y la carretera de Tánger a Fez. Allí contrajo el paludismo y, en el hospital de Larache, le atiborraron a quinina hasta que lograron ponerle en pie para enviarle, otra vez, a picar piedra. Las fiebres eran recurrentes, pero, a pesar de su lamentable estado, escribía para una publicación clandestina. Cuando descubrieron su verdadera identidad política, no tuvo más remedio que escapar para librarse de una muerte segura.

Josefina recuerda vagamente alguna de estas proezas, que, referidas de este modo tan apresurado, dan una idea cabal de la entidad del personaje y de la cantidad de sufrimiento que llevaba acumulado. Es, sin embargo, a partir de la última fuga cuando su memoria reconstruye con precisión todo lo vivido a lo largo de los sesenta y tres años que estuvieron juntos.

—Esta nueva huida fue muy peligrosa, porque los franquistas daban una recompensa de quinientas pesetas por cada evadido que les entregasen. ¡Un dineral en aquella época! Caminar de día era muy arriesgado, así que Marcelino y los otros dos que iban con él tuvieron que aprovechar una noche de luna llena para caminar por las montañas que separaban el Marruecos español de la parte francesa. Anduvieron cuatro días dando vueltas por las estribaciones del Atlas. Creo que era Navidad, y Marcelino solo tenía veinticinco años, pero ya estaba bien curtido. Tenían que esconderse de día y avanzar de noche. Atravesaron un río bastante caudaloso, con los moros pisándoles los talones, empeñados en cobrar su recompensa. Uno de los camaradas casi se ahoga, se rompió una pierna y el pobre gritaba: «¡No me dejéis aquí!». Lo llevaron a rastras, hasta que tuvieron la suerte de dar con otro camarada en la aduana francesa que, al verlos tan hambrientos, les dio de comer cuscús y una pierna de cordero.

—¿Y, al fin, acabaron sus penurias? —le pregunto a Josefina.

—No, no creas..., todavía no terminó su cautiverio. Los franceses se empeñaron en alistarles en la Legión Extranjera y, como ellos no quisieron, les mantuvieron como evadidos y les llevaron de calabozo en calabozo hasta que fueron a parar al cuartel de Orán, que estaba en lo alto de una colina desde la que se veía mi barrio. Allí es donde encontraron a un soldado del PCE que les puso en contacto con la emigración española, les facilitó la salida y escaparon con menos dificultades que en ocasiones anteriores. Y es cuando le vi por primera vez.

—¿Se fijó especialmente en él? ¿Qué impresión le causó?

—Bueno, yo le traté como a un camarada más. El pobre estaba hecho polvo, ya te digo, tan flaco y desastrado que daba pena. No pesaba más de cuarenta y cinco kilos. De ahí, hasta que nos hicimos novios, pasó un tiempo.

»Después de la merienda, les llevamos a casa de Eltufin, un camarada de origen ruso que había luchado en las Brigadas Internacionales contra Franco. Al terminar la guerra, tuvo que exiliarse en Orán. Se había casado con Asunción, una chica española, y tenían dos hijos, José y Yenia. Era un fotógrafo muy bueno, vivía en el barrio de La Gambetta y allí, en su estudio, le dio algún trabajo a Marcelino. Poco después, el pobre Eltufin murió en un horrible accidente, aplastado contra una pared por una camioneta que dio marcha atrás. Y por eso le pusimos el nombre de Yenia a nuestra hija, el mismo que tenía la suya, porque a Marcelino y a mí nos dio mucha pena su muerte y le estábamos muy agradecidos. Tuvimos mucha relación con esa familia.

—Ha dado un salto en el vacío, Josefina... Habla de su hija antes de contarme cuándo se enamoró de Marcelino...

—Es que no hay mucho que contar. No había tiempo para romanticismos.

—Cuénteme cómo se inició la relación.

—Bueno, nos veíamos en las casas de algunos camaradas y en ese pequeño local del barrio donde nos reuníamos que llamaban «La basurica del Cuco», porque estaba

junto a un vertedero y cerca, también, de donde yo vivía. No sé cómo se llamará ahora... Allí, ya lo he dicho, se organizaban muchas reuniones del partido, mítines, protestas por las condenas a muerte de Franco, pero también bailes y rifas para recoger dinero para la lucha en España. Iba mucha gente joven, porque el baile era barato.

—¿Y bailaron juntos muchas veces?

—Muchísimas, porque Marcelino era muy bailón. Le encantaba bailar el tango, sobre todo el tango, aunque también nos gustaba el vals y el pasodoble... Eramos los dos muy buenos bailarines. No hace mucho tiempo, fuimos al balneario de Archena y allí también nos marcamos unos cuantos tangos.

—¿Y así se enamoraron?

—Bueno... las cosas entonces se hacían de otro modo. Un día le pidió a un compañero de trabajo que me diera una nota de su parte. Me dio una cita para ir el domingo a las doce del mediodía al local de las reuniones. Me imaginé que, como siempre, me llamaba para hacer algún trabajo para las Juventudes o alguna tarea del partido, pero me extrañaba que fuera en domingo. Fui tan pronto que él no había llegado todavía. Marcelino siempre ha sido muy puntual. El caso es que le dije: «¿Qué pasa? ¿Hay algún trabajo que hacer?». Y él me respondió que no, que se trataba de una cosa personal y que fuéramos a dar un paseo. Aquello daba a la avenida principal del barrio de La Gambetta, y lo único que hicimos fue dar una vuelta al edificio.

—¿Entonces se dio cuenta de lo que iba a decirle?

—No, yo seguía pensando que era algún trabajo importante o algo así... Y, de pronto, me suelta: «¿Tú tienes novio?». Yo le contesté: «¿Eso qué tiene que ver con el trabajo? ¿Qué importa si tengo o no tengo novio?». Es cuando me dijo que no se trataba de ningún trabajo, sino de una entrevista personal suya y mía. Al decirle que no tenía novio, me preguntó: «¿Qué te parece si nos hacemos novios?». «Bueno — le dije —, no se hable más, pero antes de darte una respuesta, tengo que irme a casa a preguntar a mis padres si no les parece mal y, si ellos están de acuerdo, a mí me parecerá bien».

—¿Les gustó Marcelino a sus padres?

—Se lo dije a mis padres y les pareció bien. En mi casa estaba un amigo suyo, Anselmo, que era el hijo del carpintero, y me dijo que, si me casaba con Marcelino, él nos haría los muebles de la casa. Yo le advertí de que no le podíamos pagar porque no teníamos ni un céntimo, pero, aun así, nos hizo una cama, una mesa, cuatro sillas, un armario para meter la ropa y la cuna para cuando naciese nuestra hija. Todo nos lo hizo Anselmo. Nos pidió que le pagásemos solo los clavos y la cola, porque el resto del material lo sacaba de las chapas del embalaje, que eran de buena madera. Nos hizo unos muebles estupendos que nos duraron mucho tiempo. Pero, antes de casarnos, estuvimos casi un año de novios.

»Cuando murió Eltufin, después del accidente de la camioneta que le aplastó

contra el muro, Marcelino ya trabajaba de fresador en los talleres Arvidel, que estaban muy cerca del aeropuerto y muy lejos del barrio. Se tenía que ir andando a las cinco de la mañana, porque no había transporte ni nada. Él venía a comer a mi casa los domingos. Eran días muy difíciles para todos. En aquel momento yo hacía unas sandalias de rafia preciosas que se vendían bastante bien, porque casi nadie tenía zapatos. Enseñé a un montón de gente a hacer las sandalias de rafia con unos moldes, del número veintidós al cuarenta y cuatro, que me había dado un zapatero, y algunos me decían que era tonta, porque mis aprendices me iban a quitar la clientela. Trabajaba en todo lo que encontraba y me podía hacer sacar algún dinero: en una fábrica de mermeladas que se llamaba Blancanieves, en otra deshuesando y moliendo dátiles, haciendo jerséis de punto, cosiendo pantalones y vestidos... En fin, la vida en Orán era muy difícil en aquellos tiempos y, si me pagaban cincuenta céntimos más por hacer cualquier cosa, allá me iba. Tuve que falsificar los papeles en alguna ocasión para que me dejaran trabajar, porque estaba prohibido hasta los catorce y, claro, yo empecé antes.

—Y decidieron casarse...

—Ya te digo que tuvo que pasar un tiempo hasta que reunimos dinero para casarnos. Trabajábamos mucho los dos. Los compañeros le decían a mi padre que cómo dejaba a su niña casarse con ese hombre que se iba a morir enseguida. «Pero Sebastián, ¿no has visto cómo está?», le preguntaban. Y él les respondía: «Tranquilo, hijo, que cuando empiece a comer los potajes de la señora Piedad ya verás como engorda». Es verdad que estaba tan flaco que parecía un fantasma. Mi madre, que se llamaba Piedad Rosas, tenía una hucha para que cada hijo fuese metiendo sus ahorrillos. El primer sueldo que ganó Marcelino en la fábrica me lo dio para que lo metiese en la hucha y así poder casarnos lo antes posible, porque, claro, él estaba hecho una pena y necesitaba una casa y una mujer que lo cuidara. Pero mi padre, que era muy buena persona (por eso lo estimaban tanto), le dijo que con ese dinero se comprase una bicicleta y, así, no tendría que pegarse esas caminatas de madrugada para ir al trabajo. Bueno, el caso es que, por fin, reunimos el dinero, y con los muebles que nos hizo Anselmo nos casamos el 22 de diciembre de 1948. Nos fuimos a vivir a una casa de alquiler por la que pagamos los cien mil francos antiguos que habíamos ahorrado entre los dos. Era muy pequeña, tenía solo una habitación, una cocina y aparte estaban los servicios comunes. Me acuerdo muy bien, y eso que han pasado sesenta y dos años.

—¿Cómo fue la boda?

—La fiesta la hicimos en el patio de la casa de mis padres. Vinieron todos los camaradas y mi padre, con otros amigos, preparó los ingredientes para las bebidas, mientras mi madre y las vecinas hicieron bollitos y rosquillas. Nos casó el alcalde de Orán, que era del Partido Comunista argelino, y fue una boda muy sencilla, pero bonita. Lo pasamos muy bien. Nos hicimos una foto para mandársela a sus padres y a su hermana, que estaba en la cárcel. Y como yo no iba vestida de novia, el fotógrafo,

que era muy simpático, me prestó el velo y las flores, para que saliera como una foto de boda de verdad.

»Ya de casados, Marcelino tenía su ropa limpia todos los días, su café por las mañanas, su comida caliente, su barreño para lavarse... Estaba tan contento que a los seis meses ya había engordado diez kilos y, cuando fue al médico para la revisión de la hernia, pesaba veintitantos kilos más que cuando le conocí, aquel día que se escapó del campo de concentración.

—Y pronto nacieron los hijos...

—Sí, yo quería tenerlos enseguida. «No sea que te vayas a morir —le decía a Marcelino— y me quede viuda y encima sin hijos». Tenía miedo de que le mandaran a la guerrilla, porque entonces se reclutaba gente para que fuera a luchar en España. Así que, al poco de casarnos, me quedé embarazada y nació Yenia, nuestra primera hija. Tuvimos al hijo, a Marcel, casi tres años después. Y Marcelino me ayudó a dar a luz.

—No era habitual que los hombres estuvieran presentes en los partos.

—Pues no, pero él quiso echar una mano a la comadrona que me atendía. También estaba mi hermana, mientras mi madre se quedaba en la cocina hirviendo las sábanas que se utilizaban para la limpieza del niño y de la madre después de los partos. Como no había tenido ningún problema durante el embarazo, todo se dio muy bien. Yenia siempre ha sido muy sana. Lo mejor es que cuando nació mi hijo, ella se empeñó en quedarse en la habitación. La comadrona intentó que se saliera, porque pensaba que no lo aguantaría y se pondría a llorar, pero ni rechistó. Yenia, que tenía dos años, se quedó sentada en una almohada mirándolo todo y, cuando nació su hermano Marcel, la comadrona, después de lavarlo, se lo puso en los brazos y le preguntó: «¿Qué vas a hacer con tu hermanito?». Y ella dijo: «Cuidarlo». La comadrona se quedó asombrada de que fuera tan fuerte. Yenia es como su padre. También en este parto estuvo Marcelino ayudando, pero ya teníamos más experiencia. Tuve suerte de tener a mis dos hijos antes de que se llevaran a Marcelino.

Perseguido por Franco, por Hitler y por Pétain

La venganza en la posguerra. La resistencia del maquis. Los franceses los trataban con desprecio. La OAS siembra el terror en Argelia. Los españoles liberan París

«Tengo que darte una mala noticia —le dijeron a Josefina cuando las cosas parecían ir mejor de lo que nunca hubiese imaginado—. Se llevan a tu marido». No se echó a llorar, porque quiso ser fuerte una vez más, pero se quedó muy asustada. Se vio luchando sola y sin recursos suficientes para sacar adelante a sus dos hijos.

Marcelino era entonces responsable del trabajo del PCE hacia el interior y, aunque tuvo que interrumpir su tarea en varias ocasiones, se adiestraba en los montes argelinos para volver a España como guerrillero. La hernia de la que le habían operado de urgencia en España se le reprodujo dos veces más, lo cual le obligó a mantener un periodo de reposo tras pasar por el quirófano de dos hospitales argelinos. No obstante, su actividad política era tan intensa que la Policía francesa no le quitaba la vista de encima, hasta que encontró motivos para detenerle. Pasó una temporada en la prisión de Orán, después fue trasladado a la de Argel, desde donde se tenía la intención de expulsarle del país.

A pesar de las malas relaciones entre los gobiernos de España y Francia, a este último no le gustaban las actividades de los exiliados españoles en sus territorios de ultramar y, de tarde en tarde, cedía a las presiones franquistas para forzarles a que se trasladaran a la Unión Soviética.

¡Qué fatalidad la de nuestro exilio republicano! Había logrado escapar de Franco, pero posteriormente tuvo que soportar sucesivas persecuciones: la hitleriana, la del régimen de Vichy y, en algunos casos, también la estalinista. Las autoridades francesas querían quitarse de encima como fuera el problema de los expatriados españoles. Tenían, además, un viejo resentimiento con quienes se habían negado, como Marcelino, a alistarse en la Legión Extranjera. Muchos republicanos españoles, tras la derrota de la Guerra Civil, se unieron a la Resistencia contra los nazis y, finalizada la Segunda Guerra Mundial, se alistaron en las tropas francesas como legionarios para combatir en la guerra de Indochina. Se calcula que dos centenares de españoles lucharon en la batalla de Dien Bien Phu, que supuso la definitiva derrota

del colonialismo francés en Extremo Oriente, y una parte de esos doscientos desertaron para unirse a las tropas del enemigo, lideradas por el comunista Ho Chi Minh.

Es fácil suponer que Marcelino Camacho, si hubiese aceptado formar parte de la Legión Extranjera y le hubieran enviado a la guerra de Indochina, también habría simpatizado con los comunistas. Sin embargo, su principal objetivo en Argelia era prepararse para combatir a las tropas del general que se habían sublevado contra la legalidad republicana y recuperar, de nuevo, la libertad de su país.

Tras su victoria, Franco creó un clima de terror y ejerció lo que el hispanista Paul Preston llama la «política de la venganza», que consistió en enviar al exilio a cerca de medio millón de personas y en ejecutar o aplicar la Ley de Fugas a más de cuarenta mil en la posguerra (ya lo hizo con unos cien mil durante la guerra).

Los exiliados no daban mucho tiempo de vida al régimen franquista, pero soñaban con precipitar su derrota, provocando un levantamiento general en toda España y la posterior intervención de Inglaterra y Francia. El desconocimiento de la verdadera realidad de una España traumatizada por una guerra de efectos catastróficos y la falsa ilusión de que el país se encontraba en una situación prerrevolucionaria permanecieron un tiempo, pero se desvanecieron a finales de los años cuarenta.

Mientras tanto, cuando los nazis fueron derrotados, muchos de los combatientes republicanos decidieron regresar a España para unirse a los movimientos antifascistas de resistencia que, desorganizados y sin armamento, a pesar de su dramática situación, seguían luchando desde el comienzo de la Guerra Civil, porque no habían podido huir por las fronteras de Francia o Portugal. La mayoría fueron víctimas de una represión sangrienta, encarcelados, fusilados o asesinados a sangre fría, pero algunos lograron sobrevivir gracias al apoyo clandestino de la gente, los llamados enlaces, que se solidarizaba con ellos por razones humanitarias más que por sus ideas políticas. Los enlaces tuvieron una actitud heroica, porque además de proporcionar a los guerrilleros escondites y alimentos y de pasarles información, cuando les descubrían, si no conseguían escapar, eran salvajemente castigados para dar ejemplo al resto de la población. Se les aplicaba la Ley de Fugas o la posterior Ley de Bandidaje y Terrorismo, lo que equivalía a una política de aniquilación y exterminio. Pocos consiguieron salvarse.

Como cuenta el historiador Secundino Serrano, al maquis habían ido a parar socialistas, comunistas, anarquistas de la CNT o la FAI, trotskistas del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) y gente de cualquier ideología unida por la lucha antifascista. Pero, a partir de 1944, el PCE decidió dar un giro al movimiento guerrillero y ordenó a sus militantes invadir el valle de Arán. La intervención, denominada Operación Reconquista de España, fue, además de muy controvertida, un rotundo fracaso. Entre 4000 y 7000 voluntarios, entrenados y con armamento, cruzaron los Pirineos para unirse al maquis, convencidos de que podían recuperar una

parte del territorio y declararlo zona republicana, para iniciar un levantamiento contra Franco. Contaban con el apoyo internacional de los aliados, aunque, en la práctica, nunca lo tuvieron. Lograron izar la bandera republicana en algunos pueblos y aldeas, pero el enemigo, con batallones del Ejército, guardias civiles y policía armada, organizó una ofensiva demoledora.

En poco tiempo, los maquis, bajo la sigla comunista de Agrupaciones Guerrilleras, tuvieron que replegarse tras la contundente derrota. La orden de la invasión, que partió de los dirigentes comunistas, resultó controvertida y polémica; lo que para unos fue el último intento de acabar con el recién instaurado régimen franquista, para otros constituyó un acto irreflexivo que incrementó la represión contra los guerrilleros y los sospechosos de colaboración.

Lo cierto es que, a pesar del fracaso, los exiliados siguieron alentando la lucha, porque mantenían la esperanza de que el fascismo, derrotado en el resto de Europa, cayera también en España. Los combatientes que permanecieron en el interior y los enlaces que les prestaban su apoyo fueron diezmados por la brutal represión franquista.

La censura impedía transmitir cualquier noticia relacionada con la guerrilla y, cuando mataban a los guerrilleros, tiraban sus cuerpos a las cunetas o en las puertas de los cementerios para atemorizar a la población. De manera esporádica, aparecía alguna noticia manipulada en los periódicos de la época, explicando que los cadáveres pertenecían a bandoleros que se escondían en los montes, desde donde bajaban para atracar y robar en los pueblos. Nadie los mostraba como heroicos soldados republicanos. Pocos conocían las actividades del maquis y, quienes las sabían, lo ocultaban para evitar las represalias de la Guardia Civil.

El Partido Comunista decidió cambiar de estrategia en 1948 hasta dar por finalizada la lucha guerrillera. Tampoco el abandono de la cúpula comunista les hizo desistir y, los pocos que quedaban en el maquis, a pesar de carecer del apoyo político del PCE, continuaron sus actividades hasta muchos años después. La mayoría murieron en el monte, otros fueron detenidos y corrieron la misma suerte, y los menos lograron escapar para emprender el camino del exilio y quedarse inicialmente en Francia o en Marruecos.

Fue en el último periodo cuando Marcelino Camacho había recibido la orden de trasladarse clandestinamente a España desde Argel para formar parte de las Agrupaciones Guerrilleras transformadas ya en Comités de Resistencia. Todavía seguían incorporándose combatientes a la guerrilla, a pesar de la evidencia de que no recibirían ayuda internacional contra el régimen franquista y de que tenían en contra la *realpolitik*, que se reforzó para mantener el precario equilibrio de la Guerra Fría. Los intereses internacionales dejaron abandonados a su suerte a los guerrilleros que, a pesar de los impedimentos, seguían luchando por la libertad.

Desde 1959, las rutas fronterizas españolas por donde se colaban clandestinamente los combatientes estaban muy controladas, y esa dificultad fue uno

de los motivos que retrasaron la incorporación de Marcelino a la lucha en el interior. Pero llegó el momento en que decidieron llevárselo.

«Me han dicho que te llevan al maquis», preguntó Josefina. «Acaban de dar la orden de que se suspendan por completo sus actividades —le respondió Marcelino—. Con la lucha guerrillera hemos perdido más de lo que ganamos».

—Para mí fue un respiro —recuerda Josefina.

Era el año 1952 y Stalin decidió interrumpir la lucha guerrillera. Dentro del reparto geoestratégico, España dejó de interesarle. Era una causa perdida. Las grandes potencias, a pesar de las insustanciales condenas diplomáticas, habían aceptado ya la victoria del franquismo. No merecía la pena liberar a los españoles de la dictadura y, poco a poco, se iría aflojando el cerco diplomático.

La tranquilidad en casa de la familia Camacho no duró mucho tiempo. Cuando cerraron la empresa donde trabajaba de fresador, su oficio de toda la vida, Marcelino se entregó de lleno a las actividades del partido y a la coordinación de los militantes entre Argelia y Marruecos. Como no tenía pasaporte, realizaba los viajes clandestinamente con ayuda de los compañeros argelinos o marroquíes de la Confederación General del Trabajo (CGT), en cuyo sindicato militaba, alternando esta labor con sus responsabilidades en el PCE. A las autoridades francesas no solo les molestaba la actividad política de los exiliados españoles, sino la creciente simpatía que mostraban con los militantes del Movimiento Nacional Argelino que luego formaron parte del Frente Nacional de Liberación que, en 1954, lideraría la guerra contra el colonialismo francés. «Algunos franceses tenían ideas racistas y le trataban mal y con desprecio —escribe Marcelino en sus *Memorias*, refiriéndose a Benchongara, uno de sus buenos amigos argelinos—, incluso alguno le insultaba llamándole *sale race* o también *sale ratón*, raza sucia y sucio ratón». Hicieron una gran amistad, y Benchongara protestó cuando detuvieron a Marcelino en Orán, junto con otros tres compañeros, para llevárselos a la prisión argelina de Barberousse, donde estaban encerrados muchos militantes argelinos anticolonialistas.

Unos y otros compartían el burdo manejo a que habían sido sometidos por parte de los franceses en situaciones críticas. Durante la Segunda Guerra Mundial, los argelinos fueron movilizados para integrarse en el ejército de De Gaulle, en la lucha contra los nazis; después, como ya se ha contado, para combatir en Indochina contra las tropas de Ho Chi Minh. Lejos de agradecérselo, los colonos franceses más radicales tuvieron con ellos un comportamiento racista que, a partir de la guerra colonial, cristalizó en la Organización del Ejército Secreto, en francés *Organization de l'Armée Secrete* (OAS), cuyos miembros sembraron Argelia de atentados terroristas.

También los exiliados españoles dieron su apoyo a las tropas francesas en ambas contiendas, sin conseguir a cambio el debido reconocimiento ni el menor gesto de

gratitud. Ni siquiera se les reconoció una importante deuda simbólica: su decisiva contribución a la liberación de París.

—Fueron los antiguos soldados del Ejército Popular Republicano los que entraron en París junto a los aliados —recuerda Josefina—. Al principio, cuando terminó la guerra, dieron mucha importancia a la ayuda de los españoles que formaron parte de la Resistencia contra los nazis, pero, al cabo de un tiempo, los franceses se olvidaron de todo.

Con la liberación de París, en agosto de 1944, fue derrotada la Francia del Régimen de Vichy, con lo que se puso fin a la colaboración con el Tercer Reich y se recuperó la legitimidad histórica y política de la Tercera República Francesa, al mando del general De Gaulle. Aquella decisiva derrota del nazismo comenzó con una insurrección encabezada por la Resistencia, que se solidarizó con la huelga general convocada por el Partido Comunista francés. Se levantaron barricadas en muchos frentes de la ciudad para impedir el desplazamiento de las tropas alemanas, a las que Hitler había dado la orden de destruir París.

Los sublevados no hubieran resistido demasiado tiempo de no haber recibido el apoyo exterior de los partisanos y de la División Blindada del general Leclerc, que contaba entre sus filas con la 9.^a Compañía, conocida como *La Nueve*, formada por españoles que habían luchado en el Ejército Popular Republicano, cuyo batallón estaba al mando de Joseph Putz, un voluntario de las Brigadas Internacionales que luchó en la guerra civil española. La mayoría de los miembros que la formaban eran anarquistas, pero también había comunistas, con los que se enfrentaban siempre que se planteaban discusiones ideológicas. No obstante, eran muy solidarios a la hora de luchar contra el enemigo o en caso de que hubiera algún herido al que auxiliar.

La mayoría de los hombres que componían *La Nueve* tenían menos de veinte años cuando cogieron las armas por primera vez para defender la República española [...] Con las tropas del general Leclerc, *La Nueve* se preparó en África e Inglaterra, desembarcó en Normandía, liberó París, sufrió los más duros combates para liberar Alsacia y su capital Estrasburgo y consiguió llegar hasta el mismo búnker de Hitler, en Berschtesgaden. Durante la contienda, en cada tumba de los compañeros desaparecidos, los españoles colocaron siempre una pequeña bandera republicana.

A pesar del heroico comportamiento de los españoles durante la Segunda Guerra Mundial, su lucha junto a los franceses y su extraordinario coraje y valor, en el prólogo al citado libro de Evelyn Mesquida encontramos las siguientes palabras de Jorge Semprún:

De los discursos de la Liberación, entre 1944 y 1945, se publicaron centenares de noticias sobre la importancia de la participación española. Poco

después, sin embargo, tras la derrota alemana y la liberación de Francia, apareció enseguida la voluntad de afrancesar o nacionalizar la lucha de esos hombres [...]. Fue así como la participación extranjera, sobre todo la española —que fue la más numerosa—, fue desapareciendo poco a poco, hasta esfumarse totalmente de las memorias. Años después, nos encontramos con que mucha gente se sorprendía cuando les contabas que París había sido liberada por los españoles en vanguardia.

Los testimonios de Evelyn Mesquida y de Jorge Semprún sobre las proezas de *La Nueve* explican sin paños calientes lo que Josefina Samper insinúa con atenuantes: que los franceses persiguieron y detuvieron a su marido, lo encarcelaron durante cinco meses a la espera de juicio, hasta que lograron expulsarle de Argelia, todavía territorio colonial francés. No obstante, atribuye tan pésimo comportamiento a la derecha francesa: «El ministro del Interior del Gobierno francés de aquella época —puntualiza— era un reaccionario que estaba dispuesto a ceder a las presiones de la dictadura franquista».

El padre de Josefina también tuvo que salir precipitadamente de Argelia, al ser amenazado de muerte por los terroristas de la OAS. Salvador Samper se instaló en el sur de Francia, y su hija y su yerno, Marcelino, regresaron a España un 18 de julio de 1957.

El paso del tiempo ha demostrado que la Francia liberada de De Gaulle y los propios historiadores minimizaron la decisiva actuación de los combatientes españoles junto a las tropas aliadas. Fue otra gran injusticia histórica, de las muchas que cometieron contra España antes, durante y después de la Guerra Civil.

Regresan a España

Llegan el 18 de julio. Mal día para los vencidos. Los fantasmas de Franco: la pertinaz sequía y la conspiración judeomasónica. La Iglesia santifica a los franquistas. Primeras manifestaciones de obreros y estudiantes

Por circunstancias del azar, la familia Camacho regresó a España un 18 de julio, fecha de pésima memoria para los vencidos, por ser el día de la sublevación militar contra el gobierno de la Segunda República. En Argelia, los franceses no dejaban a la familia vivir en paz, así que Marcelino decidió regresar tras enterarse de la concesión de indultos para los evadidos de los campos de concentración que ya habían sido juzgados. Sin embargo, lo que realmente le movilizó fue el llamamiento de la dirección del partido a incorporarse a la lucha en el interior del país.

En 1956, Dolores Ibarruri todavía estaba al frente de la Secretaría General del PCE, pero había regresado a Moscú y el que se ocupaba de hecho de la dirección política del partido era Santiago Carrillo, que desde su exilio en París promovió la política de reconciliación nacional para acabar con la división del país en los dos bandos enfrentados desde la guerra. Carrillo tuvo la perspicacia de captar la realidad: que los únicos beneficiarios del régimen pertenecían a la oligarquía financiera y terrateniente y a las nuevas fortunas florecidas a la sombra del franquismo. La mayoría del pueblo estaba sometido a las arbitrariedades de la dictadura, vivía sin libertad y sin dar muestras de la menor exaltación política o, incluso, con una ideología contraria al régimen.

Ellos también, en cierto modo, habían perdido la guerra, aunque hubieran caído del lado del ejército vencedor. Resultaba imprescindible acabar con las actitudes revanchistas para que el país pudiera avanzar.

Para lograrlo era necesario, además de continuar el trabajo en la clandestinidad, abrir un frente de lucha legal.

Una cuestión importante que se planteaba al optar por una «vía pacífica» era la de las formas que debía tomar la lucha antifranquista [...] Para nosotros estaba muy claro entonces que la principal base de apoyo de toda movilización general contra la dictadura la tenía que hacer la clase obrera.

Inspirado por dichas ideas, Marcelino Camacho decidió abandonar el exilio. A través del consulado de España en Orán, consiguió un certificado donde se hacía constar que no había ninguna causa contra él y que podía regresar a España, tras pagar una multa de quinientas pesetas por haber cruzado la frontera sin pasaporte. Marcelino, Josefina y sus dos hijos salieron del puerto de Orán el 17 de julio de 1957 en el barco *Siri Bel Abbes* y, a la mañana siguiente, al desembarcar en Alicante, encontraron algunas dificultades burocráticas, precisamente por ser día festivo.

—Allí estaba mi suegro —recuerda Josefina como si lo estuviera viendo en estos momentos—. Nos saludábamos con el pañuelo. Ni mis hijos ni yo le conocíamos. Bajé por las escaleras del barco con los dos niños, porque Marcelino me dijo que, mientras él recogía las cosas, los llevase con su padre y su hermana. Llevaba también mi máquina de coser, de la marca Alfa, por la que la Guardia Civil me quería hacer pagar un impuesto para pasarla por la aduana. Les dije que con ella me iba a ganar el pan y protesté tanto que, al final, los guardias se apiadaron de mí y me dejaron por imposible. Ahí la tengo todavía —me dice señalando a una pared de la habitación—, y buenas ganancias que le he sacado.

»Con todo ese lío no me di cuenta de que Marcelino no bajaba del barco. Al cabo de un buen rato, me entero de que los marineros franceses le habían retenido, porque tenían orden de que no dejarle bajar hasta que no llegara la autorización. ¿Sabes lo que hice? Coger a mis hijos y volver a subir al barco. Los marineros intentaron prohibírmelo, y entonces les dije: “Yo no me voy de aquí sin mi marido y, si no me dejan reunirme con él, me tiro al mar con los niños”. Resulta que las oficinas estaban cerradas por el maldito 18 de julio y por eso el permiso tardaba tanto en llegar. Por fin, le dieron los papeles a Marcelino; los firmó, mi suegro pagó la multa de quinientas pesetas y nos dejaron marchar.

Facturaron el voluminoso equipaje, embalado en cajas de madera, para recogerlo en la madrileña estación de Atocha. Se habían traído todas sus posesiones: el colchón, las sábanas, las toallas, las doce mil pesetas ahorradas en Orán, la olla a presión y la vajilla, que, por cierto, no soportó los golpes de la travesía y llegó hecha añicos. Pasaron unas horas en Alicante hasta que salió el tren para Madrid, donde les esperaba una nueva vida. Nueva y difícil.

Ese 18 de julio los periódicos celebraban en sus portadas el XXI aniversario del Alzamiento Nacional con una inmensa cara de Franco de perfil y una apología de su figura llena de excesos. Sirva de ejemplo un breve párrafo extraído de la tercera de *ABC*, que se refiere a sus hazañas posbélicas:

Y deshace la conjura internacional, y encuentra apoyos diplomáticos, y domina el mar, y funda una Hacienda, y sostiene la moral, única arma abundante de los cruzados, y evita, en los difíciles finales, en 1939, que la

guerra nuestra empalme con la guerra general (supremo anhelo de los rojos), con lo que libra a España de una catástrofe: ser el suelo donde se desarrolle la segunda contienda mundial.

El régimen franquista estaba muy orgulloso de haber mantenido una aparente neutralidad, a pesar su cercanía con el eje Roma-Berlín, a costa del aislamiento político-económico de la posguerra. En los discursos de Franco, influido por la retórica fascista y los métodos de la propaganda nazi, aparecen repetidas hasta el aburrimiento referencias a dos de sus enemigos emblemáticos: la pertinaz sequía y la conspiración judeomásónica. Utilizaba la adversidad climática y la conjura indemostrable, un discurso patriótico para justificar la catastrófica situación económica y el boicot internacional. Repitió tantas veces la frase hecha de «la pertinaz sequía», que se convirtió en motivo de burla encubierta. De todo tenía la culpa la escasez de lluvia hasta que, en el otoño de ese mismo año, a causa del temporal, se desbordó el río Turia e inundó Valencia, causando más de ochenta muertos y cuantiosas pérdidas materiales. Las ayudas prometidas por el Gobierno tardaron tanto en llegar, que el alcalde de Valencia tuvo un enfrenamiento con Franco. El regidor fue cesado de manera fulminante.

La segunda obsesión de Franco, que le acompañó hasta sus últimos días, fue la conspiración judeomasónica a la que, a veces, añadía la coletilla de marxista-internacional. La tradición de esta vieja consigna de los monarcas católicos se remonta a los tiempos de Felipe II, cuando servía para justificar la decadencia española culpando de ella a la venganza de los descendientes de los sefardíes expulsados por los Reyes Católicos, a los que se unieron los masones, enemigos herejes del católico imperio español. Ya en el siglo xx, la responsabilidad se extendió a las conspiraciones bolcheviques. Se suponía que todos juntos se harían los amos del mundo. Una teoría chapucera y contradictoria que hacía agua por todas partes.

Hay mucha literatura psicoanalítica que atribuye diversos complejos de inferioridad a Franco, entre otros su odio a la masonería, como consecuencia de haber sido rechazada su petición de ingreso en una logia masónica. De su antisemitismo sería culpable su posible origen judío, que quiso ocultar a toda costa por su cercanía con los partidarios de Hitler. Le imputaban, además, un pensamiento poco perspicaz, más bien tosco y ramplón, que le llevaba a simplificar la consideración de todos sus enemigos, incluidos los defensores de la República, a los que clasificaba en dos grupos: masones y comunistas.

Transcurridos dieciocho años desde el final de la Guerra Civil, cuando Hitler y Mussolini ya no suponían un peligro, llegó para Franco el momento de abandonar la retórica fascista, como el saludo con el brazo en alto y la mano extendida, para iniciar una aproximación a los países que podían romper el cerco al que fue sometido en los años cuarenta. Los primeros tiempos de la autarquía habían paralizado la situación económica del país.

El primer aliado de la dictadura fue la Iglesia católica, que se puso de parte de los sublevados por reacción al anticlericalismo de la Segunda República. Gracias a su apoyo, Franco le concedió grandes privilegios, que constan en el Concordato firmado con el Vaticano en el año 1953 y en el Fuero de los Españoles (que pretendía suplir a la Constitución), donde se reconocía explícitamente que la religión católica gozaba de la protección oficial, mientras se impedía el culto y toda manifestación externa de las demás religiones. La Iglesia católica bendijo el golpe militar contra la Segunda República y fue muy combativa durante la Guerra Civil. Después se alineó con los vencedores, se identificó plenamente con el dictador y accedió a todos sus caprichos. La sublevación pasó a llamarse «la santa cruzada» y Franco se autotituló Caudillo de España, para unificar en dicho título los cargos de jefe del Estado, generalísimo de todos los ejércitos y jefe nacional del partido único. Las autoridades eclesiásticas le permitieron que todas las monedas llevaran acuñada su efigie con la inscripción «por la gracia de Dios» y que se exhibiera en público cubierto bajo palio sagrado, un ritual religioso reservado para las imágenes de la Virgen, de los santos y de la Custodia solo cuando lleva la hostia consagrada. La Iglesia dio entierro a las víctimas franquistas con la inscripción, en sus lápidas, de la leyenda «gloriosos caídos por Dios y por España». La escuela católica se hizo cargo en exclusiva de la educación y fueron derogadas por decreto las leyes de la República más avanzadas en cuestiones sociales, entre otras el voto femenino y la ley del divorcio, lo que supuso una regresión para los derechos de las mujeres. Cuentan que Carrero Blanco le decía a Franco: «Ningún gobernante en ninguna época de nuestra historia ha hecho más por la Iglesia católica que Vuestra Excelencia».

Con este sombrío panorama se encontró Marcelino Camacho cuando llegó a Madrid y, sin embargo, su naturaleza optimista y sus ganas de luchar le llevaron a pintar en sus memorias un porvenir esperanzador.

Eran años en los que se iniciaba un desarrollo industrial acelerado, sobre todo en Madrid, y se vivía el final de la autarquía que mantuvo España económica y políticamente cerrada al mundo exterior. No solo se había acabado la reconstrucción que siguió al fin de la guerra, sino que además se había hecho la acumulación de capital imprescindible para una nueva etapa de desarrollo. En 1953, a raíz de los acuerdos con Estados Unidos, se vivió el principio de la apertura al exterior y la entrada de capital extranjero [...] Cuando volví a Madrid ya no era una ciudad administrativa, sino una ciudad industrial, y con ello emergió una nueva clase trabajadora que empezó a entrar en liza en el país. Por razones económicas, generacionales, y por el propio desarrollo de Madrid, aparecieron nuevas condiciones de las que surgieron luchas y actividades sindicales.

Marcelino estaba bien informado de los conflictos obreros que surgieron al final

de los años cuarenta, como la huelga general del 1 de mayo de 1947 en el País Vasco, convocada por UGT, CNT, las maltrechas fuerzas políticas de la oposición y el Consejo de la Resistencia. Contó también con el apoyo de los nacionalistas, que fueron reprimidos duramente. Era una de las primeras movilizaciones laborales que se producían después de la guerra, y la más heroica de todas ellas, pues los militantes sindicalistas obreros habían sido aniquilados y los pocos que sobrevivieron pasaron a la clandestinidad o al exilio. La represión y el olvido internacional lograron silenciar a los grupos opositores de la izquierda sindical y política, pero el malestar social iba en aumento.

A la falta de libertad había que sumar las dificultades para encontrar trabajo, la escasez de viviendas y la carestía de la vida. La subida de las tarifas de los transportes fue la causa, en 1951, del boicot a los tranvías en Barcelona, que desembocó en una gran protesta de masas. Las salidas laborales eran escasas y discriminatorias. Seguía vigente el espíritu que incitó a proclamar las primeras leyes franquistas, que excluían del trabajo a los desafectos y les condenaban a la marginación. Hubo una represión generalizada, pero los maestros republicanos se llevaron la peor parte. Acusados de izquierdistas, contrarios a la «Causa Nacional» y ateos, fueron suspendidos de empleo y sueldo e inhabilitados para el magisterio. Como escribe el historiador Francisco Moreno en la obra colectiva *Víctimas de la Guerra Civil*, «los fichados como izquierdistas, levantiscos o promotores de huelgas estaban perdidos», porque no solo se habían restringido por ley las oposiciones, además, el ochenta por ciento del empleo público quedaba reservado para mutilados, oficiales provisionales, excombatientes, huérfanos de víctimas de los rojos y, en general, para los más significados en el bando vencedor. Por eso se acuñó la frase de la «adhesión inquebrantable» exigida implícitamente para contar con el beneplácito oficial. A pesar de que ya habían concluido las depuraciones masivas de los años más duros, para acceder a la mayoría de los puestos de trabajo seguían teniendo prioridad los adictos al régimen.

El descontento también se extendió a la Universidad, donde los estudiantes, una vez licenciados, tenían grandes dificultades para encontrar empleo. En 1951, Franco decidió hacer algunos cambios, tratando de dejar a un lado la vieja retórica falangista, para acercarse a las potencias occidentales. Dentro de esa línea de intentos renovadores nombró ministro de Educación a Joaquín Ruiz-Giménez, representante de los sectores católicos aperturistas del régimen, que había demostrado su eficacia y lealtad en sus anteriores cargos: director del Instituto de Cultura Hispánica (1946-1948) y embajador ante la Santa Sede (1948-1951) durante las negociaciones del Concordato —firmado finalmente en 1953— que tantas satisfacciones le había dado al Caudillo. Ruiz-Giménez intentó modernizar la política educativa, y para ello eligió a los intelectuales exfalangistas más liberales para los puestos clave de su ministerio y de los rectorados de las mejores universidades de la época. Así, Pedro Laín Entralgo fue rector de la Complutense; Torcuato Fernández-Miranda, de la de

Oviedo y Antonio Tovar, de la de Salamanca. A pesar de sus esfuerzos por reformar las instituciones docentes, no logró realizar los cambios necesarios para modernizar la vida académica. Se lo impidieron los sectores más inmovilistas de la dictadura. Sin embargo, durante su mandato se consolidaron algunos movimientos clandestinos de izquierda, cuyos principales protagonistas habían vivido la Guerra Civil siendo niños y, por lo general, procedían de familias ilustres del régimen.

Hasta entonces, solo existía el Sindicato Español Universitario (SEU), de ideología falangista, que contaba con el apoyo de algunos disidentes dentro del régimen y organizaba manifestaciones de protesta contra determinados actos oficiales, como la visita de la reina de Inglaterra a Gibraltar, que fueron disueltos de forma violenta por la Policía. Al mismo tiempo, se estaban formando grupos activistas, de ideología comunista, para oponerse al SEU e impedir que ostentase el monopolio de la representatividad.

La izquierda reclamaba elecciones libres y con ese objetivo se consiguió que un sector de los universitarios madrileños firmaran un manifiesto el 1 de febrero de 1956, dirigido al Gobierno, al ministro de Educación y al Secretario General del Movimiento, donde denunciaban su grave situación:

Al ambiente de desencanto como españoles que quisieran ser eficaces, colaborar y servir inteligente y críticamente a la empresa del bien común y ven ahogado este noble propósito, hay que unir ya la amargura que provoca la emigración creciente de cientos y miles de nuestros mejores graduados. Estos hechos solo pueden perturbar hondamente en el futuro la ya nada fácil ni justa, en otros aspectos, vida social de la Nación. Porque el camino hasta hoy seguido es el de la ineficacia, la intolerancia, la dispersión y la anarquía.

Exigían una serie de reivindicaciones: desde la libertad de cátedra o el abaratamiento de las tasas y del precio de los libros, hasta la libertad sindical. Y pedían, además, la convocatoria de un Congreso Nacional de Estudiantes en el que participasen todos los centros por medio de sus representantes, designados por libre elección, garantizada por el control de los Claustros de Profesores, que habría de ser el único órgano legítimo de representación estudiantil. Sus intereses entraban en colisión con los del SEU.

El 7 de febrero un grupo de asaltantes irrumpió violentamente en la Facultad de Derecho durante la elección de los representantes estudiantiles. Al día siguiente, los universitarios de izquierda se manifestaron frente al Ministerio de Educación para protestar por los incidentes, mientras otros destruían el local del SEU, a quien consideraban culpable del asalto. Se produjeron enfrentamientos en la calle y murió un estudiante falangista, de diecinueve años, de un disparo cuya procedencia nunca se aclaró, aunque se lo atribuyeron a un error de la Policía. Detuvieron a medio centenar de estudiantes de la oposición, pero los falangistas, la prensa del movimiento y, de

manera especial, el ultraderechista Girón de Velasco exigieron que se tomaran más medidas frente a lo que llamaban la conjura de «marxistas y monárquicos». La represión fue brutal y, por primera vez, los hijos de la alta burguesía, educados en el bando de los vencedores, pasaban por las cárceles franquistas, una experiencia que, en vez de domarlos, les hizo más combativos.

Franco se fue a meditar a una de sus cacerías y, al volver a El Pardo, tomó la decisión de cerrar temporalmente la Universidad, suspender varios artículos del Fuero de los Españoles (lo cual equivalía a un estado de excepción añadido a la excepcionalidad habitual del régimen) y cesar al ministro del Movimiento, Raimundo Fernández Cuesta, al rector de la Universidad de Madrid, Pedro Laín Entralgo, y al ministro de Educación, Joaquín Ruiz-Giménez, al que, no obstante, condecoró poco después con la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio y con la de Isabel la Católica.

Los incidentes desembocaron en una crisis política general que puso fin a los primeros intentos aperturistas del régimen. Los partidos clandestinos, comunistas y socialistas, se infiltraban en la Universidad y, bajo las siglas del Frente de Liberación Popular, nacía un movimiento de resistencia estudiantil muy combativo que pronto se uniría a las movilizaciones obreras.

Buscan trabajo y piso

A los emigrantes se les pone en cuarentena. El problema de la vivienda. Acogidos en Lavapiés. Paseos por el parque de El Retiro. Los westerns en el cine Olimpia.

Al que da la cara se la rompen

La difícil situación, como se ha visto, no era muy favorable para que los Camacho encontrasen trabajo y vivienda. La crisis política que enfrentó a los diversos sectores del régimen, junto al malestar provocado por una oposición incipiente que nada tenía que ver con los viejos republicanos, ni tampoco con el exilio, añadían nuevos elementos de inestabilidad económica y social.

Franco quería superar definitivamente el aislamiento económico que había padecido España, cuyos efectos arrastraba desde la década anterior. La crisis política la afrontó con mano dura, reforzando las medidas de excepción, pero le resultaba mucho más difícil controlar la inflación, el déficit de la balanza de pagos, la ineficacia de la administración, la escasez de infraestructuras, el problema de la vivienda y el desempleo.

Cada día llegaban a Madrid miles de personas en busca de trabajo. Buscaban refugio en las barracas y chabolas instaladas en las afueras de la ciudad, que se iban extendiendo de manera descontrolada. Para atajar los problemas causados por las barriadas chabolistas, se publicó un decreto que impedía la entrada en Madrid de aquellas personas que carecían de alojamiento previo a su llegada, se dictaron normas para derribar las instalaciones ilegales y evitar los nuevos asentamientos. A los emigrantes sin recursos se los devolvía a sus lugares de origen.

En 1957, el Instituto Nacional de la Vivienda se convertía en un gran ministerio con dos direcciones generales, la de Arquitectura y Urbanismo y la de Regiones Devastadas, encargado de la reconstrucción del país, de manera especial en las zonas más dañadas por la guerra. Franco nombró ministro de la Vivienda a un veterano falangista, José Luis Arrese, al que encomendaba una ardua tarea: derribar asentamientos y construir viviendas sociales.

Por lo que respecta al Plan de Urgencia Social, aprobado en noviembre de 1957, junto a la Ley de Viviendas Subvencionadas, se intentaron edificar 60 000 viviendas en dos años [...] Durante este periodo, el Ministerio de la

Vivienda mantuvo adelante algunas iniciativas de vivienda social que se vio frenada por el Plan de Estabilidad de 1959, mediante el cual España se acercaba al modelo de economía de mercado imperante en el mundo occidental y del cual se había mantenido apartado en el periodo de autarquía. Este Plan, aunque produjo efectos notables, provocó un periodo de recesión económica, incremento del paro y caída de la renta per cápita.

En vista de las dificultades para encontrar casa, lo primero que hizo Marcelino fue pedir alojamiento provisional en el piso de la calle del Amparo, del barrio de Lavapiés, donde estuvieron sus hermanas en la posguerra y donde ahora vivía su prima, Felisa del Valle, con su hijo Antonio, que trabajaba de taxista por la noche.

—Era muy pequeñito —recuerda Josefina—. Vivíamos todos revueltos en poco más de treinta metros. En la cama del pasillo dormían mi cuñada y mi hijo Marcel; en el comedor metíamos dos camas plegables, una para Marcelino y para mí, y otra para Yenia, pero no podíamos abrir la puerta hasta que las recogíamos; y en otra habitación minúscula dormía su hijo de día y la prima de noche. Ella nos obligaba a guardar silencio para que su hijo pudiera descansar. A mí me dijo: «Échate una amiga y vete a pasear por la calle», pero yo iba a buscar a los chicos al colegio para llevarlos al parque de El Retiro, si teníamos buen tiempo, o al cine Olimpia cuando hacía frío.

Cuando todavía no había llegado la televisión, los toros, el fútbol y el cine eran el principal entretenimiento de los españoles. El público, por lo general, asistía semanalmente a las sesiones de tarde donde se proyectaban dos películas seguidas. Casi la totalidad de la programación se la llevaban las producciones de Hollywood. Un pequeño porcentaje quedaba reservado al cine español de la época, que se dividía en dos tendencias antagónicas, pero igualmente politizadas. Una serie de directores adictos al régimen filmaban aventuras patrióticas o dramas históricos de la España imperial, del corte de *Agustina de Aragón*, *¡A mí la Legión!*, *Locura de amor* o *Raza*, cuyo guión escribió Franco con el seudónimo de Jaime de Andrade. Otros de la misma cuerda se inclinaban por el esperpento musical con acento andaluz. Y también existían, paradójicamente, cineastas antifranquistas de la talla de Luis García Berlanga y Juan Antonio Bardem, que lograban burlar la censura con películas tan comprometidas como *Bienvenido mister Marshall* (1952), *Muerte de un ciclista* (1955) o *Calle Mayor* (1956).

Da idea del ambiente represivo de la época el hecho de que varios policías irrumpieran en el rodaje de *Calle Mayor*, para llevarse al director, Juan Antonio Bardem, que era ya un veterano militante comunista. Estuvo unos meses detenido y, tras salir de la cárcel, reanudó el rodaje de la película. Logró burlar la censura para llegar al Festival de Venecia, donde obtuvo un éxito rotundo. El estreno en Madrid fue un gran acontecimiento cinematográfico al que asistieron destacados cineastas e

intelectuales antifranquistas. La vida cultural era una de las múltiples paradojas del régimen.

Regresemos al verano del 57, cuando Josefina iba casi todas las tardes al cine. En esos días triunfaban las películas italianas, concretamente, el jurado del Festival de Cine de San Sebastián otorgó la Concha de Oro a una comedia de Nino Risi y el premio de interpretación femenina a Giulietta Massina, por *Las noches de Cabiria*, de Federico Fellini. Le pregunto a Josefina si le gustaban las películas italianas, pero no recuerda haber visto ninguna en aquellos tiempos.

—Lo único que vi en el Olimpia eran películas del Oeste, de vaqueros y de indios, donde había tiros y más tiros. Eran las únicas donde dejaban entrar a los niños, porque las otras estaban prohibidas para menores. No tengo buenos recuerdos. Terminé tan harta de ir al cine por obligación, que no me quedaron ganas de volver.

—¿Nunca iba al cine con Marcelino?

—No, él siempre estaba liado con sus cosas y le gustaba mucho escuchar la radio o leer el periódico, pero no tenía tiempo para más. Algunas tardes, como él trabajaba ya en la Perkins, y volvía en una camioneta que le dejaba en Cibeles, le esperábamos sentados en un banco los niños y yo para darnos un paseo hasta casa. Llegábamos a la hora de preparar la cena y la prima protestaba porque los críos hacían ruido. Teníamos pocas diversiones y andábamos mal de dinero. Algunos domingos íbamos a merendar con Ricardo Segurana, uno de los que se escapó con Marcelino del campo de concentración, que era como su hermano y vivía con una tía y dos hermanas mellizas. Su familia tenía una fábrica de chocolate, así que los chicos se atiborraban de galletas con chocolate y así volvían a casa bien alimentados.

—¿Hasta cuando soportaron esa vida?

—La verdad es que estábamos muy incómodos en aquel piso; cada vez teníamos más roces. Marcelino ganaba un sueldo decente, que daba para comer, pagar todos los gastos de la casa, la luz, el carbón... Los chicos se iban haciendo mayores y no podíamos pasar todo el día en la calle. Y luego, la prima tenía sus manías, por ejemplo, se negaba a darme las llaves porque tenía miedo de que las perdiera, así que muchas veces nos quedábamos esperando en el portal y Yenia lloraba porque no podía hacer los deberes. Y aunque le estábamos agradecidos a Felisa por acogernos, ya no aguantábamos más y nos pusimos a buscar algo en otra parte.

Pasaron poco más de dos años en aquel cubículo pequeño y oscuro de Lavapiés, hasta que ahorraron la mitad de lo que necesitaban para dar la entrada de un piso; la otra mitad se la prestaron su amigo Ricardo Segurana y sus hermanas, que no estaban mal de dinero. Marcelino miraba todas las promociones del recién creado Ministerio de la Vivienda, sin importarle en qué barrio estuvieran situadas, pero a Josefina se le

había metido una idea en la cabeza y quería vivir, a toda costa, en Carabanchel.

—Yo estaba empeñada en vivir cerca de la cárcel, así que me puse a mirar por el barrio de Carabanchel y así encontramos la casa a la que acabo de volver estos días para sacar las últimas cosas que teníamos. No la pienso vender, porque los compañeros de CCOO quieren ponerle una placa donde diga «Aquí vivió Marcelino Camacho» y conservarla como museo para que la gente joven pueda ir a visitarla.

—¿Lo de vivir cerca de la cárcel fue una intuición?

—Nada de intuición: fue porque estaba segura de que tendría que visitarla muchas veces. Incluso fui con la prima Felisa a verla por fuera, y ella me decía lo mismo: «¿Para qué quieres vivir aquí?». Al principio, Marcelino trabajaba para el partido en la clandestinidad, pero nada más llegar del exilio se metió en la Oposición Sindical Obrera, porque UGT, CNT y los demás sindicatos habían sufrido mucho con la represión y estaban reducidos al mínimo. Estábamos convencidos de que no se podía hacer la lucha obrera desde la clandestinidad y de que pronto tendríamos que dar la cara para defender a los obreros. Y ya se sabe, tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe o, lo que es lo mismo, al que da la cara se la quiebran. Marcelino tendría que pasar alguna vez por esa cárcel. Tarde o temprano tenía que suceder y yo prefería estar cerca para ayudar.

En el barrio de Carabanchel

El Vaticano II y los derechos humanos. Conocen a Ruiz-Giménez. Se crea el TOP (Tribunal de Orden Público). La ejecución de Julián Grimau. Garrote vil para dos anarquistas

Con tres colchones y una mesa, el 6 de enero de 1960, se trasladaron al piso de Carabanchel. Era todo lo que habían logrado salvar tras las sucesivas mudanzas. Tenían, además, una hipoteca a treinta años, concedida por el Banco Oficial de Crédito, que irían pagando con el trabajo de Marcelino en la Perkins. Cobraba un buen sueldo mensual como obrero metalúrgico especializado, oficial de primera fresador, a base de hacer dos horas extraordinarias todos los días.

En Perkins reinició la lucha desde la Organización Sindical Obrera (OSO), sindicato vinculado al Partido Comunista, con la pretensión de adaptarse a las nuevas circunstancias democráticas. Al principio, tuvieron muchos problemas para incorporar nuevos afiliados, pues el riesgo de la represión era muy alto. A los trabajadores les paralizaba el miedo al despido o incluso a la posibilidad de terminar en la cárcel. Conviene recordar que en aquellos tiempos no existían derechos de asociación, reunión, manifestación ni huelga. A pesar de las dificultades, decidieron participar como infiltrados, sin prejuicios ni dogmas, en las elecciones del sindicalismo vertical, beneficiarse de los convenios colectivos, acudir a las magistraturas de Trabajo y echar mano de las escasas posibilidades legales para defender a los trabajadores. «Así, de cárcel a cárcel, reivindicación a reivindicación, huelga a huelga, se produjeron en nosotros mismos los cambios necesarios para combinar la lucha legal con la ilegal, “extralegal”, como decíamos entonces».

Entre los accionistas que formaban parte del consejo de administración de Perkins Hispania S. A., figuraban varios exministros franquistas que habían tenido problemas con un turbio asunto de importaciones o, para mayor precisión, de contrabando de motores. Como los pillaron con las manos en la masa, pidieron ayuda a otro exministro y viejo amigo, Joaquín Ruiz-Giménez, y le encargaron su defensa ante los tribunales. Ésa fue su vinculación inicial con Perkins, pero, al cabo de un tiempo, Ruiz-Giménez fue nombrado presidente del consejo de administración. A él acudió Marcelino Camacho, como portavoz del jurado de empresa y representante de los trabajadores, para plantearle una serie de reivindicaciones. Su primer encuentro fue el principio de una excelente relación que permaneció a lo largo de toda su vida.

—Nos hicimos muy amigos de la familia —corroboraba Josefina—. Joaquín Ruiz-Giménez era una bellísima persona y siempre fue nuestro abogado, junto a María Luisa Suárez, que ahora anda fastidiada, la mujer. Es una lástima, todos vamos echándonos años encima...

Merece la pena destacar el papel que representó Ruiz-Giménez en los años de la dictadura y en la reconciliación nacional entre los dos bandos enfrentados desde la Guerra Civil. Tras los conflictos en la Universidad y su cese fulminante, abandonó el cargo de ministro de Educación con mucho resquemor político. Sin embargo, a pesar de su decepción, no rompió con los gerifaltes de la dictadura, aunque sí era consciente de lo que él llamaba «los agujeros del 18 de julio», en clara referencia a las injusticias del régimen. Durante un tiempo breve se refugió en su cátedra de la Universidad de Salamanca, donde estableció buenas relaciones con una serie de estudiantes de izquierda que, años más tarde, formarían parte de la revista *Cuadernos para el Diálogo*. A pesar de la intensa actividad académica que llevaba en Salamanca, echaba de menos Madrid, y en 1960 decidió regresar, después de haber aprobado las oposiciones a la cátedra de Filosofía del Derecho en la Complutense, en cuyo departamento coincidieron, entre otros, Elías Díaz, Fernando Ledesma, Raúl Morodo, Leopoldo Torres, Liborio Hierro y Tomás de la Quadra-Salcedo. Todos ellos tuvieron un papel destacado, como militantes de izquierda, en la transición a la democracia y algunos formaron parte de los gobiernos de Felipe González.

Su actividad en Madrid durante aquellos años fue incesante, entre otras razones, porque quería mantener la buena posición de una numerosa familia de once hijos. Ruiz-Giménez daba clases en la Universidad, pertenecía a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), ejercía de abogado en su despacho privado, formaba parte de media docena de consejos de administración, presidía otros, como el citado de la empresa Perkins, y, aunque apenas le quitaba tiempo, era procurador en Cortes y consejero nacional de «Los Cuarenta de Ayete», un grupo de designación directa de Franco, encargado de la defensa de los «Principios Fundamentales del Régimen».

En definitiva, Ruiz-Giménez ocupaba todavía una importante parcela de poder, en representación del sector católico con el que Franco intentó compensar la influencia de los falangistas. Tenía la habilidad de favorecer a unos o a otros según las conveniencias del momento. Los sectores católicos, sin embargo, empezaron a disgregarse, a su vez, en diversas tendencias. Los tecnócratas del Opus Dei competían con la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) para disputarse los favores del régimen. Por otra parte, en la Iglesia católica corrían vientos de renovación desde que el papa Juan XXIII anunció la convocatoria del Concilio Vaticano II, pronunciando una frase reveladora de sus intenciones: «Quiero abrir las ventanas de la Iglesia para que podamos ver hacia fuera y los fieles puedan ver hacia

el interior». El mismo pontífice presidió su inauguración, en 1963, pero falleció un año después, sin llegar a la clausura, que fue presidida por su sucesor, Pablo VI. Fue uno de los acontecimientos decisivos del pasado siglo, porque hizo posible una renovación sin precedentes en la Iglesia católica.

Los nuevos aires posconciliares llegaron a España y lograron que un sector de la jerarquía eclesiástica marcara distancias con la dictadura y renegara de un nacional-catolicismo que, hasta entonces, había amparado los desatinos franquistas. Algunos obispos hicieron veladas críticas contra la política laboral o la falta de libertades. El abad de Montserrat, Dom Aureli María Escarré, llegó más lejos, y en unas valientes declaraciones al periódico *Le Monde* denunciaba al régimen por la falta de libertades que existía en España y reclamaba la autonomía para Cataluña. Recibió el apoyo de los comunistas catalanes, de cuatrocientos sacerdotes que firmaron una carta de adhesión y, además, los insultos de la prensa franquista, con la especial animadversión del benedictino fray Justo Pérez de Urbel, primer abad del monasterio del Valle de los Caídos, además de consejero nacional del Movimiento y procurador en Cortes. El abad Escarré tuvo que exiliarse en Milán.

Más de trescientos sacerdotes del País Vasco habían firmado previamente un documento en el que reclamaban libertades y protestaban por la represión. Un año antes de dicho manifiesto, en 1959, hacía su aparición un grupo disidente del Partido Nacionalista Vasco (PNV) que se autodenominaba ETA. El clima creciente de insumisión fortaleció las organizaciones sindicales obreras cristianas como la Juventud Obrera Católica (JOC) y la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), que se fusionarían en la nueva Unión Sindical Obrera (USO), de carácter progresista, cuyas actividades semiclandestinas eran «parcialmente toleradas» por el régimen.

Del mismo modo que parte de la jerarquía eclesiástica fue sensible a las injusticias del régimen, algunos personajes fieles a Franco y al levantamiento del 18 de julio empezaron a marcar distancias, a mostrarse menos comprensivos y, al fin, a tomar caminos divergentes. Así se explica la evolución política de Joaquín Ruiz-Giménez, que pasó de identificarse con el régimen a plantar cara a determinadas actitudes represoras y a enmendar algunos restrictivos proyectos de ley. La primera enmienda a la totalidad que presentó fue a la creación del Tribunal de Orden Público (TOP), un juzgado especial al que Ruiz-Giménez se opuso de manera radical, argumentando que era contrario a la Declaración de los Derechos Humanos y a la encíclica del Juan XXIII, *Vacem in terris*, subtitulada: *Sobre la paz entre todos los pueblos que ha de fundarse en la verdad, la justicia, el amor y la libertad*.

El TOP, situado en el palacio de las Salesas de Madrid, empezó a actuar en diciembre de 1963, tras el asesinato de Julián Grimau. Se creó en sustitución del Tribunal Especial de Represión de la Masonería y el Comunismo. Durante sus catorce años de funcionamiento, el TOP transformó a miles de opositores políticos, por pacíficos que fueran, en sediciosos elementos subversivos que atentaban contra la

seguridad del Estado. Los impedimentos de Ruiz-Giménez fueron inútiles y terminó por convertirse en el juzgado por donde pasaban los disidentes políticos, y su misión era revestir de legalidad las arbitrarias detenciones de la Policía con sus correspondientes torturas y malos tratos.

Fue la primera vez que Franco, indiferente a los derechos humanos y contrario a la nueva corriente vaticanista, reprochó la actitud de Ruiz-Giménez, permitiendo que sus más cercanos colaboradores le acusaran públicamente de ser uno de los tontos útiles de los que se aprovechaban las organizaciones subversivas. De nada sirvió la oposición de Ruiz-Giménez, pues el Tribunal de Orden Público se creó sin enmiendas. Tal vez fuera el detonante que le llevó a asumir la defensa de sindicalistas, socialistas, comunistas y, en general, de todo el que sufriera la persecución de aquella institución destinada a reprimir a los enemigos del régimen.

También contribuyó a su alejamiento del régimen el impacto que le causó la ejecución de Grimau, así como los rumores que circularon en torno a su intento previo de asesinato y las torturas a las que fue sometido. A Ruiz-Giménez le afectó mucho que Franco no indultara al condenado a muerte, haciendo oídos sordos a la petición de clemencia del sumo pontífice.

Julián Grimau, miembro del Comité Central del PCE, era uno de los responsables del aparato del partido en el interior y estaba perfectamente informado de los detalles de la lucha clandestina. Su detención, debida al chivatazo de un camarada que le traicionó, fue un gran éxito para la Policía. Le llevaron a la Dirección General de Seguridad (DGS) para sacarle información mediante torturas, pero, al no conseguir su objetivo, en un posible arrebató de furia o para justificar el lamentable estado en el que le dejaron, los policías que le interrogaban le lanzaron desde una ventana a un callejón. Varias personas vieron cómo caía el cuerpo y se estrellaba contra el asfalto. Estuvo a punto de morir y, como tantas otras veces, la versión policial fue que se había arrojado al vacío en un intento de suicidio. Los pocos que pudieron verle en Carabanchel cuentan que tenía el cráneo hundido y las manos rotas. Le mantuvieron en régimen de aislamiento hasta que le llevaron ante un tribunal militar y fue condenado a muerte en un juicio rápido, sin pruebas y sin testigos. Para evitar que fuese fusilado, su mujer solicitó la intervención del Vaticano, de los presidentes de la Unión Soviética y los Estados Unidos y de diversos organismos internacionales. En muchas capitales europeas se realizaron manifestaciones en solidaridad con Grimau. El papa Juan XXIII pidió clemencia a Franco, pero el dictador fue implacable y ordenó a su embajador ante la Santa Sede que defendiese la condena a muerte con el argumento de que el condenado era «un hombre cargado de numerosos asesinatos, torturas y brutalidades, sabotajes, estallido de bombas y esfuerzos continuados a lo largo de toda su vida para implantar sangrientamente el comunismo en España».

Julián Grimau fue fusilado el 20 de abril de 1963. Tres días después, Angela Grimau, su viuda, estremecida y rota de dolor, hizo unas dramáticas declaraciones

ante cientos de periodistas que habían acudido al palacio de Orsay, en París, procedentes de todos los medios europeos.

Frente a lo irreparable, quiero declarar ante la conciencia universal que mi deseo más profundo, y también el de mis dos hijas y el de mi madre, es que la sangre derramada por Julián Grimau sea la última. ¡Que el general Franco sea proscrito de la Humanidad! Deseo ardientemente que en mi país reine la paz, que mi país pueda vivir en un régimen de paz y democracia. No quiero que otras madres, otras esposas y otros niños tengan que sufrir lo que estamos sufriendo nosotras en estos momentos.

Sus palabras causaron enorme impacto internacional.

Una semana después, Ángela Grimau compareció en el espacio de mayor audiencia de la televisión francesa:

En aquellos días se estrenaba la película de Frédéric Rossif *Mourir d Madrid*, y en algunos cines se anuncia el film con el rostro dolorido y digno de Angelita [...] Lo más indignante, lo que sigue doliéndonos de aquella atrocidad injusticia, repudiada por el mundo entero, es que todavía, más de cuarenta años después de aquel crimen de Estado (y de un Estado ilegítimo), seguimos con la asignatura pendiente de rehabilitar oficial y públicamente a Julián Grimau y a tantos hombres y mujeres condenados ilegalmente por la dictadura.

Lamentablemente, a pesar de la súplica de Ángela el crimen de su marido no fue el último de la dictadura. Poco después del fusilamiento de Grimau, en la madrugada del 17 de agosto de 1963, ejecutaron en los sótanos de la prisión de Carabanchel a dos jóvenes anarquistas, Francisco Granados y Joaquín Delgado. Les aplicaron el método del garrote vil, una máquina que consistía en un collar de hierro, ajustado al cuello del reo, rematado por un anillo metálico que, por medio de un tornillo, retrocedía y estrangulaba a la víctima. Habían sido acusados, una vez más sin pruebas, de poner dos bombas en Madrid. Años más tarde, los verdaderos autores del atentado desvelaron su identidad en un programa de la televisión francesa, demostrando así la inocencia de los que fueron tan injustamente condenados y ejecutados.

Las protestas internacionales no impidieron que el Tribunal de Orden Público funcionase a pleno rendimiento. Aumentó la represión al mismo tiempo que las actividades de la oposición semiclandestina.

En tales circunstancias, como se ha relatado, se conocieron Joaquín Ruiz-Giménez y Marcelino Camacho: uno como presidente del consejo de administración de Perkins y el otro como portavoz del jurado de empresa. Los trabajadores de la

fábrica habían conseguido doblar la producción y consideraban que tenían derecho a pedir una prima de productividad. Denegada su petición, iniciaron acciones de protesta como disminuir el ritmo del trabajo y negarse a hacer horas extras. El director gerente, un personaje que tenía fama de autoritario y déspota, consideró aquella actitud como un sabotaje y una acción ilegal alentada por «agitadores extranjeros», en clara referencia a Marcelino Camacho. En una de las asambleas pidieron una reunión extraordinaria del jurado de empresa que, según la legislación vigente desde 1953, debía convocar el presidente del consejo de administración. Ruiz-Giménez no tuvo inconveniente en participar en la reunión para mediar entre el gerente y los trabajadores. Mientras aquel amenazaba con llamar a la Dirección General de Seguridad para que enviase policías a la fábrica con el fin de restaurar el orden laboral, Ruiz-Giménez escuchaba respetuosamente las peticiones de los trabajadores, prestando especial atención a las palabras de su portavoz, Marcelino Camacho, lo cual encendió los ánimos del gerente, que insistía en resolver el problema por la fuerza. Ruiz-Giménez le mandó callar, dio por zanjada la discusión y, finalmente, los trabajadores, gracias a él, lograron ver cumplidas sus reivindicaciones. Al cabo de un tiempo, Ruiz-Giménez dimitió de la presidencia de Perkins, S. A., y el jurado de empresa, a propuesta de Marcelino Camacho, le hizo un cariñoso homenaje de despedida.

La lucha semiclandestina

La doble militancia de Josefina Samper. Compañera de un preso político. A cara descubierta. De nuevo en la cárcel de Carabanchel. La huelga en la mina de La Camocha. Nace Comisiones Obreras

A Josefina Samper no se le ha dado el protagonismo que merece en la historia de la oposición antifranquista. Siempre aparecía al lado de Marcelino Camacho, limitada, al menos en apariencia, a ejercer el papel de esposa, compañera y madre de sus hijos. La realidad es que se sintió plenamente realizada como trabajadora y como militante política. Se ocupaba, con el mismo afán, de luchar por las reivindicaciones propias y las de su marido. De sus hijos, de la doble militancia, de los presos políticos y de la solidaridad con el resto de las mujeres que se encontraban en la misma situación que ella. Siempre fue una mujer capaz y una combativa sindicalista, cuyas acciones políticas han sido decisivas en la lucha por las libertades democráticas. Ya ha contado cómo empezó a militar de niña en las Juventudes Socialistas y, siendo una adolescente, se comprometió con el Partido Comunista en el exterior, pero no parece dar la importancia debida a su intensa actividad política cuando llegó el momento de regresar a España.

—Le doy la importancia que tiene, ni más ni menos. Siempre he sido consciente de mi papel en la lucha obrera y sabía perfectamente cuál iba a ser mi futuro desde que me casé con Marcelino —afirma con rotundidad—. Llegado el caso, él habría hecho lo mismo por mí que lo que yo hice por él. Pero que quede claro: nunca he estado ni delante ni detrás; ni he sido más valiente ni menos. Caminábamos uno al lado del otro. Lo que pasa es que las responsabilidades de cada uno fueron distintas. Yo siempre he estado muy orgullosa de él. No de que le dieran premios o le eligieran diputado, eso era lo de menos. Yo estaba orgullosa de ese muchacho que conocí, siempre activo, serio, preparado, trabajador, valiente, buena persona... Eso es lo que más me importaba de él.

—¿Le consultaba su marido las decisiones políticas relevantes? —le pregunto—. ¿Estaba al corriente de sus actividades clandestinas?

—Vamos a ver... —me repite con paciencia—. Yo era militante comunista y me casé con Marcelino porque compartíamos las mismas ideas políticas. Se lo dije a mi suegro cuando un día me contó que estaba preocupado por mí y por los chicos. «Mire, padre —porque yo le llamaba padre—, no se tiene que disgustar por mí. ¿Qué

cree usted, que yo me casé con su hijo porque era guapo? Pues si lo cree, está muy equivocado. Su hijo se casó con una militante comunista. Ninguno de los dos habríamos aguantado a otro que no compartiera nuestros ideales». Así que yo sabía muy bien lo que nos esperaba. Hasta íbamos juntos a las citas clandestinas. Yo llevaba a los niños de la mano para dar más apariencia de normalidad. Tanto es así que, cuando Yenia y Marcel preguntaba quiénes eran los camaradas con los que nos citábamos, generalmente en el parque de El Retiro, yo les decía siempre, para disimular, que eran primos. Y los chicos presumían de tener un montón de familiares. Todo el que venía a hablar con nosotros era de la familia.

—¿Era consciente de que pronto se convertiría en la mujer de un preso político?

—Te repito que yo quería vivir cerca de Carabanchel. Fíjate hasta qué punto sabía lo que me esperaba. Al volver a España nos dimos cuenta de que no podíamos seguir en la clandestinidad. Marcelino tenía claro que debía organizarse para hacer las dos cosas: la lucha clandestina y la lucha legal, porque el movimiento obrero, si quería alcanzar sus objetivos, tenía que participar en las elecciones sindicales, en los convenios colectivos, en las huelgas y en las manifestaciones... y, claro, para hacer todo eso ya he dicho que no había más remedio que luchar a cara descubierta. Es lo que hizo Marcelino para consolidar Comisiones Obreras. Y eso, en la dictadura, tenía un precio: el paso por Carabanchel.

No sería la primera vez que Marcelino Camacho entraba en la cárcel. Había pasado previamente por la de Navahermosa, en la provincia de Toledo, y después por la de Comendadoras, en Madrid. Carabanchel iba a ser su tercer destino carcelario, pero en esta ocasión entraría ya como dirigente de Comisiones Obreras, una organización cuya fundación muchos reivindican, pero que nadie se puede atribuir, pues surgió, curiosamente, de una manera espontánea y en una fecha imprecisa.

El nombre procede de las comisiones de obreros que se organizaban para realizar una negociación determinada, como la que llevó a cabo Camacho, como enlace sindical de Perkins, con Ruiz-Giménez. Una vez cumplido su objetivo, la comisión se anulaba para evitar que los miembros de la misma fuesen perseguidos o represaliados. Surgían de manera espontánea cada vez que los trabajadores de las minas, el campo, las fábricas o las oficinas tenían que plantear una reivindicación. Para formar una comisión se elegía en asamblea a los representantes de los trabajadores encargados de una negociación concreta. Explicaban su gestión y se autodisolvían, porque así no les podían aplicar ninguna sanción prevista en la legislación vigente.

La clase obrera trataba de recuperar la libertad perdida y aprovechó el ligero repunte económico y el desarrollo industrial para reivindicar mejores salarios y nuevos derechos sociales. La agitación laboral y las demandas de los trabajadores se extendieron por todo el país, y así fue creciendo el movimiento que dio lugar a

Comisiones Obreras, una nueva central sindical de carácter permanente. ¿Cuándo nació? Camacho lo sitúa entre 1956 y 1964, coincidiendo con la creación en Asturias de un comité para denunciar las malas condiciones de trabajo en las galerías inundadas por el agua, la falta de ayudas a los enfermos de silicosis y los bajos salarios del destajo que pagaban a los trabajadores de la mina gijonesa de La Camocha, propiedad de la empresa Solvay. Integrabán dicho comité un comunista militante del partido clandestino, un afiliado a las Juventudes Obreras Católicas (JOC), un socialista independiente, un falangista excombatiente de la División Azul y un trabajador sin afiliación conocida.

Iniciaron la huelga en enero de 1959 y la mantuvieron durante nueve días, con el apoyo de sus familias y de 1500 mineros. En los días siguientes todas las minas próximas habían ido a la huelga y, al cabo del mes, se habían unido también los metalúrgicos de Vizcaya, los trabajadores de El Ferrol, Sagunto y Jerez; las mujeres de los mineros, que habían apoyado a sus maridos en La Camocha, se manifestaron en Madrid. «Las mujeres ayudaban, y allí donde había esquirolas sembraban su camino de granos de maíz para llamarlos gallinas. Hasta que se unían a los demás», cuenta Jorge Martínez Reverte.

El movimiento se inicia de una manera espontánea, nadie lo dirige, pero se van incorporando los elementos más politizados, y los comunistas se implican de manera rotunda, a pesar de que en un principio no les parecía el momento oportuno, ya que todos sus esfuerzos estaban dirigidos a la preparación de una huelga general. Los nueve días de movilizaciones fueron un éxito y lograron una respuesta favorable a todas las demandas. La empresa cedió, probablemente, por temor a que el conflicto se extendiera todavía más. No les salió gratis. Los mineros y sus mujeres fueron detenidos y sufrieron brutales palizas por parte de policías y guardias civiles para que confesaran los nombres de los cabecillas de las huelgas.

Con el paso del tiempo, la resistencia heroica de aquellos hombres que plantaron cara a la dictadura y consiguieron todas sus reivindicaciones se convirtió en una leyenda. No pudieron imaginar que su lucha sería el comienzo de un gran movimiento sindical que daría origen a Comisiones Obreras.

A pesar de la miscelánea ideológica de las primeras comisiones, hay quien insiste en atribuir al Partido Comunista un papel fundamental en la creación del sindicato. Santiago Carrillo escribe al respecto en sus *Memorias*:

Tradicionalmente, el PCE había ejercido una influencia muy reducida en el movimiento sindical español. Los anarcosindicalistas y el PSOE controlaban las dos grandes centrales históricas: CNT y UGT. Durante años yo defendí la idea de que había que modificar esa situación si queríamos lograr el punto de apoyo decisivo que nos había faltado antes de la guerra. Por eso en mi labor dediqué mucha atención al movimiento sindical...

Repite más adelante:

Si nadie personalmente puede atribuirse la paternidad de este movimiento, que surgió de la espontaneidad de los mismos trabajadores, su generalización y teorización fue impulsada decisivamente en los órganos del PCE por mí [...]. El movimiento político-social de CCOO fue uno de los grandes logros del PCE; por este lado la pretensión de aislar políticamente al partido quedaba radicalmente frustrada.

Carrillo sostiene, además, el papel de vanguardia que CCOO desempeñó en el movimiento obrero.

Desde la aparición de Comisiones Obreras trataron de romper la clandestinidad y de conseguir un *status de facto*, y aunque sufrieron serios golpes policíacos lo consiguieron, a costa, ciertamente, de largos periodos de prisión de sus dirigentes reconocidos. De este modo, en el momento de la Transición, había en toda España decenas de líderes obreros conocidos, populares, que se habían formado en CCOO, lo que no sucedía con otras centrales sindicales.

El estatuto del preso político

Las ollas para los presos. Colectas en las fábricas. Huelga de hambre. Celdas de castigo. El primer atentado de ETA

Sin el compromiso de Josefina Samper y el resto de las compañeras que luchaban en la clandestinidad, la supervivencia de CCOO hubiera sido bastante improbable. Fueron luchadoras infatigables tanto en los partidos como en sus propias casas. Ellas se ocupaban de los hijos, maridos o hermanos cuando caían presos, hacían de enlace, los mantenían en contacto con el exterior, establecían turnos de visitas, les pasaban información camuflada, comida para suplir la mala alimentación carcelaria, organizaban manifestaciones, protestas, huelgas, encierros y difundían sus consignas en el extranjero. El propio Marcelino lo señala en sus *Memorias*:

Si Josefina no hubiera sido una compañera que coincidía plenamente en la gran batalla que estábamos librando y que asumía las dificultades que íbamos a tener, no habiéramos podido convivir durante tantos años llenos de cárcel y de lucha [...] Esos años de cárcel, de detenciones y de lucha, en los que se ha construido, a pesar de todo, nuestra vida familiar y han crecido los hijos, hubieran sido años de infierno si no hubiera tenido a mi lado a Josefina respaldando mi lucha y la suya propia.

—Durante los años que Marcelino estuvo encerrado en las cárceles franquistas en precarias condiciones, pasó frío y contrajo una serie de enfermedades delicadas. ¿Cuántas veces pensó que podría morir?

—He sido siempre bastante optimista, aunque pasé miedo más de una vez. Estuvo enfermo muchas veces, porque en Carabanchel hacía frío hasta en verano; la humedad se le metía en los huesos y lo pasaba mal, muy mal, pero siempre se recuperaba. Por eso le hacía los jerséis de cuello alto, para que se tapase hasta la boca, y le llevaba esas ollas gigantes con comida, para que se alimentase, porque «el rancho de don Leoncio» era una porquería.

—¿Qué rancho era ese?

—El director de Carabanchel era don Leoncio, y así le llamaban al rancho diario, que era un par de huevos fritos, pero fríos y más duros que una piedra, y las pocas veces que daban carne estaba más tiesa que la suela de un zapato. Todo incomible. El

tal Leoncio venía del penal de Burgos y los presos políticos le llamaban «Sisí», porque a todo lo que le pedían les decía que sí, pero luego no les hacía ni caso. No recuerdo que Marcelino se quejase de don Leoncio, pero sí lo hacía del comportamiento de algunos funcionarios, que maltrataban a los presos comunes y les sometían a todo tipo de humillaciones. Con los políticos tenían bastante cuidado, porque sabían que si les hacían algo malo se enteraría todo el mundo.

—Ya se encargaba usted de difundirlo...

—Era una de mis obligaciones... El caso es que había allí un preso sevillano, muy cocinillas, que en una celda que habían habilitado para recalentar la comida arreglaba la bazofia del rancho de don Leoncio, mezclándolo con lo que nosotras llevábamos, más que nada, para alargar los guisos. A una de sus especialidades, hecha a base de restos y de latas, le llamaban «Coalición de ternera socialista con vaca reaccionaria». Lo mejor fue lo del arroz. ¿Te lo he contado?

—No, ¿qué pasó con el arroz?

—Pues que se le antojó a Marcelino una paella y yo no sabía cómo hacer una paella en un perolo gigante. Pero él insistía... «Pues echas el arroz en la olla y algo saldrá»... Así lo hice, con muy poca confianza, pero se lo llevé. Cuando volví a comunicar le pregunté: «¿Qué tal la paella, Marcelino?». «Pues muy buena de sabor, mujer, pero aquello se había hecho un puré que no se veía ni un grano de arroz». «Claro, ¿cómo quieres que haga una paella en una olla de aluminio? Eso es imposible». «Pues lo siento, te tienes que apañar como puedas —insistía Marcelino—, porque me ha dicho Saborido que la tienes que hacer otra vez, pero con todos los ingredientes». Así que me levanté a las tres de la mañana, para guisar la dichosa paella en un fuego de esos de gas que me dejaron; los trozos de carne, las verduras, los guisantes... y cuando estaba todo hecho lo envolví en una bolsa muy grande que había comprado, lo cubrí con una manta vieja de planchar y lo tapé con periódicos. Entonces, cuando estaba a punto de salir para la cárcel, le eché el arroz, pero ya sin ponerlo al fuego. Al día siguiente le pregunté y me dijo que estaba buenísima: «Pero ¿cómo lo has hecho?». «Pues, sin fuego», le contesté. Lo bueno es que la necesidad te obliga a ingeniártelas como puedas. Les gustaba tanto mi paella, que tuve que repetir el menú varias veces.

Las ollas de Josefina se hicieron famosas en Carabanchel, porque servían para abastecer a su marido y a veinte compañeros más. Para que la comida llegase a los presos, Josefina tenía que hacer tremendos esfuerzos, no solo para conseguir los ingredientes para el guiso, sino para transportarlo, convencer a los funcionarios y superar todos los controles. En muchas ocasiones, el guardia de turno decidía que algunos productos no se podían revisar y prohibía la entrada de los alimentos. Unas veces por simple arbitrariedad y otras porque era una manera de tomar represalias contra algún preso. El reglamento permitía pasar paquetes tres veces por semana y en

ellos, además de la comida, se añadía ropa, libros y periódicos, legales o ilegales, que eran revisados en la secretaría de la dirección y convenientemente censurados.

Josefina dedicaba mucho tiempo a preparar sus generosos guisos y, aunque muchas veces no tenía dinero para comprar comida, nunca le faltó el apoyo de la gente.

—Claro, como Marcelino se quedó sin sueldo, yo trabajaba en lo que podía, pero, aun así, no nos hubiese llegado, a no ser por la gente que nos ayudaba de forma anónima y totalmente desinteresada. También debo decir que contamos en todo momento con la solidaridad de los compañeros de la Perkins, que hacían colectas para los presos. Mis padres me ayudaron mucho. Como mi padre estaba jubilado y vivía en Francia, en la finca de su consuegra, que le daba de todo, frutas, hortalizas, alojamiento... a cambio de que le sembrara y mantuviera la huerta... Mi padre era muy mañoso y le salieron unas cosechas de tomates... que nadie los había visto tan buenos y tan grandes. La dueña de la finca, cada vez que los veía, le daba besos a *monsieur* Samper de lo emocionada que estaba. El caso es que mi padre venía a verme y me traía comida y me daba dinero. Con lo suyo y lo de la Perkins íbamos tirando. Y, luego, había gente muy buena. Varias veces abría el buzón de mi casa y me encontraba veinte duros.

—¿Supo alguna vez quién era el donante?

—Nunca supe quién era esa persona tan generosa y desinteresada. También me echaban una mano cuando iba a comprar al mercado. Yo nunca oculté que Marcelino estaba en la cárcel, al contrario, lo decía bien orgullosa. En los puestos de la carne, la fruta y la verdura se portaban muy bien. El carnicero me decía que le avisara un par de días antes de hacer la olla, para darme los mejores trozos que iba recortando de los filetes más tiernos, y me decía: «Ya está pagado». No me cobraba un céntimo, lo mismo que el frutero. A veces, me cobraban dos o tres pesetas, de manera simbólica. Los taxistas que me llevaban con las ollas, porque no me admitían con aquello en ningún otro transporte, en cuanto sabían que era para los presos políticos y me dejaban a las puertas de Carabanchel, tampoco me cobraban la carrera. Hay mucha gente buena y solidaria. Gracias a ellos nunca nos faltó lo fundamental.

Esas personas generosas, no solo aportaban dinero, también su tiempo y, sobre todo, su esfuerzo. Josefina se levantaba a las cinco de la mañana para pelar las patatas y limpiar las verduras necesarias para preparar los guisos. Una vez que estaba hecha la olla gigante, contaba con la ayuda de su vecina Dolores para transportarla hasta el taxi. Dolores vivía en la puerta de al lado y, más de una vez, había ayudado a Marcelino a burlar la vigilancia a la que le tenía sometido la Brigada Político-Social. En las puertas de Carabanchel estaban las mujeres de los presos que hacían cola de pie durante cinco horas, con temperaturas extremas, para superar todos los trámites hasta que les permitían ver a sus compañeros. Una vez entregada la olla, los papeles y

la ropa, Josefina tenía que esperar un tiempo hasta llegar al locutorio para hablar con Marcelino a través de una doble barrera metálica.

—Siempre tuvimos batallas con los locutorios, pero, a pesar de tanto impedimento, yo fui haciendo un agujerito con una lima de uñas, sin que se notara, en ese plástico gordo que nos ponían en medio. Y por allí, aunque te parezca mentira, le pasaba *Mundo obrero* y hasta una bandera hecha cientos de trocitos. Los carceleros nunca lo vieron. Luego él pegaba los trocitos con la cinta celo, que eso sí me lo dejaban pasar, aunque me preguntaban los guardias para qué quería Marcelino tanta cinta de pegar. Se había gastado ya un montón de rollos. Yo les contaba que era para las guirnaldas de las fiestas que les dejaban dar de vez en cuando, sobre todo, la del día del Carmen.

—¿Qué fiesta era esa?

—Pues un acto con motivo del santo de la mujer de Franco, que se llamaba Carmen, y con ese motivo autorizaban la entrada en la cárcel de la familia con los críos. La fiesta, en realidad, era para los chavales, y por eso se ponían las guirnaldas.

En otras ocasiones, generalmente los domingos, también permitían alguna comunicación especial, y Josefina iba con sus hijos Yenia, Marcel y su cuñada Vicenta, así que la charla daba para poco más que preguntar por la salud y algo de lo que sucedía en la calle, porque enseguida sonaba un timbre ensordecedor que anunciaba el final de la entrevista. La comunicación, siempre bajo la vigilancia de los funcionarios, duraba como mucho veinte minutos, a veces, en condiciones deplorables.

A pesar de que la cárcel de Carabanchel fue construida en los años cuarenta, siempre estuvo en obras (realizadas por unos mil presos políticos sometidos a trabajos forzados), que se prolongaron durante los cincuenta y cinco años que estuvo abierta. Nunca llegó a terminarse completamente el proyecto. Como recuerda Marcelino, la primera vez que atravesó sus muros (junio de 1966),

las condiciones materiales eran francamente desastrosas; las camas eran muy malas, no había cristales en las ventanas o estaban rotos, las mantas estaban muy sucias, celdas de tres por dos metros y veinte centímetros, con el retrete dentro y, normalmente, atascado, porque casi nunca había agua corriente...

Los locutorios también dejaban mucho que desear. Estaban situados en un largo pasillo donde un funcionario vigilaba constantemente. Las cabinas tenían micrófonos para grabar las conversaciones y estaban separadas de las visitas por una gruesa tela metálica separada por otra de agujeros más pequeños. El sistema técnico era tan deficiente que se oía el ruido de la grabación y el rebobinado de las cintas, de manera

que los presos y sus familiares gritaban cada vez más, porque apenas podían escucharse.

—Si mirabas no oías lo que decía y si pegabas la oreja a la tela metálica no le veías la cara —recuerda Josefina—. Había que hablar a gritos y la mitad de las cosas no se entendían, porque, además, un funcionario estaba escuchando todo el tiempo. Una pobre mujer salió un día llorando porque había entendido a su marido que le pedía pescadilla hervida, y pensó que algo le pasaba, que estaba muy enfermo porque él era de mucho comer. Así que le llevó la pescadilla y el hombre se enfadó porque no le había pedido nada de eso. Yo me enfadé bastante, porque cosas de esas pasaban todos los días. Aquello era imposible y se me ocurrió que podíamos hacer una «huelga de comunicaciones». Convencí a las compañeras de que no corríamos el menor riesgo, puesto que entregaríamos los paquetes, la ropa limpia y la comida en la cárcel, pero al llegar a la galería nos limitaríamos a saludar —«hola, hola»—, pero sin cruzar una palabra. Media vuelta y a la calle. No nos podían obligar a más.

También los presos se negaron a comunicar con sus familias en semejantes condiciones y llevaron a cabo una serie de protestas escalonadas para que sustituyeran aquel sistema de locutorios. Como todo fue inútil, organizaron una huelga de comunicaciones. Frente a las informaciones tendenciosas del diario *Arriba*, setenta presos de la sexta galería de Carabanchel tomaron la decisión de demandar ante el juez de guardia al director de la publicación. A oídos de las autoridades carcelarias llegó el rumor de que los presos iban a realizar una huelga de hambre para que la protesta tuviera más repercusión.

La tensión iba en aumento y decidieron tomar represalias contra Marcelino Camacho porque le consideraban el principal instigador de las protestas. Tratando de impedir la huelga, le cambiaron de prisión, a pesar de que debía permanecer en Carabanchel hasta que no tuviera una condena en firme, pues las anteriores ya las había cumplido. Aunque el traslado era ilegal, le llevaron a la cárcel de Soria. Allí se puso en contacto con los dirigentes del PCE y de CCOO para coordinar una huelga de hambre en varias prisiones y reclamar un aumento de las asignaciones y los derechos recogidos en el Estatuto del Preso Político. Aún estaba vigente una ley de 1873 que reconocía un tratamiento penitenciario diferenciado a quienes estaban presos por motivos políticos, pero ni siquiera se respetaba esa mínima legalidad.

La huelga duró diez días y alguno de los que la realizó tuvo que ser hospitalizado. En plena protesta, decidieron reintegrar a Marcelino a Carabanchel, atendiendo la petición de su abogado Ruiz-Giménez. No era el mejor momento, pues se encontraba en una situación física muy delicada. Salió días después de Soria con destino a Madrid, y así se lo comunicaron a la familia.

—En esa ocasión sí me asusté, porque no llegué a Carabanchel en la fecha que me habían dicho. Tuve miedo e incluso llegué a pensar que se lo habían llevado por ahí y

se les había muerto o le habían pegado cuatro tiros. Yo qué sé las cosas que pude imaginar... El problema fue que, sin dar ninguna explicación, lo llevaron de Soria a Zaragoza, donde estuvo una semana. Luego me contó que allí le tuvieron completamente aislado, sin poder hablar con ningún otro preso, y que le fue imposible informar a nadie de su situación. Hasta me enviaron un telegrama al encierro que decía: «Marcelino gravemente herido. Se encuentra en la tercera planta de La Paz». Todo era para meternos miedo y lograr que saliéramos de la iglesia donde estábamos encerradas las mujeres de los presos.

—¿No lo lograron?

—Claro que no. En todo momento me mantuve firme. Sabía que eran mentiras para asustarme. Un cura se ofreció para ir a enterarse al hospital de La Paz, pero yo le dije que no hacía falta, que si hubiera pasado algo me lo habrían dicho inmediatamente los abogados, que estaban bien informados. Antes del encierro, por consejo de nuestros abogados, escribimos cartas y visitamos a mucha gente, incluso advertimos al director de la cárcel de que, si no atendían a las peticiones de los presos, se iban a enterar en todas partes, porque llevaríamos nuestras protestas mucho más lejos. Y así lo hicimos. Para que se diera por enterado todo el mundo de lo que estaba pasando con los presos políticos, nos habíamos encerrado en una iglesia de Madrid, en la de los jesuitas de Serrano, y allí acudieron todos los corresponsales extranjeros y gran parte de la prensa nacional para informar. No era la primera vez que las mujeres de los presos se encerraban en las iglesias. Eso daba muy buen resultado, porque los obispos tenían que autorizar que entrase allí la Policía y se lo pensaban dos veces antes de consentirlo. Nos ayudó mucho, como siempre, el padre Llanos, que junto con Ruiz-Giménez consiguió que fuera a visitarnos el arzobispo para convencernos de que abandonásemos el encierro. Pero nosotras le dijimos que solo saldríamos de allí si nos daba garantías de que aceptarían nuestras reivindicaciones. Nos prometió que él haría lo posible y así decidimos salir, gracias a él y al padre Llanos, que nos protegieron durante la salida, sin que ninguna fuéramos detenidas. Así terminó mi primer encierro.

—Repito que era usted una mujer muy valiente, Josefina.

—No te creas, todo el mundo tiene su corazoncito y pasa miedo. Yo también lo pasé, pero no quería admitirlo ante nadie y, menos aún, ante los funcionarios de prisiones. Yo siempre entraba con una sonrisa en la cárcel y cuando algunas compañeras llegaban llorando yo les decía que se quedasen fuera; que no entrasen así a comunicar; que no tenían derecho a preocupar aún más a sus maridos; que tenían que verlas muy sonrientes y con la cabeza bien alta, porque allí se iba para darles ánimos y no más penas.

—¿Nunca se le saltaron las lágrimas al comprobar las penalidades que estaba pasando su marido?

—Jamás. Las nuevas que venían conmigo a la puerta de la cárcel me decían: «¿Pero tú de qué pasta estás hecha? ¿Cómo puedes sonreír?». Cuando tenía ganas de

llorar lo hacía a escondidas, pero no delante de los carceleros, que se hubiesen alegrado un montón de verme flojear. Y mucho menos delante de mi marido. Claro que costaba, pero había que hacer un esfuerzo. Yo les decía a todas que apretasen los dientes y pusieran una sonrisa, aunque fuera falsa. Que era lo menos que podían hacer por sus compañeros presos. Teníamos que echarle coraje, porque nuestra obligación era demostrar que estábamos a su altura.

A pesar de la repercusión que tuvo la protesta en la prensa internacional, una vez finalizada la huelga de hambre, muchos presos fueron a parar a las celdas de castigo. Pero la mediación de los abogados, la del arzobispo de Madrid, monseñor Casimiro Morcillo, y la proximidad de las fiestas navideñas lograron que les sacaran de las celdas de castigo y pudieran comunicar con sus familias.

Pocos días después de aquellos graves incidentes, en enero de 1969, y a consecuencia de las multitudinarias protestas de obreros y estudiantes, cuyas universidades fueron clausuradas por orden gubernamental, el Gobierno de Franco, por primera vez desde la Guerra Civil, decretó en todo el territorio el estado de excepción que estaba vigente en el País Vasco desde agosto de 1968, tras el atentado de ETA que causó la muerte de Melitón Manzanas, jefe de la Brigada Político-Social de Guipúzcoa. La organización terrorista le consideraba un torturador y el principal exponente de la represión en Euskadi, por lo que montaron un dispositivo para asesinarle frente a su domicilio de Irún. Era la primera víctima deliberada de ETA, si bien unas semanas antes habían matado de varios disparos al guardia civil José Ángel Pardines, en un control accidental de tráfico.

Durante los meses que duró la situación especial de privación de libertades, se intensificaron las redadas y las detenciones de militantes de partidos y sindicatos clandestinos.

En la cárcel se trabaja gratis

Esposado ante su padre enfermo. No hay permiso carcelario para un entierro. Tampoco estuvo en las bodas de sus hijos. Marcelino comparte celda con su hijo Marcel

Las condiciones de vida siempre son difíciles para cualquier preso, pero se complican considerablemente cuando no se pueden amparar en la ley, carecen de asistencia letrada y los funcionarios les aplican sus propias normas represivas. Existen testimonios pavorosos de las penalidades que sufrieron los presos republicanos en las cárceles franquistas de la inmediata posguerra, donde se producían excarcelaciones arbitrarias, vejaciones y torturas, y donde se les utilizaba para trabajos forzados. Antes de acabar la guerra, Franco se encargó de dictar un decreto que obligaba a los presos políticos a trabajar gratis y a destajo. Estaban sometidos a jornadas extenuantes y muchos perdieron la vida en las minas, en la reconstrucción de pueblos, carreteras, embalses, vías del ferrocarril y grandes monumentos de triste memoria como el Valle de los Caídos. Vivían en condiciones infrahumanas, pésimamente alimentados, hacinados en celdas invadidas por plagas de ratas e insectos, víctimas de epidemias como el tifus, la viruela y la tuberculosis.

Las penalidades fueron disminuyendo con el paso de los años, pero los presos seguían sometidos a toda clase de arbitrariedades y humillaciones. A modo de ejemplo, y a propósito de Carabanchel, el dirigente comunista Simón Sánchez Montero cuenta una anécdota denigrante:

Nos llevaron a Carabanchel y, como a todos los que ingresaban, al día siguiente nos tocó la ducha y el reconocimiento de la región genital, que se alumbraba con una bombilla para ver si portaba parásitos. Afortunadamente, el preso encargado de hacerlo, un anarquista que nos conocía de Burgos, habló con el practicante y nos evitó el reconocimiento. Al lado había uno con una maquinilla de afeitar por si tenía que hacer de barbero, lo que tuvo que hacer con varios. La ducha era como un callejón con cristales en la parte alta. Se entraba por un extremo y se salía por otro, no había escapatoria; el agua caía con fuerza durante todo el recorrido.

Al sufrimiento de vivir durante años encerrado en una cárcel había que añadir la

impotencia que causaba la imposibilidad de asistir a los acontecimientos familiares que sucedían en el exterior. Unas veces se trataba de felices cumpleaños; otras, de tristes entierros. Marcelino Camacho estaba preso durante el estado de excepción de enero 1969 y muy preocupado por la enfermedad de su padre. Aunque tiene un libro titulado *Charlas en la prisión*, pocas veces se queja Camacho del trato carcelario, incluso en ocasiones se muestra agradecido por el buen comportamiento de algunos funcionarios o responsables del sistema, como el del director de la prisión de Soria, apellidado Menéndez, que demostró gran comprensión con ellos y, precisamente, por su humanidad, sus superiores le hicieron la vida imposible hasta que lograron que pidiera la excedencia del Cuerpo de Prisiones.

Recién salido de una huelga de hambre, para reclamar la aplicación del Estatuto del Preso Político, Marcelino supo que su padre, enfermo de cáncer de páncreas, se encontraba en estado terminal y lo acababan de trasladar del hospital Clínico de Madrid a su casa para que pasara allí sus últimos días. Sus abogados habían pedido autorización para que él pudiera visitarlo y, tras haberle sido denegado varias veces, consiguieron, al fin, un permiso de una hora para que fuera a verle a su casa.

—No se me olvida la escena —dice Josefina con rabia—. Lo trajeron esposado, como si fuera un delincuente peligroso. Iba acompañado por Ruiz-Giménez, que le esperaba a la salida de la cárcel y no quiso dejarle solo ni un momento, porque aquellos días pasaban cosas raras con la Policía; entre otras, decían que se había suicidado un estudiante, pero suponíamos que lo habían matado durante un interrogatorio. El caso es que subieron al piso muchos policías, unos de paisano y otros con uniforme. Todos rodeaban a Marcelino, que iba con las manos atadas a la espalda. Les pedimos que le quitaran las esposas para que su padre no le viera así, pero solo conseguimos que le quitaran una, la de la otra mano iba atada a la de un policía. Llevaban pistolas y metralletas. Fue un escándalo, porque todos los vecinos se asomaron a las ventanas y algunos salieron a la calle. Se armó un gran lío. Me acuerdo de una mujer que iba con una niña que le preguntaba «Mamá, ¿quién es ese?, dime, ¿quién es?». Y la madre le contestó bien alto, para que lo oyese la Policía: «Una bellísima persona». Y gritaba: «¡No hay derecho, no hay derecho a que lo lleven así!». Me dio miedo que le dieran una tunda a aquella buena mujer por gritar de esa manera. ¡Qué valor tenía la gente!

Su padre murió una semana después, pero no le dieron permiso para ir al entierro; solo a la casa para despedirle por última vez. En esta ocasión la operación fue más aparatosa. Marcelino iba custodiado por tres agentes, además del conductor, con un coche delante y otro detrás, llenos de policías con metralletas. Otros tantos ocupaban las calles que rodeaban su casa. Tenían miedo de que el entierro se convirtiera en una manifestación, como sucedió ya en el cementerio, donde se agrupaban centenares de personas, a las que pedían el carné de identidad y, finalmente, fueron disueltas por los

grises montados a caballo y por los coches manguera de la Policía.

—Guardias con metralletas volvieron a tomar la calle otra vez y entraron en todas las habitaciones de la casa, hasta en el cuarto de baño, para vigilar todas las ventanas. Yo les decía: «Pero es que no se enteran, que esas ventanas dan todas al mismo sitio». Y ellos me contestaban: «No se meta en nuestros asuntos, señora, que nosotros sabemos cómo hacer nuestro trabajo». En cada ventana había uno con metralleta. Esta vez ni le quitaron las esposas, y le dejaron que estuviera solamente quince minutos delante del cadáver de su padre. ¿Qué creían? ¿Qué se iba a escapar otra vez? Se lo llevaron a toda velocidad, porque empezaban a llegar autocares con compañeros que querían seguir la comitiva hasta el cementerio. Nos metieron prisas porque tenían miedo de que aquello se llenase de gente.

—Ni al entierro de su padre, ni a los aniversarios o a sus bodas de plata. Todos los acontecimientos familiares le pillaron a Marcelino en prisión.

—La verdad es que nosotros no éramos de hacer muchas fiestas. Nunca celebramos esas cosas; lo que más eran los cumpleaños: los de los padres y la hermana de Marcelino, los de los chicos y poco más. Lo que sí celebrábamos después fue el 1 de mayo, cuando ya podíamos ir a la Casa de Campo, a las fiestas del PCE y de CCOO. No nos lo perdíamos nunca. Eso, y las Navidades, que comíamos turrón.

—¿No le dio pena tener que ir sola, sin Marcelino, a las bodas de sus hijos?

—Me dio más pena lo de su padre, que no le dejaran acompañarle al cementerio, o lo de su hermana, que tampoco pudo estar con ella cuando se murió. Pero los hijos, al fin y al cabo, celebraron las bodas con sus amigos de la universidad. Por cierto, también en las bodas había policías. Yenia se casó en Carabanchel, y el juez lo hizo con muchas prisas. Firmaron y a la calle. Mejor dicho, a la cárcel a ver a Marcelino, porque nos dieron permiso para una visita especial. Y allí fuimos todos, menos Isabel, la segunda madre de Marcelino (su padre quedó viudo y se volvió a casar), que no la dejaron entrar porque el director de la cárcel dijo que no era familiar directo. ¡Siempre con esas ganas de fastidiar! Y mira que Marcelino la quería... Pues se quedó sin verla. Pero fuimos todos los demás, con los novios y con los padres de Jorge, mi yerno, buenas personas y muy de izquierdas. Hemos tenido unos hijos muy buenos, nunca les tuvimos que señalar el camino; lo eligieron ellos solos. Yo creo que vieron el ejemplo de su padre, y se sintieron tan orgullosos de él que siempre quisieron seguir esa misma vida. Se han ido acercando a la gente que compartía sus ideas. La suerte es que se encontraron con buenos compañeros. Mi yerno siempre estuvo muy comprometido políticamente. A varios miembros de su familia los fusilaron durante la guerra. A su padre, que en el frente recibió una herida sin importancia en una pierna, cuando le llevaron al hospital le tocó un médico falangista, y ¿sabes lo que hizo al enterarse de que era rojo? Cortarle la pierna.

En pocas ocasiones he visto a Josefina dramatizar sobre las numerosas

adversidades por las que ha tenido que pasar a lo largo de su vida, excepto cuando recuerda alguna historia relacionada con sus hijos. Se vio obligada a compensar la ausencia de Marcelino durante los años que estuvo en prisión, fue una madre coraje ante la necesidad de protegerlos y cualquier agresión o desprecio hacia Yenia y Marcel lo consideraba una declaración de guerra.

Estaban acostumbrados, desde niños, a la austeridad y al sacrificio, a vivir con escasos medios y pocas diversiones. La primera vez que fueron conscientes de que su padre entraba en la cárcel, Yenia tenía diecisiete años y Marcel, catorce. Los dos se quedaron muy afectados, pero, conociendo sus ideas, tenían claro que era una tremenda injusticia propia de un régimen sin libertades. Las actividades políticas y sindicales de su padre eran legales en otros países democráticos, pero en España estaban sometidas a un régimen dictatorial donde se vulneraban los derechos humanos. Por eso veían con naturalidad que su casa estuviese permanentemente rodeada de guardias civiles y de agentes de la Policía secreta. Solo podían ir los domingos a la cárcel para ver a su padre, porque era el único día que había una comunicación especial. No obstante, ese contacto y la correspondencia que mantenían era suficiente para conocer su evolución. Ése era el modo de intercambiar charlas, libros, ideas y afectos. Sus convicciones les daban fortaleza y les hacían más resistentes.

—Lo peor de todo fue cuando detuvieron a mi hijo Marcel. Me preguntabas antes que si no me daba pena que Marcelino se tuviera que perder todos los acontecimientos familiares. Pena y rabia, pero cuando pienso en lo de Marcel, me pongo furiosa. Nunca perdonaré lo que le hicieron.

En pleno estado de excepción, un par de policías se presentaron en el instituto San Isidro, entraron en el aula, sin esperar a que finalizara la clase, y detuvieron a Marcel delante de sus compañeros y del profesor, sin que nadie pudiera impedirlo. Se llevaron a otros cinco estudiantes. Marcel tenía dieciséis años y era delegado de curso del sindicato democrático de estudiantes. Acusado de organización ilegal y de pertenecer al Partido Comunista, le llevaron esposado a los sótanos de la Dirección General de Seguridad. Durante el interrogatorio, que se prolongó más de tres días, fue sometido a malos tratos. Conrado Delso, comisario de la Brigada Político-Social, que se ocupaba de controlar las actividades relacionadas con Comisiones Obreras, se encargó personalmente del detenido.

Desde la cárcel, Marcelino Camacho, a través de sus abogados, puso una denuncia en el juzgado de guardia por detener a su hijo, menor de edad, sin ninguna garantía procesal. Como seguía vigente el estado de excepción, la denuncia se archivó y Marcel fue enviado a la prisión de Carabanchel, donde tuvieron la «deferencia» de dejarle compartir celda con su padre.

—Lo encerraron con su padre porque lo exigió su abogado y después de que

montase yo un escándalo. La noche anterior la pasó solo en otra galería. Cuando detuvieron a Marcel, me fui a ver a Yagüe y le grité que no tenían vergüenza por haber torturado a mi hijo y a otros cinco menores de edad. Él me dijo que al mío no le habían puesto la mano encima, pero era mentira. «Esas bofetadas que le han dado me han dolido a mi más que a él —le contesté—. ¿No tienen ya bastante con el padre? Mi marido ya tiene años, pero mi hijo es menor de edad ¿Qué quieren, meter en la cárcel a toda la familia?». Yo sabía que a Marcel le habían pegado unas bofetadas, pero la peor parte se la llevó Antonio, el mayor de todos los que detuvieron. A ese le tiraron al suelo y le pisotearon encima.

—¿Cuánto tiempo pasó Marcel en la cárcel?

—Tres meses estuvo encerrado, y el pobre no pudo ir al viaje de fin de curso con sus compañeros del instituto, que, por cierto, se portaron muy bien con él. Hicieron manifestaciones de protesta y le fueron a esperar a la salida de la cárcel. Volví a ver a Yagüe otra vez, para hablar de los hijos de otras compañeras que tenían más miedo que yo. Me acuerdo muy bien de aquel hombre, bajo y regordete, que siempre me decía lo mismo: «Usted y yo estamos jugando al ratón y al gato, pero algún día la cogeremos en alguna de sus reuniones». Yo le miraba y decía para mí misma: «Cómo puede ser tan cruel..., pisotear a unos chavales de esa manera...». Pero delante de él yo me hacía la tonta: «Pero si en las reuniones lo único que hacemos es ponernos de acuerdo entre todas las compañeras para llevarles comida a nuestros maridos. ¿Qué se cree usted?, ¿qué vamos a arriesgarnos a meter la pata con todo lo que tenemos encima?». Y para mis adentros pensaba: «Será gilipollas la Policía... tanto que presume de saberlo todo y se la estoy pegando delante de sus narices».

La Brigada Político-Social

Protestas en la Puerta del Sol. La Ley de Vagos y Maleantes. Torturas y malos tratos. El crimen de Enrique Ruano.

El comisario Yagüe y el policía Billy el Niño. Delso, especialista en la represión sindical. ¡Disolución de los cuerpos represivos!

Había que tener mucho valor para meterse en aquellos tiempos en la boca del lobo. Josefina Samper tuvo la audacia de llevar su protesta hasta la Puerta del Sol, donde estaba la Dirección General de Seguridad, situada en el ala oeste del Ministerio de la Gobernación, en cuyos sótanos se encontraban los calabozos donde permanecían por tiempo indeterminado los detenidos, antes de ser entregados a un juez o enviados directamente a la cárcel. Un piso más arriba estaban los despachos donde planificaba su estrategia La Secreta o La Social, como se conocía a la curtida Policía franquista. Su nombre oficial era Brigada de Investigación Social, y había sido creada en 1941 para centralizar todos los servicios preventivos y represivos contra la oposición a la dictadura. Actuaba como la policía política del régimen.

Una delación, un chivatazo o una simple sospecha, sin necesidad de pruebas ni de intervención judicial, era suficiente para someter a vigilancia a un sospechoso, controlar su correspondencia y sus conversaciones telefónicas. Bastaba cualquier duda para interrogar a un presunto «desafecto al régimen», incluso antes de que pensara en la posibilidad de cometer un delito. La Ley de Responsabilidades Políticas, dictada al final de la Guerra Civil para «liquidar las culpas contraídas por quienes contribuyeron a forjar la subversión», es decir, para rematar a los supervivientes del bando de los vencidos que no habían podido exiliarse, la Ley de Seguridad del Estado de 1940 y la posterior, de 1943, convirtieron los que habían sido derechos fundamentales de expresión, reunión, manifestación y huelga en delitos de rebelión o sedición, que se trasladaban a la jurisdicción militar.

Los que se oponían al Movimiento Nacional de forma activa o pasiva eran juzgados en consejos de guerra y castigados a duras penas de cárcel. El franquismo reformó, en 1953, la antigua Ley de Vagos y Maleantes que hasta entonces incluía a vagabundos, mendigos, proxenetas y personas sin recursos, para ampliarla contra los homosexuales, considerados por el régimen como delincuentes, víctimas durante el franquismo de una cruel represión, internados en cárceles o centros psiquiátricos. La

de «vagos y maleantes» estuvo en vigor hasta 1970, cuando fue sustituida por otra de «peligrosidad y rehabilitación social» que, unida a la de «escándalo público», fue utilizada para justificar cualquier acto represivo. Esta legislación de amplio espectro dejaba sin efecto la aplicación del Fuero de los Españoles que, al menos teóricamente, garantizaba algunos derechos fundamentales.

Con tales instrumentos represivos trabajaban a sus anchas en la Brigada Político-Social, y los detenidos que salían indemnes o lograban colarse por algún resquicio iban a dar con sus huesos al estricto Tribunal de Orden Público, que procedía, si cabe, con mayor autonomía y arbitrariedad.

El siguiente testimonio pertenece a Julián Delgado, expolicía armada que fue separado del servicio cuando se descubrieron sus actividades políticas clandestinas relacionadas con la Unión Militar Democrática, de la que fue uno de sus fundadores:

La Brigada Social utilizó la tortura y los malos tratos de una manera sistemática. No los modificó ni en los tiempos en que la política parecía ablandar sus actitudes, y alargó esta repugnante forma de actuar hasta después de la muerte del dictador; incluso se puede afirmar que la extremó durante los últimos años de su vida. Empleó todos los métodos corruptos de la peor policía política: se achacaban delitos no resueltos —comunes o políticos— a personas que no los habían cometido pero de las que se sospechaban otros delitos distintos, se aportaban pruebas y testigos falsos, se falsificaban documentos comprometedores, se refinaban los malos tratos, etc. [...] Los jueces nunca aceptaban las denuncias de los detenidos: la palabra de los policías era ley, al igual que los atestados policiales, que en lugar de constituir un documento indiciario, venían, en la práctica, a sustituir a la fase de instrucción policial.

Así actuó la justicia franquista hasta el final del régimen. Precisamente, en octubre de 1975, cuando el dictador pasaba los últimos días de su enfermedad en el palacio de El Pardo, tras ser sometidos a un consejo de guerra, fueron ejecutados tres militantes del FRAP y dos de ETA.

Muchos detenidos dieron testimonio de haber sido torturados en los calabozos de la Dirección General de Seguridad. Hubo torturas que terminaron con la muerte del detenido e intentos de asesinato, como el citado caso de Julián Grimau, el dirigente comunista que, tras varias horas de interrogatorio, fue lanzado desde una ventana a la calle. Como en otras ocasiones, la Policía habría dicho que se trataba de un suicidio, pero en ese momento no llegó a morir, aunque quedó muy mal herido.

Otra víctima histórica de la Brigada Político-Social fue el también citado Enrique Ruano, estudiante de Derecho y militante antifranquista, detenido en enero de 1969 y acusado de actividades subversivas contra el régimen. Después de interrogarle durante tres días, tres policías de la Brigada Político-Social le llevaron a un piso de la

calle General Mola, hoy Príncipe de Vergara, para hacer un registro y, según todos los indicios, le arrojaron a un patio interior desde un séptimo piso. La versión oficial fue algo confusa, pues unos sectores de la Policía dijeron que, tras un intento de fuga, se precipitó al vacío y murió en el acto, y otros que se había suicidado. Se produjeron protestas, manifestaciones, huelgas, y el Gobierno, desbordado por los acontecimientos, decretó el estado de excepción. La familia de Ruano, convencida de que había sido un crimen, logró reabrir el caso al cabo de veinte años y exigió la exhumación del cadáver. Los tres policías sospechosos se sentaron en el banquillo en 1996, pero ya no quedaba rastro de las pruebas, y fueron absueltos.

Muy similar es la trágica historia de Felipe Reyero, delegado de la Facultad de Medicina, cuya detención se le atribuye al inspector Juan Antonio González Pacheco, conocido como Billy el Niño. Reyero nunca salió de las dependencias de la Brigada Político-Social. Apareció muerto en el patio interior de la zona de interrogatorios y, según figura en la nota publicada en la sección de sucesos de la prensa del Movimiento: «Un dirigente estudiantil revolucionario se suicidó, en un ataque de pánico, mientras era conducido a los lavabos antes de ser interrogado en la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol. El Ministerio de la Gobernación lamenta tan desagradable suceso».

Aunque las oficinas centrales de la Brigada Político-Social estaban situadas en el edificio de la Puerta del Sol, hoy sede de la Presidencia de la Comunidad de Madrid, ejercían un rígido control del resto de las jefaturas superiores de Policía, supervisadas políticamente por los gobernadores civiles, cuyas disposiciones contaban con el beneplácito del Tribunal de Orden Público (TOP) creado específicamente para legalizar la represión. Unos y otros se prestaban la cobertura necesaria para realizar detenciones por tiempo indefinido, confiscar o incautar bienes, amañar pruebas e incluso aplicar métodos violentos para arrancar confesiones a las víctimas.

Como escriben Sartorius y Alfaya en su libro sobre la represión franquista:

El detenido por la Brigada Político-Social o por la Guardia Civil pasaba en las dependencias policiales todo el tiempo que las fuerzas de seguridad consideraran necesario, extremo que estas se ocupaban de dejar bien claro a sus víctimas desde el primer momento. En ocasiones se le mostraba al detenido una partida de defunción por causas naturales, firmada por un supuesto o real médico de guardia, con lo cual se le advertía de que cualquier «exceso» en la tortura quedaba automáticamente cubierto y, por decirlo así, legalizado. De manera que cada cual sabía a partir de ese momento a qué se exponía.

El jefe supremo de la Brigada era el comisario Saturnino Yagüe, al que ya nos hemos referido, cuyo celo profesional le llevó a intervenir personalmente en todas las operaciones llevadas a cabo contra los activistas políticos antifranquistas. Durante

mucho tiempo, su mano derecha fue el comisario Roberto Conesa y, a sus órdenes, había una serie de ejecutores que alcanzaron la fama por su especial vocación de entrega a la causa, como los inspectores Quintero, Sainz, Anechina o el mencionado Juan Antonio González Pacheco, alias *Billy el Niño*, relacionado con asuntos turbios, como la muerte de Felipe Reyero y también, ya en el posfranquismo, con la matanza de los abogados laboristas de la calle de Atocha.

Billy el Niño se hizo famoso durante los conflictos universitarios que se desataron en torno a los acontecimientos de mayo de 1968. El mote se lo pusieron los estudiantes de la época, más que por su aspecto aniñado y canijo, por sus posturas, sus gestos y su indumentaria de extra de película americana. También porque sus métodos durante los interrogatorios recordaban a los del policía malo de las películas. En numerosas ocasiones, sus víctimas le denunciaron, sin éxito, por torturas y malos tratos. Su mayor proeza policial fue formar parte del operativo que, a las ordenes del comisario Conesa, logró la liberación, tras dos meses de investigaciones, de los secuestrados por los GRAPO José María de Oriol, expresidente del Consejo de Estado, y el teniente general Emilio Villaescusa.

En la nómina de los más destacados represores de la Policía franquista habría que añadir algunos nombres. En Barcelona se destacó por su celo profesional el comisario Antonio Juan Creix, cuya brillante hoja de servicios «antisubversivos» le llevó hasta el País Vasco y Andalucía. El especialista para la represión sindical era el ya citado Conrado Delso, que se encargaba personalmente de todo los asuntos relacionados con la familia Camacho y que posteriormente, en septiembre de 1974, resultaría gravemente herido en el atentado de ETA en la cafetería Rolando de la madrileña calle del Correo. La bomba se colocó en este establecimiento por ser un lugar muy frecuentado por miembros de la Brigada Político-Social, ya que era el bar más cercano a sus dependencias policiales. Causó ochenta heridos y doce muertos, entre los que no se encontraba ningún policía. Fue un atentado brutal que provocó gran rechazo en la opinión pública. Hubo cierta confusión sobre su autoría que, en su momento, nadie se atrevió a reivindicar.

A Delso le dedica unas líneas Marcelino en sus memorias:

La Brigada Político-Social puso en marcha una persecución sistemática contra nosotros, incluso llegaron a dedicar un comisario especialmente para CCOO, llamado Delso; llegamos a conocernos bien, porque cada vez que había una concentración o una reunión en el sindicato, nos llamaba a la Dirección General de Seguridad, normalmente a Ariza y a mí.

—Pero yo no fui a ver a Delso —prosigue Josefina su relato—, sino directamente al que mandaba en todos ellos, que era Saturnino Yagüe.

Si he interrumpido el relato de Josefina con las anteriores disquisiciones sobre los instrumentos represivos del régimen ha sido para valorar aún más el mérito de esta

mujer, capaz de plantar cara al temido comisario jefe en sus cuarteles de la puerta del Sol.

—Ya te he dicho que me planté varias veces delante de Yagüe y siempre me amenazaba con lo mismo: «Tengo que cogerla. Seguro que cualquier día comete un fallo y termina como su marido». Yo le chillaba y él me chillaba a mí: «Pero, señora, no es necesario que me grite...». Babeaba de rabia cuando yo le plantaba cara. Las compañeras me decían que le echaba mucho valor. No es que fuera valiente, es que me crecía delante de aquel hombre. Yo sabía lo frío que era, las crueldades que hacía y, sobre todo, que le había pegado a mi hijo; y eso es lo que me encendía tanto. Y, además, nos tenía machacados con tanta persecución. Nos rodeó de policías para que vigilaran todo el tiempo nuestra casa. Pero yo me las arreglaba para engañarlos, porque me conocía el barrio mejor que ellos. Cuántas veces se habrá escapado Marcelino sin que se enterasen de nada... Les hacíamos cada trastada... Pero un día que yo no estaba, subieron a asustar a mi suegra.

—¿Con que motivo?

—Con ninguno. Conmigo no se atrevían, porque yo les enviaba a nuestros abogados. Así que, aprovechando mi ausencia, decidieron preguntarle a ella si yo tenía escondida una máquina para tirar panfletos. La pobre mujer, que era muy mayor, les dijo que sí y les enseñó mi máquina de coser Alfa. Y los policías la insultaron, creyendo que intentaba reírse de ellos. Cuando volví a casa, mi suegra estaba llorando y yo me puse hecha una fiera. Me fui, otra vez, a la Puerta del Sol para decirle a Yagüe que eso sí que no se lo perdonaba, que eran unos cobardes por asustar a una anciana de esa manera. «¿Se cree que voy a guardar una multicopista en casa, con mi marido en la cárcel y sabiendo que me vigilan día y noche? Yo no me arriesgo con esas tonterías». Y le grité que no se le ocurriera volver a meter miedo a mi suegra.

—¿A quién temían más: a la Policía de la DGS o a los jueces del TOP?

—A los de La Social. Eran los peores. Yo también fui varias veces a reclamar al juez, y me decía: «Pero señora... yo no puedo cambiar las leyes... Déjeme tranquilo». Yo le respondía que mi obligación y mi deber eran defender a mi marido a capa y espada y, además, que mis reclamaciones estaban amparadas por las leyes. Bueno, no sé quiénes eran peores, yo creo que los policías.

Las pruebas que podían demostrar las acusaciones sobre la policía política de Franco desaparecieron. Lo que nadie pudo borrar fueron los testimonios de las víctimas que pudieron contarlos. Muchas de sus denuncias se reunieron en los informes recogidos por Justicia Democrática durante los primeros años de la década de los setenta, donde aparecen amplias referencias a las detenciones practicadas durante los diversos estados de excepción. La Social actuaba con absoluta impunidad en connivencia con los jueces de guardia, tal como se explica en el informe correspondiente al año 1973:

Ningún juez se atrevería a excusar la tortura en una resolución, pero algunos cierran sistemáticamente los ojos a todo signo de tortura y suscriben el argumento de la necesidad de la tortura como método de investigación para no dejar inerme —así suele decirse— al Estado.

Uno de los gritos reivindicativos en las numerosas manifestaciones que se llevaron a cabo durante los últimos años de la dictadura fue el de «¡Disolución de los cuerpos represivos!». Evidentemente, no se atendió la petición, pero lo grave es que tampoco fue escuchado tras la muerte de Franco. Durante la transición democrática, los cuerpos represivos quedaron intactos. Varios miembros destacados de la Brigada Político-Social continuaron con sus actividades policiales; algunos fueron condecorados y la Ley de Amnistía promulgada en 1977 sirvió para borrar sus culpas. Los cuerpos represivos de la Policía, la Guardia Civil, las Fuerzas Armadas y la Justicia no fueron renovados. Y aunque sus competencias se limitaron progresivamente, hasta el fallido golpe de Estado de 1981, no se tomaron medidas radicales para apartar del servicio a los residuos de la represión que seguían en activo.

El comisario Saturnino Yagüe estaba en lo cierto cuando le dijo a Simón Sánchez Montero: «Mira, yo fui policía con la Monarquía; luego, con la República; ahora, con Franco. Y cuando cambie esto seguiré siendo policía». Y así fue, aunque apenas tuvo tiempo de hacer el nuevo tránsito, pues murió de un derrame cerebral, tan solo tres años después que Franco.

Recordaré un par de ejemplos más, como prueba de supervivencia. Billy el Niño fue condecorado por Martín Villa en 1977 con la medalla del mérito policial. Y dos años después recibió una cena-homenaje por parte de sus compañeros, «en desagravio por los ataques que sufría desde los medios informativos». Dicho homenaje no impidió que participara en un careo con los implicados en la matanza de Atocha. Al final de su carrera, trabajó como guardia privado de seguridad.

El comisario Conesa, incondicional de Yagüe en la BPS, también desempeñó cargos de responsabilidad policial durante la Transición. Fue ascendido a comisario general de Información y condecorado con la medalla de oro al mérito policial, por el «éxito» de sus investigaciones sobre el asesinato de Carrero Blanco y el atentado de la calle del Correo. Pasó los últimos años de su vida alejado de la actividad policial, y a su entierro no fue ninguno de los altos cargos políticos que le habían otorgado su confianza.

Los Yagüe, Conesa, Pacheco, Delso, Sainz... no son los únicos, aunque sí los más acreditados miembros de la BPS, pero muchos otros mandos de la Policía franquista fueron reutilizados durante la transición democrática, lo cual fue un grave error que ha tenido una indeseable consecuencia: servir de disculpa para poner en duda la legitimidad de aquel proceso.

Curas obreros

En el Pozo del Tío Raimundo. La conversión del padre Llanos. Tarancón al paredón. Los insurgentes curas vascos.

Los marxistas dialogan con los cristianos. Ceden los templos para reuniones clandestinas

El nombre del padre José María Llanos se repite insistentemente a lo largo del relato, porque ocupa un lugar privilegiado en la historia del movimiento católico de resistencia contra el franquismo. Llanos simboliza el paso de una Iglesia políticamente sumisa a otra que denuncia la opresión y exige libertades y derechos.

A fines de la década de los sesenta y en los primeros años setenta del pasado siglo, se produjo una ruptura entre el nacional-catolicismo, aliado de la dictadura, y la corriente renovadora partidaria del Concilio Vaticano II. Ya me he referido a los enfrentamientos entre el abad de Montserrat, Dom Escarré, y el del Valle de los Caídos, fray Justo Pérez de Urbel, así como a las denuncias de otros obispos contra las flagrantes injusticias políticas del régimen, y a las actividades de las organizaciones sindicales obreras cristianas. Lentamente se fue promoviendo un relevo en la cúpula de la jerarquía eclesiástica, al tiempo que se radicalizaban los movimientos católicos de base.

Aunque permanecieron algunos obispos integristas, como los monseñores Guerra Campos o Morcillo, surgieron figuras tan decisivas para la evolución de la Iglesia como la de José María González Ruiz, canónigo de la catedral de Málaga, el teólogo español más influyente en el Concilio Vaticano II, que organizaba reuniones clandestinas en el convento de las Misioneras Cruzadas de la iglesia de Carabanchel. También, la del cardenal Vicente Enrique y Tarancón, arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal, que tuvo gran influencia política durante las últimas etapas del régimen. En uno de sus destinos anteriores, cuando fue obispo de Solsona, había tenido contactos con los comunistas del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), y en el obispado de Toledo conoció a varios miembros de la dirección del PCE, entre otros, a Simón Sánchez Montero.

El dirigente comunista cuenta en sus memorias la buena impresión que le causó el obispo. Fue a verle en sucesivas ocasiones para informarle de los avances políticos que se iban produciendo en la lucha por la libertad. Tarancón le advirtió que la Iglesia

no era un partido y, por lo tanto, no podía participar directamente en el proceso político, pero se comprometió a mantener una postura crítica con la dictadura y a respaldar la evolución hacia la democracia, lo cual le convirtió en objeto de insultos y amenazas. Cada vez que aparecía en un acto público, los integristas católicos y los ultraderechistas gritaban una consigna que se hizo famosa en la última etapa de la dictadura: «¡Tarancón, al paredón!». Durante el funeral de Carrero Blanco (1973), que murió tras un atentado terrorista, los ultras le acorralaron, el ministro de Educación le negó el saludo y se vio obligado a huir por la puerta trasera de la iglesia para evitar una agresión.

El cardenal mantuvo una actitud distante, aunque diplomática, con la dictadura, pero cuando hubo conflictos siempre defendió la postura de la Iglesia más aperturista. Luego se supo que Franco había vetado su nombre, propuesto por el Vaticano para ocupar el obispado de San Sebastián. Tarancón escribe en sus memorias que, a pesar de sus esfuerzos por evitar enfrentamientos, sus frágiles relaciones con la dictadura llegaron casi a la ruptura con motivo del caso Añoveros, que estuvo a punto de provocar la expulsión del nuncio apostólico y la denuncia del Concordato con la Santa Sede. Fue en febrero de 1974, durante el gobierno de Carlos Arias Navarro, cuando el entonces obispo de la diócesis de Bilbao, monseñor Antonio Añoveros, leyó una homilía que reclamaba el derecho del pueblo vasco a conservar su propia identidad. Aquello fue considerado como un gravísimo atentado contra la unidad de la patria. El obispo fue detenido, sufrió arresto domiciliario y graves amenazas de la extrema derecha que incitaban al Gobierno a tomar medidas más drásticas contra el «obispo subversivo y separatista».

La Iglesia en el País Vasco había tenido numerosos conflictos con la dictadura. En varias ocasiones, la actitud indomable del clero vasco había sido denunciada ante el embajador en la Santa Sede, Antonio Garrigues, no solo por su falta de colaboración con la autoridad civil, sino por su apoyo a lo que el régimen consideraba organizaciones subversivas. Por eso, el Gobierno no dudó en actuar contra los curas, sacerdotes y obispos disidentes. Intentaron expulsar a Añoveros del territorio nacional, pero lo impidió el Vaticano, dispuesto incluso a romper el Concordato.

Cuenta Tarancón que a Franco le amenazó con la excomunión si tomaba represalias contra Añoveros. Fue entonces cuando la Santa Sede, inspirada por la doctrina de los dos últimos pontífices Juan XXIII y Pablo VI, poco amigos de Franco, supo que había llegado el momento de soltar amarras con una dictadura que estaba a punto de desaparecer.

Una parte significativa de la sociedad española, según las estadísticas de la época, se había alejado de las prácticas religiosas, los católicos se declaraban no practicantes. Muchos jóvenes se consideraban agnósticos y la falta de vocaciones religiosas hizo que disminuyera significativamente el número de seminaristas y muchos sacerdotes colgaron los hábitos. El nacional-catolicismo se encontraba en sus horas más bajas.

La jerarquía eclesiástica española, refrendada por la actitud aperturista del Vaticano, estaba dispuesta a proteger a sus obispos frente al régimen, pero no dispensó el mismo trato a una parte del clero ordinario que dedicó su apostolado a la defensa de la clase trabajadora. La falta de apoyo, sin embargo, no fue un obstáculo para que desarrollaran sus actividades solidarias.

Uno de sus más emblemáticos valedores fue José María Llanos, apodado el *cura rojo*, cuya biografía evolucionó en consonancia con los avatares del siglo xx. Nació en 1906, en el seno de una familia de militares de ideas muy conservadoras. Estudió Ciencias Químicas y durante su etapa universitaria militó en la Falange de José Antonio Primo de Rivera. Una vez licenciado decidió hacerse jesuita y, cuando el Gobierno de la Segunda República decretó la disolución de la Compañía de Jesús, Llanos tuvo que desterrarse. Al término de la Guerra Civil, se ordenó sacerdote y desarrolló su labor apostólica en los círculos del nacional-catolicismo. Era un personaje muy carismático, cuyos sermones tenían gran poder de convicción. Estuvo muy involucrado en el régimen y, según cuentan, dirigió unos ejercicios espirituales en exclusiva para Francisco Franco. Tanta confianza le merecía el padre Llanos que, en 1943, le nombró capellán del Frente de Juventudes y le encargó que se ocupase de catequizar a los trabajadores de las barriadas proletarias del sur de Madrid, con el fin de impedir que se contaminasen de la ideología comunista del movimiento obrero.

Lo sorprendente es que sucedió todo lo contrario. Cuando, en 1955, llegó al barrio chabolista conocido como el Pozo del Tío Raimundo y comprobó la miseria de sus habitantes y las injusticias que soportaban cotidianamente, fue él quien se dejó catequizar por los movimientos de izquierda. Para reivindicar los derechos de aquellos desheredados de la Tierra, decidió vivir junto a ellos, a pesar de la oposición de su familia y de la Compañía de Jesús. Según sus palabras: «No conseguí convertir a nadie, pero ellos me convirtieron a mí». En su parroquia del madrileño poblado de Entrevías logró que el famoso arquitecto Francisco Javier Sáenz de Oíza diseñase el futuro templo que iba a ser, además del centro religioso, el local donde los vecinos organizarían sus actividades sociales. Su popularidad se extendió por toda España cuando encabezó una manifestación que, frente a la Guardia Civil, trataba de impedir el derribo de una chabola que él mismo había construido con sus propias manos. Renegó de su cercanía a Franco y del catolicismo oficial, se declaró partidario de popularizar la Iglesia para acercarla a los más necesitados, fue apóstol de los pobres, participó de forma activa en los movimientos vecinales junto a los sindicatos y partidos de izquierda y, finalmente, se hizo militante de Comisiones Obreras y del todavía clandestino Partido Comunista, a cuyas organizaciones había prestado una gran ayuda.

Así lo cuenta Marcelino Camacho en sus *Memorias*:

Cuando Comisiones Obreras estuvo cercada y su existencia puesta en peligro, dado el acoso policial y la imposibilidad de reunión de todos sus

miembros, fue cuando la parroquia del Pozo del Tío Raimundo significó un punto estabilizador que garantizó durante cierto periodo la continuidad y, superado ese momento, nuestro desarrollo posterior. El padre Llanos, en el Pozo del Tío Raimundo, fue entonces no solo un gran amigo nuestro, sino, por su autoridad moral, decisivo para nuestra permanencia en el Pozo. Inmediatamente ingresó en CCOO, donde llegó incluso a militar activamente en ese periodo y después [...]. El Pozo no solo pasó a ser la nueva Casa del Pueblo, sobre todo por la gran ayuda, por la comprensión del padre Llanos, al que reconocemos que en ese periodo de nacimiento, consolidación y extensión de Comisiones Obreras fue un hombre que jugó un gran papel. Un hombre generoso y bondadoso que, en una larga vida llena de acontecimientos, unió sus esfuerzos a los de la clase obrera.

La gratitud de la familia Camacho hacia el padre Llanos no se debe únicamente a razones políticas. A pesar de su agnosticismo, Josefina asistió a más de una misa oficiada por él en la iglesia del Pozo. Nunca olvidará la ayuda que le prestó a su suegro cuando estaba a punto de morir.

—El padre Llanos estuvo a su lado todo el tiempo, intentando que tuviera una muerte tranquila y, sobre todo, supliendo la presencia de Marcelino, al que no dejaron salir de la cárcel hasta última hora... que ni siquiera pudo despedirse del cadáver como es debido.

Cuando el padre Llanos cumplió ochenta y cinco años, la Asociación de Vecinos del Pozo le regaló una placa conmemorativa con la siguiente inscripción: «José María de Llanos vino al Pozo camino de Dios, tropezó con el hombre y de su mano llegará a Él». Pero no fueron los únicos que en los últimos años de su vida le premiaron y le hicieron toda clase de homenajes. Recibió el premio Alfonso Comín, le otorgaron la Medalla de Oro del Ayuntamiento de Madrid por su larga vida entregada a la labor social, y en su honor fue creada la Fundación que lleva su nombre, con el fin de continuar su obra y ofrecer cursos de formación e inserción laboral a los vecinos de los barrios de Vallecas, el Pozo y Entrevías.

Cuando el padre Llanos estaba enfermo y era ya muy anciano, no quería ser una carga para sus vecinos y aceptó trasladarse a la residencia que los jesuitas tienen en la madrileña localidad de Alcalá de Henares. Allí murió en 1992, a los ochenta y seis años y, aunque sus amigos y camaradas quisieron trasladar su cadáver al centro Cultural del Pozo, los jesuitas instalaron la capilla ardiente en su propia iglesia y de allí lo trasladaron al panteón de la orden religiosa en el cementerio de San Isidro. Su entierro fue multitudinario y, según cuenta Josefina, al tiempo que el arzobispo de Madrid invitaba a la oración a sus feligreses, sus viejos camaradas cantaron puño en alto *La Internacional* para rendirle el último homenaje.

—Fue muy impresionante, porque los unos respetamos las creencias de los otros. Estábamos en aquel panteón y el arzobispo o el obispo, no recuerdo quién era, hizo un discurso muy bonito. Había muchos camaradas de Comisiones y del PCE que siguieron emocionados el responso y, al terminar, el obispo nos pidió que cantásemos *La Internacional*, porque al padre Llanos le hubiera gustado escucharla. Nos conmovieron sus palabras y la cantamos con entusiasmo, puño en alto, la primera estrofa. Al final, hubo aplausos tanto de unos como de otros y después se hizo un silencio extraordinario.

Al día siguiente, el escritor Francisco Umbral le dedicó su columna de *El Mundo*:

Era el hombre más bueno que uno haya conocido jamás. Lucía un reloj de pulsera que le trajo la Pasionaria de Moscú, un reloj verde como una rana y pesado como un tanque en la muñeca. A mí nunca me hizo proselitismo, no quería convertir a nadie. Andaba mucho, como todos los viejos que no pueden andar. Íbamos a dar vueltas por la Plaza Mayor, buscando él ese solecillo que es ya el ciclo municipal de los viejos. Es el único santo con boina de todo el santoral y por eso no subirá al cielo.

La vida del padre Llanos fue un ejemplo para el resto de los teólogos y los curas obreros que continuaron su labor en numerosas parroquias y asociaciones de vecinos.

Otro de los jesuitas que se rebeló contra la jerarquía eclesiástica fue el padre José María Díez-Alegría (1911-2010), compañero y amigo de Llanos, sacerdote asturiano, filósofo, teólogo y doctor en Derecho, que también hizo compatibles sus creencias católicas y filomarxistas. Aunque nunca se consideró comunista, llegó a decir en cierta ocasión: «Marx es el enviado de Dios para demostrar al mundo que Dios está con los oprimidos, con los pobres y contra la opresión».

Perteneció a una familia de la alta burguesía; su padre, banquero; su hermano mayor, jefe del Estado Mayor del Ejército, embajador y académico; el siguiente, director de la Guardia Civil y el menor, jefe de la Casa Militar de Franco. Su fulgurante carrera en la Compañía de Jesús (le habían destinado a la Universidad Gregoriana de Roma, el centro de formación teológico de las élites del clero católico) adquirió un nuevo rumbo cuando decidió ayudar a su amigo, el padre Llanos, en el Pozo del Tío Raimundo, al tiempo que daba clases de Ética en la Facultad de Filosofía de Alcalá de Henares. Su ruptura con la jerarquía de los jesuitas se produjo a raíz de la publicación de su libro *Yo creo en la esperanza*, muy crítico con la Iglesia oficial y considerado por el Vaticano como una apología del marxismo. Su éxito editorial fue sorprendente; vendió doscientos mil ejemplares, pero las críticas de la jerarquía le llevaron a abandonar la docencia en Roma y a excluirse de la Compañía para trabajar en el Pozo con su amigo Llanos y otros jesuitas disidentes, partidarios todos ellos de la renovación teológica del Concilio Vaticano II y, tal y como hizo Jesús, del alejamiento del capitalismo y de la cercanía a los pobres.

Abandonó definitivamente la Compañía de Jesús en 1975, aunque siguió viviendo, hasta su muerte, en la residencia de Alcalá de Henares para viejos jesuitas jubilados. Nunca renunció a su fe, pero se preguntaba *¿Se puede ser cristiano en esta Iglesia?*, como tituló uno de sus libros.

En la comunidad religiosa creada en torno a los jesuitas Llanos y Diez-Alegría, tal como preconizó el papa Juan XXIII, se defendían los derechos humanos, la libertad de asociación y de expresión, el diálogo con las otras religiones, el pluralismo político y, por encima de todo, la solidaridad con los oprimidos. Dichas creencias resultaban explosivas para la dictadura, pero también para la jerarquía eclesiástica, que trató de hacer la vida imposible a los curas disidentes, lo cual les llevó a radicalizar sus posturas.

Otro de los discípulos más queridos del padre Llanos fue el ya citado Alfonso Carlos Comín (1933-1980), cristiano seglar, militante de diversas organizaciones de la izquierda radical y fundador, en pleno franquismo, de Bandera Roja en Cataluña, que se integraría posteriormente en el PSUC. Comín creó el movimiento Cristianos por el Socialismo. Como escribió su viuda, María Luisa Oliveras, en el artículo «Vivir de utopías»:

Alfonso participaba en el SUT, Servicio Universitario del Trabajo, con el padre Llanos al frente. Fue precisamente allí donde se conocieron y de allí salió la amistad que los uniría hasta la muerte. Yo colaboraba en un centro social en El Paralelo, un barrio obrero de Barcelona. Queríamos que el mundo fuera diferente, justo y solidario. Aunque entonces la palabra solidaridad apenas se usaba, esto no impedía que se practicara. Casi todo nuestro tiempo estaba cogido por trabajos o reuniones que tenían que ver con esta preocupación y con este intento de transformación del mundo. [...] Alfonso ocupó cargos tanto en la dirección del PSUC como en el PCE. Él solía decir que a veces hay que bajar a la arena aunque tengas una escasa vocación de «hacer política». En el partido pedía libertad de conciencia para los militantes que eran cristianos, con el fin de que no fueran discriminados por razón de su fe.

Alfonso Carlos Comín consideraba que no había contradicción entre los valores cristianos y su militancia comunista. La síntesis de ambos le sirvió para reforzar su compromiso por la liberación de los oprimidos. En los movimientos católicos de base, como la Hermandad Obrera de Acción Católica y la Juventud Obrera Cristiana, alentados por el Concilio Vaticano II, comunistas y católicos ya compartían las mismas convicciones sociales y trabajaban unidos en defensa de la clase obrera. En el ámbito europeo, tras la Segunda Guerra Mundial, cristianos y marxistas coincidieron en la lucha contra la ocupación nazi y muchos compartieron penalidades en los campos de concentración. El diálogo se intensificó como consecuencia de la citada

encíclica *Pacem in Tenis*, cuando se organizaban debates de pensamiento marxista a los que acudían teólogos e intelectuales católicos.

El movimiento progresista entre los católicos coincidió con la renovación del marxismo suscitada a raíz del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), en 1956, celebrado tras la muerte de Stalin. En la sesión de clausura, Nikita Jrushchov denunció por primera vez la represión estalinista, lo cual produjo una enorme conmoción con efecto retardado, pues hasta mucho después no se daría a conocer la totalidad de sus críticas.

En plena desestalinización del Partido Comunista, Alfonso Carlos Comín organizó encuentros clandestinos en Cataluña, a los que asistieron marxistas y católicos procedentes de toda España, para promover conjuntamente acciones contra la dictadura franquista. Según sostenía,

No se trata de seguir utilizando a la Iglesia para que nos deje locales, para que nos traspase a los militantes que están en la órbita de los curas, para que nos cedan aquellos poderes que tienen a su alcance. Se trata de establecer un diálogo y una comunicación con aquellas fuerzas que, en el seno de la Iglesia, están por la construcción del socialismo en la democracia.

El propio Santiago Carrillo, entonces secretario general del PCE, planteó dicha colaboración en el Comité Central, pero no solo como una cuestión táctica para conseguir las libertades democráticas, sino plenamente integrada en la construcción del socialismo. La religión, al menos en esas circunstancias, ya no era necesariamente el opio del pueblo, según la antigua tradición leninista. Desde aquel momento, muchos cristianos comenzaron a militar en el PCE.

El compromiso político de aquellos católicos tenía una profunda raíz evangélica y una clara inclinación marxista. En ellos, y en los curas obreros europeos, se inspiraron posteriormente los teólogos de la liberación cuando se preguntaron cómo ser cristiano en un continente oprimido como América Latina. El Vaticano denunció como subversivas las actividades de los teólogos de la liberación y desautorizó el trabajo proletario de los curas obreros. Muchos de ellos, sin renunciar nunca a sus convicciones religiosas, se enfrentaron abiertamente contra la jerarquía eclesiástica, incluso la más aperturista. Sirva de ejemplo la opinión de uno de los más radicales, Francisco García Salve, conocido como Paco el Cura, luchador obrero y militante del PCE, que cuenta así su decepcionante encuentro con el presidente de la Conferencia Episcopal:

Yo visité al cardenal Tarancón en su palacio para pedirle, en concreto, dos cosas: que nos facilitase iglesias y salones parroquiales para reunimos los obreros y dinero para ayudar a las familias de los encarcelados de la construcción de Madrid. Salimos asustados de la capacidad de cinismo que

puede haber en un hombre inteligente, purpurado de la Iglesia. Casi nos negaba que la dictadura impidiese el derecho universal de reunión y casi ponía en duda que se encarcelase por ejercer el derecho de huelga. Acababa de casar a una de las nietas del dictador. Yo salí aterrado de aquel palacio.

No obstante, a pesar de que algunos católicos comprometidos con la lucha obrera compartían la opinión de García Salve, es justo admitir que Tarancón ejerció una importante labor conciliadora durante la última etapa del franquismo y dio el paso definitivo para separar a la Iglesia del régimen, como deseaba la mayoría del clero español, con la excepción de los integristas y los poderosos miembros del Opus Dei infiltrados en el Gobierno. Lo novedoso fue que en el periodo final de la dictadura dichos sectores abanderaron un anticlericalismo de derechas, con ataques a la jerarquía aperturista y, sobre todo, a los llamados «curas rojos» en cuya nómina se encuentran, entre otros, los ya citados Llanos, Díez-Alegría, Comín, Iniesta, García Salve y Gamo. Los dos últimos sufrieron severas condenas por parte del régimen; fueron numerosas veces multados, detenidos y encarcelados.

Paco García Salve y Mariano Gamo participaron, a cara descubierta, en todas las actividades y manifestaciones antifranquistas. Poco antes del primer estado de excepción, en enero de 1969, junto a otros mil quinientos representantes de todos los sectores de la oposición, los dos curas firmaron el documento contra la tortura y se unieron a la petición del Colegio de Abogados de Madrid para exigir la supresión de los tribunales especiales. Como tantos otros sacerdotes obreros fueron verdaderos activistas en la lucha por la democracia y en la defensa de los derechos de los trabajadores. Tal como hiciera el padre Llanos con su iglesia del Pozo, facilitaban sus templos y sus locales para acoger reuniones clandestinas y encierros, cuyos protagonistas eran desalojados por las fuerzas de orden público y, a veces, asaltados por los Guerrilleros de Cristo Rey.

Los templos de los barrios obreros, Usera, Orcasitas, Entrevías, Moratalaz... se convirtieron en el refugio de la resistencia contra el régimen, en las nuevas casas del pueblo, en los locales de reunión de Comisiones Obreras, cuyos militantes estaban habitualmente cercados por la Policía. Una de las asambleas de CCOO se llevó a cabo en la iglesia de Nuestra Señora de la Montaña de Moratalaz, la parroquia del padre Gamo, que, para camuflar el acto, sugirió extender una gran sábana delante del altar.

Por sus comprometidas homilías y por prestar su colaboración en actos como el anterior, el padre Gamo fue condenado por el Tribunal de Orden Público tras un sonado proceso judicial. En un principio, estuvo recluido en el segoviano monasterio de El Paular, donde recibía visitas de numerosos amigos, feligreses, corresponsales extranjeros y, por supuesto, de Marcelino Camacho que, cuando salía de la cárcel, iba a entrevistarse con él. Para evitar la peregrinación que se organizó en torno a su figura, aunque también por su decisión de renunciar a cualquier privilegio, fue

encarcelado durante tres años en la prisión de Zamora, el único centro penitenciario destinado a los sacerdotes rebeldes, donde fueron a parar todos los curas vascos sospechosos de separatistas. Por allí también pasó el jesuita Francisco García Salve y recuerda con espanto el frío de Zamora, la humedad del Duero y las celdas de castigo. Los curas hicieron varias huelgas de hambre para protestar por las pésimas condiciones carcelarias, pero la dirección no hizo el menor caso de sus demandas. Después de amotinarse y de pasar tres meses encerrados en las terribles celdas de castigo, lograron al menos una de sus reivindicaciones: las celdas individuales.

Trece veces entró en prisión Paco el Cura, cumplió cerca de seis años por varias condenas, fue torturado durante sus múltiples interrogatorios y sufrió graves agresiones de los Guerrilleros de Cristo Rey. Durante su tiempo de prisión comenzó los estudios de Derecho, que terminó cuando ya estaba en libertad. Perteneció al Comité Central del Partido Comunista de España, llegó a ejercer como abogado laboralista en la Federación de la Construcción de CCOO y fue el más radical de los curas obreros. Durante su militancia en Comisiones, trabajó como peón de albañil con enormes dificultades físicas. Recuerda que no podía con los sacos, se agotaba, tenía fiebre, unos dolores terribles y que le salieron callos, a pesar de lo cual aguantó en el tajo.

En la empresa constructora donde prestaba sus servicios como peón se enteraron de que era cura porque predicaba para convencer a sus compañeros. La Policía fue a detenerle a la obra y se lo llevó a la Dirección General de Seguridad, donde pasó tres días. Al reincorporarse al trabajo, el jefe de personal le dijo que tenía que despedirle por sus actividades sindicales. Poco después, tras visitar en Roma al padre Arrupe, prepósito general de los jesuitas, se decidió a abandonar la Compañía de Jesús.

El Proceso 1001

El grito en las calles: amnistía y libertad. Los Diez de Carabanchel. La Operación Ogro. ETA mata a Carrero. ¿Qué hizo la CIA? Los ultras piden venganza. «No hay mal que por bien no venga»

En el transcurso de una reunión de CCOO, en junio de 1972, en la residencia de los Oblatos de Pozuelo de Alarcón, de Madrid, Paco García Salve fue detenido en compañía del resto de los dirigentes del sindicato: Marcelino Camacho, Eduardo Saborido, Nicolás Sartorius, Fernando Soto, Juan Marcos Ruiz Zapico, Francisco Acosta, Miguel Ángel Zamora, Pedro Santiesteban y Luis Fernández Costilla. Pasaron más de un año en prisión preventiva hasta la celebración del juicio. Todos ellos, conocidos como los «Diez de Carabanchel», fueron acusados de asociación ilícita, como dirigentes de Comisiones Obreras. Según las consideraciones del fiscal, formaban parte de una organización ilegal presuntamente vinculada al Partido Comunista de España. En aquel juicio, conocido como el Proceso 1001, los Diez de Carabanchel fueron condenados con gran severidad por el Tribunal de Orden Público a un total de ciento sesenta y dos años de prisión. Los abogados defensores, Joaquín Ruiz-Giménez, Paca Sauquillo, Ignacio Montejo, Enrique Barón, Marcial Fernández, Adolfo Cuellar, Francisco de Cossío, Guillermo García, José Manuel López, José María Gil Robles y Cristina Almeida, tuvieron un comportamiento memorable, dejando claro que había sido un juicio simbólico a la libertad; que se condenaba sin pruebas a unos militantes obreros en función solo de su trabajo sindical, todos eran conscientes de la desproporción de las penas, incluso, probablemente, hasta el presidente del Tribunal, el magistrado Francisco Matéu, que tuvo la desgracia, cuatro años más tarde, de ser asesinado a tiros por el comando Argala de ETA. Los terroristas tenían marcada a la familia Matéu y, ocho años después de la muerte del padre, asesinaron a su hijo Ignacio en el País Vasco, donde él mismo había pedido su destino como guardia civil. Así de sanguinaria fue la etapa final de la dictadura.

Durante la transición democrática, García Salve sufrió más detenciones y fue sometido a nuevos juicios. Fue expulsado del PCE en 1981 por pertenecer a la facción minoritaria prosoviética, se dedicó a escribir, se casó y tuvo dos hijos. Por uno de sus libros, *Yo creo en la clase obrera*, la Audiencia Provincial de Madrid le condenó a tres años y cuatro meses de arresto mayor y a una multa de medio millón de pesetas, por delito de desacato e injurias graves a la autoridad. Fue indultado en

1984.

Aunque, tardíamente, los Diez de Carabanchel también fueron indultados. Horas después de la muerte del dictador, en la calle se reclamaba amnistía y libertad. El 22 de noviembre de 1975, el príncipe Juan Carlos de Borbón fue proclamado rey, y lo celebró concediendo un indulto para los presos políticos. Su libertad no fue muy duradera, pues Marcelino Camacho y García Salve, entre otros, volvieron a prisión poco después. La oposición democrática, sindicatos y partidos todavía no legalizados, se lanzaron a las calles para exigir la libertad de los centenares de presos políticos que aún permanecían en las cárceles españolas, a los que no había alcanzado el insuficiente indulto del monarca.

Los primeros dos años de transición democrática fueron de una enorme conflictividad social, porque seguían prohibidos los derechos de reunión, manifestación y huelga. Los españoles, cansados de la falta de libertad y de la lentitud del proceso reformista, llevaron a cabo numerosas huelgas y manifestaciones callejeras contra las cuales se desencadenó una brutal represión del gobierno de Carlos Arias Navarro y su ministro del Interior, Manuel Fraga Iribarne.

Recordemos los sucesos de Vitoria, en marzo de 1976, cuando un grupo de trabajadores en huelga se refugió en la iglesia de San Francisco de Asís. Mientras realizaban una asamblea, fueron desalojados violentamente por la Policía, que entró en el templo en contra de la voluntad del párroco y disparó contra los que iban saliendo, asfixiados por los gases lacrimógenos. El resultado fue una masacre. Murieron cinco trabajadores y otros ciento cincuenta resultaron heridos de bala.

Impactado por los acontecimientos, cuenta Lluís Llach que al día siguiente escribió la canción *Campanades a morts*, en homenaje a las víctimas. Como consecuencia de aquella acción salvaje por parte de las fuerzas de orden público, se multiplicaron las huelgas y las manifestaciones.

Al fin, en octubre de 1977, ya destituido Carlos Arias y nombrado presidente Adolfo Suárez, se concedió una amnistía general y Marcelino Camacho, entre otros muchos presos políticos, quedó definitivamente en libertad. Pero no adelantemos acontecimientos. Los últimos momentos de la dictadura fueron atroces y hubo que curar muchas heridas antes del inicio del difícil tránsito hacia la democracia.

Con el paso del tiempo, muchos historiadores coinciden en fijar una fecha simbólica para el comienzo de la Transición: 20 de diciembre de 1973. Ese día, en Madrid, a poco más de siete minutos y dos kilómetros de distancia, volaba por los aires el presidente del Gobierno, Luis Carrero Blanco, en la calle de Claudio Coello, quince minutos antes de que en la plaza de las Salesas, en el Tribunal de Orden Público, se iniciara el famoso «Proceso 1001», el juicio contra los diez miembros del entonces sindicato clandestino Comisiones Obreras. Josefina Samper recuerda todos los detalles, hasta los más insignificantes, que vivió en aquellos difíciles momentos.

—Llegamos al palacio de Justicia muy temprano. Aquello estaba completamente lleno de policías. Los familiares nos pusimos al principio de la cola, junto con los

sindicalistas extranjeros que habían venido al juicio. Detrás de nosotros reconocí a Billy el Niño y a Delso... Nos dimos cuenta de que esa gente estaba visiblemente nerviosa. Nosotros, también. De pronto, se corrió el rumor de que habían matado a Carrero Blanco y no sabíamos qué hacer. La cola rodeaba todo el edificio, porque se había hecho mucha propaganda previa y había delegaciones y prensa extranjera de todas partes del mundo. La sala era muy pequeña y los bancos estaban destinados a nosotros, los familiares de los presos. Estábamos rodeados por un montón de policía secreta, policía armada y coches antidisturbios. Fue un abogado el que nos contó que el coche de Carrero había volado por los aires y que, al parecer, estaba muerto. No sé cómo se enteró, porque entonces, como te puedes imaginar, no había teléfonos móviles. Yo le dije al abogado: «¡Cállate, por favor! Que no te oigan, que se va a armar». Me dijo que iba a enterarse de algo más, pero el abogado no volvió. Pensé que no se atrevió a entrar o que lo habían detenido. El caso es que la noticia corrió como la pólvora y ya lo sabía todo el mundo.

—¿No tenían miedo a que se produjese allí mismo un linchamiento?

—Sí, la cosa estuvo a punto de estallar. Los Guerrilleros de Cristo Rey andaban por allí merodeando y nos hacían gestos amenazantes; se pasaban la mano por el gaznate, como diciendo que nos iban a cortar el cuello, y nos señalaban con el dedo, como si disparasen una pistola. Estábamos esperando que empezara el juicio. Un oficial de los grises mandó a sus compañeros que nos rodeasen. Era impresionante, porque entonces llevaban unas capas impermeables que parecía que iban a volar. El oficial les dijo a los de Cristo Rey: «Si tocáis a esta gente un pelo os vais a enterar». Y aquel hombre nos protegió, al menos a los familiares, a los periodistas y a algunas delegaciones extranjeras. Otros tuvieron que salir corriendo, porque la Policía cargó contra una parte de los que estaban en la cola. Cuando, al fin, empezó el juicio y se sentaron los diez procesados en el banquillo, el presidente del tribunal, muy nervioso, dijo, de pronto, que se suspendía. Y se los volvieron a llevar a todos esposados.

—¿Qué se le pasó por la cabeza?

—Tuvimos miedo, porque nadie nos informaba de lo que estaba pasando. «¿Qué hacemos?», me preguntaban los compañeros. Yo no sabía qué era lo más conveniente, pero les dije: «¡Que no se mueva nadie de aquí!». Hubo que esperar bastante tiempo a que se reanudara el juicio; los habían bajado a los calabozos de las Salesas y no se atrevían a sacarlos de allí, porque los ultras querían lincharlos. Marcelino me contó después que sus abogados les confirmaron en los calabozos lo de Carrero, que en principio les habían dicho que era una explosión de gas, pero que ya se sabía que era un atentado. Y él pensó que aquello nos complicaba mucho las cosas; que parecía una provocación. El caso es que estuvo a punto de suspenderse el juicio, pero al final se celebró.

—¿Se esperaban esa condena tan tremenda?

—No, porque a las mujeres de los presos nos había recibido un día antes el fiscal del Supremo y nos dijo que las condenas iban a ser leves. Sin embargo, la cosa

cambió con el atentado. Quisieron dar un escarmiento. Los días que duró el juicio fueron de una tensión brutal. Podían haber hecho cualquier barbaridad. Los Guerrilleros de Cristo Rey insultaron y empujaron a Ruiz-Giménez y a Montejo, dos de nuestros abogados, que fueron muy valientes, sin que la Policía hiciera nada por evitarlo. A Ruiz-Giménez le gritaban: «¡A la horca con Camacho!»... Aquellos tres días se nos hicieron muy largos.

»Cuando todo terminó, los policías nos dijeron que nos largásemos de allí inmediatamente, porque los “fachas” nos querían matar y no podían contenerlos por más tiempo. Qué tuviéramos cuidado, porque estaban dispuestos a todo. Así que salimos corriendo. Me acuerdo de que nos subimos a un autobús, con los de Cristo Rey pisándonos los talones, y empezaron a aporrear las puertas, pero el conductor se negó a abrirles; debía de ser un camarada o, al menos, un simpatizante, porque ¿te imaginas la masacre que hubieran hecho? Los tipos siguieron corriendo un buen rato detrás del autobús para subirse en la siguiente parada, pero el conductor fue a toda velocidad, sin abrir, hasta la glorieta de Embajadores. Aquel hombre nos salvó la vida. Sí, reconozco que ese día estábamos amedrentados. La Policía me volvió a advertir de que tuviera mucho cuidado, porque los de Cristo Rey eran mala gente, querían hacernos daño y, aunque tenían la orden de detenerlos, quizá no llegasen a tiempo de evitar lo peor. En aquel momento, nos libramos de ellos, pero luego los canallas se vengaron con la matanza de los abogados de Atocha.

Han pasado más de tres décadas y todavía se especula con la posibilidad de que ETA no actuase sola en la organización del asesinato de Carrero Blanco. Existen varias teorías conspirativas, pero todas han sido sucesivamente desmentidas. Los servicios de espionaje sostuvieron que había sido la CIA la que, supuestamente, prestó apoyo a la banda terrorista para llevar a cabo el magnicidio. El único hecho probado es que el comando Txikia de ETA alquiló un semisótano en el número 104 de la calle de Claudio Coello para excavar un túnel hasta la calzada, siguiendo el itinerario habitual de Carrero Blanco después de asistir a una misa diaria en la cercana iglesia de San Francisco de Borja, más conocida como los Jesuitas de la calle de Serrano. Allí colocaron cien kilos de Goma-2, que hicieron explotar en la mañana del 20 de diciembre de 1973 al paso del coche del recién nombrado presidente del Gobierno. Acababa de asistir a misa y de comulgar. Iba acompañado por el conductor y un escolta, muertos también en el atentado. El vehículo saltó por los aires y se empotró en la azotea del claustro del templo. Entre los miembros del comando etarra se encontraba José Miguel Beñarán, alias *Argala*, asesinado por el Batallón Vasco Español cinco años y un día después del 20 de noviembre de 1973, en venganza por la muerte de Carrero.

Todos lograron escapar a Francia tras el atentado, y al cabo de un año publicaron *Operación Ogro*, un libro escrito por Eva Forest bajo el seudónimo de Julen Agirre, donde el comando explicaba cómo prepararon y realizaron el atentado, introduciendo algunos elementos de distracción para confundir las investigaciones policiales.

Veinte años después se reeditó el libro, con nuevas aportaciones; aclaraban sus anteriores mentiras intencionadas y se añadía un análisis de aquel momento, escrito por el histórico dirigente de ETA Antxon Etxebeste. *Operación Ogro* fue como denominó la banda terrorista a un plan cuyos preparativos se iniciaron en 1972, que consistía inicialmente en el secuestro de Carrero Blanco, con el fin de intensificar las divisiones internas en el seno del Gobierno, que ya habían provocado algunos enfrentamientos soterrados entre los llamados aperturistas y los del búnker. Los primeros querían liberalizar el régimen, abrir un poco la mano con el fin de permitir su supervivencia posfranquista; los otros eran inmovilistas, seguían aferrados al pasado y querían que Franco dejase todo «atado y bien atado». El almirante Carrero Blanco pertenecía claramente al sector inmovilista, aunque con ciertas peculiaridades que le hacían, según expresiones de los propios etarras, «una pieza fundamental e insustituible del franquismo puro».

El inmovilismo de Carrero es, precisamente, el origen de las sospechas. Son reveladoras las interpretaciones del periodista Eduardo Martín de Pozuelo en su libro *Los secretos del franquismo*, basado en los documentos desclasificados por Estados Unidos sobre el espionaje en España desde 1934 hasta la Transición.

El 27 de abril de 1971, un documento secreto norteamericano, sellado por el Departamento de Estado de Estados Unidos y referenciado con un escueto «*España: la próxima transición*», analizaba los cambios que percibían una obsesión por el orden en detrimento claro de la libertad [...]. En la quiniela sucesoria, por supuesto de carácter militar, el documento describía corrientes ultrarreaccionarias y básicamente antiamericanas como la que representa el almirante Luis Carrero Blanco, y otras más de su agrado como las del teniente general Manuel Díez-Alegría.

Los espías estadounidenses, sabiendo que a Franco le quedaba poco tiempo de vida, examinaron con lupa el proceso español. Tenían una pésima opinión de Carrero, desde que Franco decidió que fuera su sucesor y le nombró presidente. En todos los informes secretos se referían a él como un hombre gris, amargado, ultracatólico, anclado en el pasado, más franquista que Franco y, sobre todo, contrario a los intereses estadounidenses en España y un estorbo para su política en Oriente Medio. Era el político más leal y cercano al dictador; su hombre de absoluta confianza. Le culpaban, además, de haber animado a Franco a firmar las seis sentencias de muerte contra seis terroristas de ETA tras el juicio de Burgos de 1970, un proceso que desencadenó tantas protestas internacionales a favor de los condenados y tal agitación interna, que puso al país en una peligrosa situación involucionista. Consideraban que el régimen atravesaba la peor crisis política desde la Guerra Civil. El presidente Nixon, que había visitado España un año antes, presionó a través del embajador Hill, para que Franco conmutara las penas de muerte, como así sucedió finalmente.

En uno de los informes del espionaje se daban detalles sobre el propio servicio de inteligencia especial que había organizado Carrero Blanco para vigilar las actividades políticas de amigos y enemigos. Presumía de no fiarse de nadie y de estar perfectamente informado de cuanto sucedía en España. Otro motivo para la especulación. ¿No detectó ni un solo indicio sobre la organización de su propio atentado? La planificación del atentado era muy compleja y el lugar elegido se encontraba a muy poca distancia de la embajada de los Estados Unidos, sometida a una fuerte vigilancia. ¿Por qué no tomó precauciones sabiendo que era un objetivo preferente de los terroristas? Le habían advertido de la posibilidad de sufrir un atentado y, sin embargo, se negó a reforzar sus medidas de seguridad: mantenía habitualmente el mismo itinerario y su coche no estaba blindado. ¿Cómo es posible, además, que todos los movimientos de los terroristas pasaran inadvertidos, y quién les encubrió para que escapasen? Los propios etarras nunca confesaron el nombre del confidente que se entrevistó con Argala en el hotel Mindanao, al que se alude en *Operación Ogro* sin desvelar su identidad, el que hizo el seguimiento de Carrero e informó al comando de sus hábitos cotidianos. La familia reveló, años después, que la última llamada telefónica recibida la noche anterior al atentado fue de un militar del servicio de Inteligencia que informó de que el comando terrorista sospechoso estaba bajo control. No existe ninguna prueba de que, tal como se dijo en aquellos días, los servicios secretos estadounidenses hubieran hecho la vista gorda para no impedir el atentado.

Ese mismo día, 19 de diciembre de 1973, Carrero había mantenido una entrevista oficial en su despacho con Henry Kissinger, secretario de Estado en el Gobierno de Richard Nixon. La situación internacional era especialmente delicada. Tras la llamada guerra del Yom Kippur, que enfrentó a Siria y Egipto con Israel, se había acordado un precario alto el fuego, aunque permanecía la tensión en la zona. Para el Gobierno estadounidense era fundamental en esos momentos utilizar las bases militares que tenía en España. Carrero Blanco, al parecer, quiso imponer ciertas restricciones, sobre todo en lo referente al conflicto de Oriente Medio. En dicha entrevista, Kissinger trató de convencerle para que el Gobierno español apoyase con más decisión a Israel como aliado de los Estados Unidos. Se desconocen los términos de la conversación porque se mantuvo en secreto. El caso es que en la última foto de Carrero Blanco en vida aparece junto a Henry Kissinger durante la famosa entrevista. Unas horas más tarde, se producía el magnicidio y Franco, viejo y enfermo, se quedaba solo, a merced de las conspiraciones de su propia familia y de los sectores enfrentados del Gobierno. Tras el entierro, al que, por cierto, no asistió, se vio llorar por primera vez al dictador. Acto seguido, pronunció la enigmática frase: «No hay mal que por bien no venga», cuyo significado, a estas alturas, nadie ha sabido dilucidar.

En aquel momento, hubo varias interpretaciones sobre las consecuencias que

podía tener el magnicidio. «El asesinato de Carrero nos perjudicó a nosotros y al movimiento que se había creado contra el proceso», dijo Nicolás Sartorius, uno de los diez condenados en Carabanchel. Para Marcelino Camacho, «aquello fue una provocación, que, si no lo era, desde luego, podría volverse contra nosotros». Está claro que para quienes habían elegido la lucha pacífica por las libertades, el atentado y la posterior represión les perjudicó hasta el punto de que tuvieron que paralizar las movilizaciones para evitar la espiral de violencia que se había desencadenado.

Los más extremistas del régimen quisieron organizar una matanza, según recogen testigos de la época, como Sartorius y Alfaya, que comentan, a su vez, referencias del libro que el coronel San Martín escribió entre finales de febrero y primeros de septiembre de 1981, mientras se encontraba en prisión preventiva, antes de ser condenado por participar en la intentona golpista del 23-F:

Una vez producido el atentado que acabó con la vida de Carrero, hubo propuestas de algunos jefes del régimen de organizar una «Noche de los cuchillos largos», empezando por los presos del 1001, cortada en seco por Fernández-Miranda, que actuó con firmeza y dio órdenes estrictas de proteger a los procesados de los grupos ultra congregados ante las Salesas [...]. San Martín, por su parte, reconoce el factor desmovilizador que supuso al frenar las manifestaciones y huelgas convocadas en solidaridad con los procesados. Lo que dice del 1001 confirma que el atentado contra Carrero fue una enorme provocación de ETA, que pretendió arrebatar a las CCOO el protagonismo de la fecha y el sentido de la lucha por la libertad.

La secuela inmediata del atentado fue que, al desvanecerse las previsiones continuistas, el Gobierno de Washington se quitaba un peso de encima. Sin Carrero ya no habría franquismo. ETA había dado un tiro de gracia al régimen, como dijo el falangista Girón de Velasco.

Una vez enterrado el almirante, se desencadenó la lucha por el poder entre las distintas facciones que protagonizaban las intrigas palaciegas de El Pardo. El aperturista Torcuato Fernández-Miranda, que durante unos días ejerció como presidente en funciones y tenía esperanzas de ser el elegido, fue desplazado de la sucesión. Ganó *la señora* Carmen Polo, esposa del caudillo, que colocó a uno de sus peones, Carlos Arias Navarro, al frente de la Presidencia de Gobierno. Había sido uno de los más calamitosos alcaldes de Madrid, un pésimo ministro de la Gobernación, ya que fue incapaz de impedir el magnicidio de ETA, y sería un desastroso presidente de Gobierno que, por suerte para los españoles, duró poco tiempo en el cargo. Mientras tanto, frenó las aspiraciones de los reformistas e intensificó la represión contra los opositores. La situación fue de mal en peor. Hasta que Adolfo Suárez plantó cara a los residuos del franquismo.

La prensa extranjera

Contra la censura. Corresponsales antifranquistas, infiltrados en el Club de Prensa. Las combativas crónicas de Le Monde

Eran pocos los corresponsales extranjeros que trabajaban en España en la época más correosa de la dictadura. Vivían en permanente lucha contra la censura y amenazados con la expulsión del país en cuanto se pasaban una línea de lo que el régimen consideraba tolerable. A pesar de la represión y de la incomodidad de un trabajo que ejercían siempre a duras penas, fueron valerosos defensores de la libertad de expresión y, en cierto modo, portavoces de curas obreros, sindicalistas, partidos clandestinos, periodistas españoles y, en general, de cualquier ciudadano al que el régimen pretendiera tapar la boca. La mayoría de las veces no acudían a las fuentes gubernamentales para saber realmente lo que pasaba en el país, recurrían más bien a informadores oficiosos con quienes establecían citas clandestinas.

—Cuando querían saber lo que pasaba con las huelgas o dentro de las cárceles, iban a mi casa de Carabanchel, donde les recibía con los brazos abiertos —cuenta Josefina—, porque les debemos mucho a todos ellos. Cualquier cosa que les pasara a los presos políticos aparecía en *Le Monde* al día siguiente, cosa que le fastidiaba mucho a Franco. Yo me enteraba porque me informaba mi familia, que casi toda se había quedado a vivir en Francia, y me contaban que las noticias que salían en la prensa francesa sobre la represión en España tenían allí mucho alcance y enseguida se organizaban manifestaciones de apoyo y recogidas de firmas contra la dictadura. Al régimen no le convenían tantos escándalos. Marcelino era de los que más nombraban, y él estaba muy agradecido, sobre todo, a Nováis, que era el de *Le Monde*, y a dos corresponsales alemanes, cuyos nombres no recuerdo en este momento.

—¿Linda Herman y Walter Haubrich?

—¡Sí, ellos eran! A Linda parece que la estoy viendo. Ella, Nováis y Walter informaban con detalle de cualquier cosa que les pasara a los presos políticos, y la verdad es que lo personalizaban todo en Marcelino. Yo, a veces, les decía: «Ocuparos de todos los demás, que todos son iguales y necesitan la libertad tanto como nosotros». Pero ellos nombraban mucho a Marcelino porque era muy conocido fuera de España... Por eso, ahora he recibido telegramas de pésame de todo el mundo, escritos hasta en chino, en árabe y en no sé cuántos idiomas más. Tendrán que traducírmelos, aunque me imagino lo que dicen.

Lo ratifica Marcelino en sus *Memorias*:

Nunca valoraremos bastante el apoyo que nos prestaron la mayor parte de los corresponsales extranjeros. Personalmente, si quiero ser justo y honesto, tengo que reconocer y agradecer que, sobre todo en los casi diez últimos años que pasé en las prisiones franquistas, ellos mantuvieran casi semanalmente contacto con Josefina, mi compañera, y con mi hermana Vicenta. Casi todas mis cartas las utilizaban para sus crónicas cuando buscaban información alternativa a la oficial; seguían las luchas de las cárceles, además de las de los centros de trabajo y la calle.

Y a continuación, a modo de homenaje, cita a los que recuerda: José Antonio Nováis, corresponsal del francés *Le Monde*; Linda Herman, del alemán *National Zeitung* y de la Televisión Alemana (RFA); Harry Debelius, del británico *The Times*, y Walter Haubrich, del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*.

Hubo algunos más, dignos también de ser recordados, pero los cuatro mencionados por los Camacho merecen capítulo aparte por su implicación personal en las actividades clandestinas de la época. Marcelino se reunía en casa de Linda, que además de corresponsal de la televisión era militante del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), para encontrarse con los sindicalistas alemanes que pasaban por España. Herman era un enlace constante entre la oposición antifranquista y la socialdemocracia alemana. Ella asistió a la reunión que mantuvieron Marcelino Camacho y Hans Mathoffer, dirigente del SPD alemán, en el despacho que Raúl Morodo y Enrique Tierno Galván tenían en la madrileña calle de Marqués de Cubas, centro de múltiples conspiraciones, al que habitualmente acudían estudiantes, obreros, periodistas, diplomáticos y dirigentes extranjeros. Los socialdemócratas alemanes apoyaban la lucha de CCOO y los sucesivos partidos políticos socialistas que Tierno fue creando en España, al margen del Partido Socialista en el exilio, liderado en aquellos tiempos por Rodolfo Llopis y, posteriormente, por Felipe González. El «viejo profesor», como llamaban a Tierno, quería acreditar ante los representantes del socialismo internacional sus excelentes relaciones con el movimiento obrero, al que consideraba, con mucha razón, el verdadero protagonista de la lucha contra el franquismo. Marcelino comenta, con cierta sorna, que Comisiones contaba con la solidaridad del SPD, pero el apoyo y el sustento económico iban a parar al PSOE.

De las circunstancias que vivía la oposición en la semiclandestinidad de aquellos días fueron meticulosos cronistas los corresponsales extranjeros que, a veces, se reunían en la madrileña calle de Pinar, sede del Club Internacional de Prensa (CIP), inaugurado en 1962 por Manuel Fraga Iribarne, entonces ministro de Información y Turismo. Así se expresaba:

A veces, vendremos a almorzar, otras a tomar una copa, otras simplemente a cambiar impresiones y, en definitiva, procuraremos promover cuantas reuniones ordinarias y extraordinarias sean posibles para mantener viva la vida informativa acerca de cuanto ocurre en España.

El Gobierno de la época pensó que era conveniente reunir a los periodistas nacionales y extranjeros en un lugar común donde desarrollar su labor de manera pública y manifiesta. Era la naturaleza que pretendían imprimir al club, y en ese sentido remató Fraga su discurso:

Entiendo que el Club Internacional de Prensa va a llenar una función importante, al poner en contacto a quienes tienen por misión informar a todos los periodistas del mundo sobre la vida española, al hacerles conocer a los compañeros de profesión españoles y al ofrecerles ocasión de tratar con los funcionarios del Gobierno que tienen encomendado precisamente atender a los informadores extranjeros.

El primer presidente del Club Internacional de Prensa fue Harold Milks, corresponsal de la agencia de noticias norteamericana Associated Press y, al cabo de los años, lo serían Harry Debelius y Walter Haubrich. Por la junta directiva pasaron personajes tan significativos como el abogado José Mario Armero, que gracias a sus excelentes contactos entre políticos, financieros y periodistas fue testigo e intermediario de momentos cruciales de las postrimerías del franquismo y la pretransición democrática. Con motivo del xxv aniversario de la fundación del club, Armero reveló que a Fraga le obsesionaba la prensa extranjera, porque estaba pendiente de todo lo que se escribía fuera del país, y la creación del club le permitía controlar mejor a los corresponsales.

Evidentemente, en aquella época era imposible llevar a la sede a determinadas personas que necesitaban pasar inadvertidas. Aunque fuera de manera oficiosa, todo quedaba registrado. Pero, a pesar de los disimulados controles, fue un lugar donde se produjeron interesantes encuentros político-periodísticos, aunque el Gobierno diera pocas facilidades o tratara de evitarlos.

En el año 1974 se anunció en la sede del CIP un ciclo de conferencias, organizado por los corresponsales extranjeros, con una serie de personalidades políticas con proyección de futuro, entre otros: José María de Areilza, Enrique Tierno Galván, Joaquín Satrustegui y Manuel Jiménez de Parga. El Gobierno, que en aquel momento presumía de aperturismo y de promover asociaciones políticas y la libertad de prensa, hizo saber a los organizadores que los conferenciantes, en especial Tierno Galván, no eran de su agrado, y aunque no prohibió abiertamente el acto para evitar un nuevo escándalo en la prensa internacional, envió varios coches de la Policía y ordenó poner un letrero en la puerta del club donde se decía que estaba «cerrado por reformas». Y

así permaneció unas cuantas semanas, mientras las conferencias se trasladaron a otro lugar privado, donde el Gobierno no pudo intervenir, aunque lo intentó. Al final, se limitó a enviar un par de policías para que tomaran nota e informaran de cuanto aconteciera a sus superiores.

Las pretensiones del régimen para controlar a los corresponsales en España fueron inútiles, aunque dificultó todo lo que pudo su labor. Cuando firmaban informaciones conflictivas, les amenazaban con expulsarles del país o les retiraban las acreditaciones. Impidieron, por ejemplo, que José Antonio Nováis se hiciera socio del Club Internacional de Prensa y, por lo tanto, tuviera derecho a utilizar su local. Llegaron incluso a exigir que se retractase de algunas noticias aparecidas en *Le Monde*. Estuvo detenido en varias ocasiones y en 1977 recibió una brutal paliza por parte de los Guerrilleros de Cristo Rey. Nováis, cuyo padre fue jefe de prensa de Manuel Azaña, desafiaba la censura y las presiones del régimen, a veces de manera temeraria. Durante los años sesenta y setenta era una especie de buzón de correos en el que los periodistas españoles de izquierda depositaban las protestas e informaciones que la censura impedía publicar en España y que, la mayoría de las veces, tenían cabida en las páginas de *Le Monde*. En su casa de la avenida de La Moncloa sus colegas se reunían con estudiantes, sindicalistas, curas obreros y cualquier antifranquista que necesitara difundir una información.

Por motivos similares todos sus colegas extranjeros fueron perseguidos por el régimen. Cuando a Harry Debelius le caducó su carné de prensa impidieron su renovación, pero ante las protestas de sus compañeros, finalmente se lo devolvieron. Debelius había nacido en Baltimore (Maryland, Estados Unidos), tuvo como profesor universitario al poeta Pedro Salinas, quien despertó en él el interés por la cultura española. Cuando vino a España, en 1955, trabajó en las bases estadounidenses, hasta que logró incorporarse a la agencia United Press, donde pasó cuatro años. En 1969 le contrató el diario británico *The Times*, del que fue corresponsal durante tres décadas. Los censores le hicieron la vida imposible.

Lo que no pudieron evitar es que Walter Haubrich, corresponsal del diario alemán *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, prestara su casa para ocultar panfletos y perseguidos políticos o, como sucedió en julio de 1974, para acoger a los representantes de la Junta Democrática de España, cuando no podían celebrar sus reuniones en lugares públicos porque estaban vigilados por la Policía. La Junta fue una coalición de opositores al franquismo procedentes de todas las tendencias políticas; desde Santiago Carrillo, dirigente del Partido Comunista (PCE), Enrique Tierno Galván, del Partido Socialista Popular (PSP), el monárquico Rafael Calvo Serer y los independientes Antonio García-Trevijano y José Vidal-Beneyto, hasta los representantes de CCOO, el Partido Carlista, el Partido del Trabajo, el Partido Socialista de Andalucía, asociaciones judiciales y movimientos vecinales.

Se presentó simultáneamente en Madrid y en París, coincidiendo con la primera hospitalización del dictador a causa de una tromboflebitis. La prensa española

franquista lanzó una campaña de descrédito contra los organizadores del acto en París, con especial inquina hacia Santiago Carrillo y Rafael Calvo Serer, además de monárquico, liberal de derechas y miembro del Opus Dei, al que consideraban un traidor a sus principios políticos. Después de superar algunos desencuentros iniciales, se unieron la Junta Democrática y la Plataforma de Organizaciones Democráticas, cuya fuerza principal era el Partido Socialista Obrero Español, en lo que se conoció popularmente como la «Platajunta», creada ya tras la muerte de Franco. Los únicos opositores al franquismo que se automarginaron fueron algunos partidos y organizaciones de extrema izquierda.

En la Platajunta todos tenían ideologías divergentes, pero estaban unidos por una estrategia común, gracias a la cual se llevaron a cabo las mayores movilizaciones populares para exigir libertad, amnistía y los estatutos de autonomía de las nacionalidades históricas. El apoyo incondicional de la prensa extranjera facilitó de manera decisiva su proyección internacional y la presión de los líderes políticos norteamericanos y europeos para acelerar la transición democrática en España. El trabajo de los corresponsales sirvió para agitar o conmover, según las necesidades del momento, a la opinión pública mundial.

Linda Herman, José Antonio Nováis y Harry Debelius tuvieron merecidos premios y homenajes antes de morir. Nos queda Walter Haubrich, decano de los corresponsales extranjeros, que se instaló en Madrid en 1969, el momento más propicio para la labor de un corresponsal, en pleno estado de excepción decretado por el Gobierno como respuesta a las multitudinarias protestas obreras y estudiantiles.

A los pocos meses tuvo que informar sobre el proceso de Burgos, el juicio sumarísimo contra dieciséis militantes de ETA acusados de los asesinatos de José Ángel Pardines, agente de la Guardia Civil, y de Melitón Manzanas, el jefe de la Brigada Política de la comisaría de San Sebastián. Los dos fueron asesinados en 1968 y a los procesados se les imputaban otros delitos posteriores, como la muerte del taxista Monasterio y la colaboración y encubrimiento en varios atentados y robos. El régimen cometió el error de acumular todos los delitos en un solo sumario y de solicitar en bloque seis penas de muerte y más de setecientos años de cárcel. Entre los encausados había dos curas, Calzada Ugalde y Echave Garitacelaya, con los que se solidarizaron la Iglesia vasca y los monjes de Montserrat, que permitieron en su abadía el encierro de trescientos artistas e intelectuales catalanes. La sentencia del tribunal militar superó con mucho la petición del fiscal; nueve condenas a muerte, más de quinientos años de cárcel y multas de un millón y medio de pesetas.

Varios de los condenados tuvieron después un enorme protagonismo político en las instituciones democráticas. Mario Onaindía y Teo Uriarte fundaron Euskadiko Ezkerra y más tarde se unieron al Partido Socialista de Euskadi. Se organizó una formidable operación de solidaridad internacional contra la pena de muerte y a favor del indulto, con protestas diplomáticas, recogidas de firmas, encierros y manifestaciones. En Eibar, la Policía disparó contra los manifestantes y mató a un

joven de veintiún años, Roberto Pérez, y en Madrid detuvieron, entre otros, a Tierno Galván, Nicolás Sartorius y Pablo Castellano, conocidos líderes políticos. El régimen había perdido los nervios, además de la batalla frente a la opinión pública internacional, y decidió, finalmente, conmutar las penas de muerte.

Las crónicas periodísticas de Nováis, Debelius y Haubrich sobre el proceso de Burgos o los últimos fusilamientos de Franco contribuyeron de manera determinante a la progresiva erosión del régimen. Todos ellos informaron al mundo de las tropelías que cometió la dictadura hasta los últimos momentos. Corrieron, además, serios riesgos al extralimitarse en su labor profesional y prestar su apoyo y solidaridad a las fuerzas de la oposición, saltándose las leyes franquistas cuando era preciso.

Como dijo José Antonio Nováis, cuando recibió el premio de Periodismo Francisco Cerecedo,

Si ante una dictadura el periodista está obligado a ser beligerante y a ayudar con su arma —la pluma— al derroque de la misma, no comprendo por qué en un régimen de libertades, el periodista tiene que autocastrarse políticamente [...] Ser un periodista militante no quiere decir no ser un periodista objetivo o tener que seguir consignas en su trabajo. Malo sería el partido político que así lo creyera y peor el lector que así lo entendiera.

Difícil labor ejercer la libertad de prensa en plena dictadura.

Periodistas bajo amenazas

Dinamitan el diario Madrid. Ley Fraga: libertad condicional a la prensa. Triunfo y Cuadernos para el Diálogo. La verdad sin rodeos. Torturas al director de Doblón. Bombas en El País y en El Papus

Complicada era también la situación para los periodistas españoles. La mayoría de los que tenían vocación democrática se habían especializado en disturbios ajenos y conflictos internacionales para referirse, de manera crítica, a los excesos que la dictadura cometía con el pueblo español. Una de esas alusiones encubiertas sugería la retirada de Franco de la Jefatura de Gobierno, con motivo de la dimisión del general De Gaulle como presidente de la República Francesa. Había que leer entre líneas para entenderlo, pero los censores poseían una mente tortuosa, calenturienta y paranoica, de manera que cualquier sospecha de crítica al régimen tenía como consecuencia una sanción.

El artículo de opinión titulado «Retirarse a tiempo. No al general De Gaulle», firmado por Rafael Calvo Serer, desencadenó la primera suspensión temporal del diario *Madrid*. La dictadura no estaba dispuesta a tolerar aquella insolencia y el periódico firmó su condena a muerte a raíz de aquel gesto de rebeldía. Primero fue cerrado cuatro meses (de mayo a septiembre de 1968), y tras una persecución continua, tres años más tarde, en noviembre de 1971, las autoridades franquistas impusieron su cierre por presuntas irregularidades administrativas, aunque en realidad solo era una argucia legalista para decretar después la clausura definitiva.

El ministro de Información y Turismo, Alfredo Sánchez Bella, integrista católico cercano al Opus Dei, desempeñó el triste cometido de llevar a cabo el cierre del *Madrid* por desafiar la Ley de Prensa e Imprenta que había maquinado Fraga Iribarne; por defender, en la medida de las limitadas posibilidades del momento, la libertad de expresión. Esta última fue la causa real por la que, literalmente, se voló el edificio que había sido la sede del *Madrid*, el 24 de abril de 1973, poco antes de la muerte de Carrero Blanco, dinamitado de un modo similar. Los propietarios de los restos de la empresa, obligados a liquidar sus activos para evitar la ruina, decidieron simbolizar con aquella «voladura controlada» la violencia que aún estaba dispuesto a ejercer el régimen contra la incipiente libertad. La maniobra fue un éxito para la empresa de demolición y un golpe para las ilusiones de un grupo relevante de periodistas, escritores, catedráticos, publicistas y demás trabajadores que

reivindicaron las libertades públicas, la legalización de los partidos políticos, las elecciones libres y, en definitiva, que defendían el sistema democrático frente a un régimen totalitario que estaba en las últimas.

Para llegar a entender cómo fue posible aquel cierre fulminante, recordemos que hasta 1966, fecha de la promulgación de la conocida como «Ley Fraga», en España existía la censura previa, que fue sustituida por un simulacro consistente en la obligación de depositar en el Ministerio de Información y Turismo diez ejemplares firmados por el director de cualquier publicación antes de salir a la venta. Si los funcionarios encargados de la revisión (expertos censores) consideraban que una información faltaba a su verdad o atentaba contra los principios del Movimiento Nacional, se advertía del riesgo al responsable del medio y, si no atendía al requerimiento, se le imponía una multa o se secuestraba la publicación para que no llegase al punto de venta. La interpretación de dicha ley permitía «recomendar» el cambio de algunas expresiones dentro de un texto, la transformación de unos titulares o cortar por lo sano una información, un artículo de opinión o un editorial. El editor era muy libre de aceptar o no la recomendación ministerial, pero la insubordinación tenía graves consecuencias. La censura pura y dura se sustituyó por el eufemismo de «consulta previa». La nueva ley tenía un fondo autoritario y franquista, pero aparecía camuflado por expresiones mejor adaptadas a las circunstancias de aquellos momentos de apertura económica, que debían ir acompañados de cierta evolución social.

Para evitar la persecución del Gobierno, en forma de sanciones o secuestros, los periodistas ejercieron en aquellos tiempos una autocensura voluntaria y aprendieron a escribir con suma cautela y grandes circunloquios. A veces, sin embargo, no tenían más remedio que informar abiertamente sobre conflictos laborales, manifestaciones, huelgas, juicios militares, torturas policiales, crímenes políticos y hasta ejecuciones, asuntos todos ellos que enfurecían a las autoridades. La mayoría de las publicaciones seguían ejerciendo el papel asignado a la «Prensa del Movimiento», que en las postrimerías de la dictadura pasó a denominarse con otro eufemismo: «Medios de Comunicación Social del Estado»; periódicos, agencias de noticias y emisoras de radio que transmitían la propaganda franquista en un intento de neutralizar la información de los corresponsales extranjeros o de los pocos medios que se atrevían a contradecir la versión oficial del Gobierno.

Eran muy escasos los periódicos y revistas que no se plegaban a los deseos del régimen. El caso del *Madrid* fue emblemático, sobre todo porque terminó literalmente hecho escombros, pero había un par de revistas más veteranas y combativas que se convirtieron en símbolos de la resistencia intelectual en la España de las dos últimas décadas franquistas. Inicialmente, el semanario *Triunfo* fue una apacible revista de espectáculos, fundada en 1946, que giró radicalmente de rumbo ideológico en los años sesenta, cuando se hizo cargo de la dirección José Ángel Ezcurra, hijo del fundador. Lo mismo sucedió con el diario *Madrid* cuya licencia fue

otorgada a Juan Pujol una semana después del fin de la Guerra Civil, por su apoyo desde el primer momento a los sublevados contra el Gobierno de la Segunda República. Franco le concedió, además, la maquinaria, las instalaciones y el edificio incautados al republicano *Heraldo de Madrid*. Juan Pujol, incondicional del régimen franquista, hizo un periódico que tuvo un gran éxito popular.

Cuando Pujol estaba viejo y enfermo, la familia vendió el periódico y lo adquirió un nuevo consejo de administración. Tras varios años de vacilaciones ideológicas, entre *falangistoides* y *monarquizantes*, y varios percances financieros que casi lo llevan a la ruina, se hicieron con el poder nuevos accionistas que, coincidiendo con la aparición de la «Ley Fraga», consiguieron nombrar, el 19 de julio de 1966, presidente del consejo de administración a Rafael Calvo Serer, cuya idea era hacer un *Madrid* independiente, en la línea de *Le Monde* o *Le Fígaro*. A partir de entonces impuso, no sin dificultades, y con la ayuda de Antonio Fontán como director y un renovado equipo de colaboradores y jóvenes redactores, un cambio ideológico hacia el reformismo.

Las circunstancias políticas habían radicalizado la línea periodística del *Madrid*, hasta el punto de convertirlo en una de las plataformas de la oposición. Los movimientos antifranquistas de intelectuales, políticos, sindicalistas, curas y estudiantes encontraban siempre un hueco en sus páginas donde informar de sus actividades. De hecho, era el único diario que se libraba de las hogueras, donde ardían el resto, cuando se organizaban las protestas estudiantiles. Y así acabó: con su cierre definitivo, aunque la voladura final y el paso del tiempo se encargaron de agrandar la leyenda.

Aún más legendarias fueron *Triunfo* y *Cuadernos para el Diálogo*, las revistas que, desde la legalidad, compartieron los combates periodísticos de aquellos años. Los partidos políticos de izquierda publicaban regularmente sus respectivos órganos oficiales; entre los más destacados, *Mundo obrero*, del PCE; *El Socialista*, del PSOE, y *Combate*, de los trotskistas de la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), que se imprimían en condiciones muy precarias, con grandes medidas de seguridad para burlar la vigilancia, y eran distribuidos de forma clandestina.

Triunfo representaba claramente la ideología de la izquierda, sin rodeos ni ambigüedades, y pagó por ello numerosas multas y sufrió varios secuestros. *Cuadernos para el Diálogo*, que se publicó desde 1963 hasta 1978, tenía, en un principio, la orientación democristiana de Joaquín Ruiz-Giménez, su fundador y presidente, pero también evolucionó desde el centro-izquierda hasta el socialismo. Reunió a prestigiosos colaboradores de todo el espectro político. Marcelino Camacho firmó diversos artículos en la revista. Como el resto de las publicaciones que defendían las reformas democráticas, fue represaliada en múltiples ocasiones, en pleno franquismo y, posteriormente, durante la transición democrática.

Los momentos más críticos sucedieron cuando Franco estaba decrepito, lo cual no le impidió dar el «enterado» para que se aplicase la sentencia de muerte con la que un

tribunal militar condenó al militante anarquista Salvador Puig Antich, ejecutado el 2 de marzo de 1974 mediante garrote vil. Cuando el jefe del Estado ya se encontraba enfermo, tampoco tuvo clemencia para los últimos condenados a muerte: tres militantes del Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP): José Humberto Baena Alonso, de veinticuatro años; José Luis Sánchez Bravo, de veintidós, y Ramón García Sanz, de veintisiete; y a otros dos militantes de ETA: Juan Paredes Manot, *Txiki*, de veintiún años, y Ángel Otaegui Etxebarria, de treinta y tres. Fueron fusilados un sábado, 27 de septiembre de 1975, dos meses antes de la muerte del dictador. No permitieron asistir a ningún familiar a las ejecuciones, en contra de lo que señalaba la ley respecto a la ejecución pública. Franco se negó a escuchar las peticiones de clemencia del papa Pablo VI, de la Conferencia Episcopal española presidida por el cardenal Vicente Enrique y Tarancón, del primer ministro sueco Olof Palme, del presidente de México Luis Echevarría, de su propio hermano Nicolás Franco y de diversas organizaciones proderechos humanos.

Los consejos de guerra sumarísimos, las condenas y las posteriores ejecuciones desencadenaron numerosas manifestaciones populares y protestas oficiales contra el régimen franquista a nivel internacional.

El corresponsal británico William Chislett describe así el momento de su detención junto a la de una serie de personalidades que quisieron denunciar los hechos con su presencia en Madrid:

Yves Montand, la estrella de cine francesa; Régis Debray, el intelectual de izquierdas; el escritor Michel Foucault y cuatro personas más vinieron a Madrid y mantuvieron una rueda de prensa en un hotel para protestar contra las condenas. Tan pronto hubieron comenzado, entró en la sala un grupo de policías de paisano y arrestaron a todos los presentes, incluyéndome a mí.

El presidente mexicano pidió la expulsión de España de Naciones Unidas. Los manifestantes asaltaron varias embajadas españolas en diversos países europeos y se boicotearon los productos españoles en Francia. Una docena de países retiraron a sus diplomáticos de Madrid. En el interior, se convocaron huelgas y manifestaciones, que fueron reprimidas, como era habitual, con métodos contundentes. En el País Vasco se llevó a cabo una huelga general. Y todo lo que se le ocurrió al Gobierno, paralizado ante la enfermedad de Franco y el acoso internacional, fue convocar una manifestación de «adhesión al Caudillo» en la plaza de Oriente de Madrid. Fue el 1 de octubre de 1975, la última aparición pública del dictador que, tembloroso y visiblemente deteriorado, se asomó al balcón del Palacio Real, acompañado del entonces príncipe Juan Carlos, para pronunciar, con una voz imperceptible, dificultad respiratoria y lágrimas en los ojos, un discurso surrealista, en el que culpaba de todo lo acontecido a «una conspiración masónica-izquierdista en contubernio con la subversión comunista-terrorista».

A raíz de la muerte de Franco, tras una larga agonía, aparecieron nuevas publicaciones con grandes expectativas de disfrutar de la incipiente libertad y, sin embargo, durante el mandato de Carlos Arias Navarro se desencadenó una oleada de represalias furibundas contra la prensa. La extrema derecha consideró que el Gobierno tenía un comportamiento demasiado tolerante respecto a la aplicación de la todavía vigente Ley de Prensa y, aunque no era cierto (como demuestran las amonestaciones y amenazas de suspensión contra las veteranas revistas *Triunfo*, *Cuadernos para el Diálogo*, otras más recientes como *Cambio 16* y *Doblón*, y el diario *El País*), el búnker franquista decidió tomarse la justicia por su mano.

La acción más violenta que se llevó a cabo fue contra el director del semanario *Doblón*, José Antonio Martínez Soler, que, dos meses después de la muerte de Franco, había publicado un exhaustivo reportaje, anunciado en la portada de la revista, con el título: «De Vega a Campano». En él, un tal Rafael Ibáñez (seudónimo utilizado para la ocasión por Martínez Soler) informaba de unos traslados irregulares de altos mandos moderados de la Guardia Civil. Pocos días después, el 2 de marzo, varios individuos armados, cubiertos con pasamontañas, le secuestraron a la salida de su casa, le condujeron en coche hasta un lugar recóndito de la Sierra de Guadarrama, le torturaron metódicamente y le sometieron a un simulacro de fusilamiento, para que revelara sus fuentes de información. El comando quería saber los nombres de los guardias civiles que habían sido sus confidentes. No lo lograron. Le dejaron en libertad a condición de que mantuviera silencio, porque si contaba algo de lo sucedido matarían a su mujer, a la que habían hecho un exhaustivo seguimiento. Martínez Soler se lo contó a su mujer y a su editor, y dio una versión escueta a un amigo fiscal, a un juez de guardia, al jefe superior de Policía y al director general de Seguridad. Pasó varios meses protegido, día y noche, por escoltas de la Guardia Civil y de la Brigada Antiterrorista de la Policía.

La noticia del secuestro del periodista y sus fotografías, con signos evidentes de tortura, tuvieron gran repercusión en la prensa internacional. La mayoría de sus colegas españoles se solidarizaron con él y enviaron una carta de protesta al presidente Arias Navarro, al vicepresidente segundo y ministro de la Gobernación, Fraga Iribarne, y al ministro de Información y Turismo, Martín Gamero, exigiendo la detención de los torturadores. Insisto en decir que fueron la mayoría, pero no todos, porque Televisión Española informó de una manera tendenciosa, dando a entender que el periodista había sido secuestrado y torturado por ETA.

Unas semanas después de aquel suceso, el 4 de mayo de 1976, se publicaba el primer número del diario *El País*, dirigido por Juan Luis Cebrián. Durante el golpe de Estado del 23-F, cuando Tejero y sus guardias civiles aún no habían abandonado el Congreso de los Diputados, fue el primer periódico que sacó a la calle una edición especial con el titular a toda página «*El País*, con la Constitución» y un llamamiento

a los ciudadanos para que se manifestasen en defensa de la democracia. A partir de ese momento se consolidó como el referente de la España democrática. Antes había sufrido también la persecución de la extrema derecha y un atentado con un paquete bomba que causó la muerte al conserje Antonio Fraguas. La acción terrorista fue atribuida a los ultras de la Triple A; lo mismo que habían atentado un mes antes contra el semanario satírico *El Popus*, donde también recibieron un paquete bomba que mató al conserje Juan Peñalver e hirió a diecisiete personas más.

Ojalá la recuperación de la memoria periodística sirva para valorar las dificultades a las que se enfrentaron los inequívocos defensores de la democracia durante la Transición. Y así comprender mejor los esfuerzos que se hicieron para superar unos obstáculos que en aquellos momentos parecían insalvables.

La agonía de la dictadura

«Se murió y lo enterraron». El testamento no se cumplió. Todo quedó mal atado. El yerno de Franco, a puñetazos. Hassan II le dio la puntilla. Marcel Camacho hace la mili en los calabozos

No quiere rememorar los detalles sobre la muerte de Franco. «Se murió y lo enterraron», dice Josefina Samper con desgana. Y es que la noche del 20 de noviembre de 1975, cuando le dieron la esperada noticia, ni siquiera pudo compartirla con Marcelino, porque su marido seguía en la cárcel.

Muchos españoles vivieron el acontecimiento con la alegría de la libertad contenida por ambiguos sentimientos de temor y esperanza. El fin de la dictadura produjo un silencio colectivo sobrecogedor. Muchos se preguntarán por qué la gente no salió a la calle a celebrar el inicio de una nueva época. Tal vez no las tenían todas consigo. Después de tantos años, no daban crédito a que la represión hubiera terminado con la muerte del dictador. Temían que todo siguiera atado y bien atado.

Los dos últimos años de la vida de Franco fueron un infierno para él, pero todavía más para el resto de los españoles. La situación de incertidumbre provocó tensiones entre la familia del jefe del Estado, entre los ministros del Gobierno, entre las autoridades eclesiásticas e incluso entre los miembros de la familia real. Todos ellos se emplearon a fondo para tomar posiciones en una España sin Franco, cuya salud era sumamente precaria.

Un año antes de su muerte, en julio de 1974, a los españoles se les informó de que el jefe del Estado se había trasladado a un centro hospitalario por las complicaciones sufridas a raíz de un proceso gripal. No era cierto. Una vez más se intentó ocultar la realidad. Vicente Gil, su médico de cabecera, decidió internarle a causa de una tromboflebitis con complicaciones que derivaron en una hemorragia gástrica. Padecía, además, la enfermedad de Parkinson. Ante la gravedad del enfermo, en estado inconsciente, el Gobierno decidió el traspaso de poderes al príncipe Juan Carlos, designado sucesor desde 1969. Lo aceptó en contra de los deseos de su padre, el conde de Barcelona, que no reconocería su derecho dinástico hasta la subida al trono, después de la muerte de Franco.

La decisión de dar el poder al Borbón, aunque fuera algo transitorio, provocó las iras del yerno, Cristóbal Martínez Bordiú, y de la hija, Carmencita Franco, que a partir de ese momento hicieron la vida imposible al doctor Vicente Gil. El

enfrentamiento entre el yerno y el doctor Gil se resolvió literalmente a puñetazos, a las puertas de la habitación donde estaba Franco y ante varios miembros del personal sanitario, que presenciaron atónitos aquella brutal pelea. El marqués de Villaverde prohibió la entrada del médico personal de su suegro y buscó un sustituto de su agrado, el doctor Vicente Pozuelo. Los dos médicos contaron con profusión de detalles su experiencia junto a Franco en sus respectivos libros de memorias.

También se creó un conflicto interno en la Casa Real de los Borbón. El conde de Barcelona aún no había renunciado a sus derechos sucesorios y le disgustó ver a su hijo como suplente de Franco. Las relaciones entre padre e hijo, en esos momentos, estaban muy deterioradas.

Lo mismo sucedió entre los distintos sectores de la Iglesia. Una parte de la conferencia episcopal, presidida por el cardenal Vicente Enrique y Tarancón, decidió tomar distancia del franquismo y marcar visiblemente la separación entre la Iglesia y el Estado, como se recomendaba desde el Vaticano. Otros siguieron vinculados al dictador hasta su muerte, como monseñor Marcelo González Martín, arzobispo de Toledo y cardenal primado de España, que pronunció la homilía ante el cadáver de Franco. Un mes y medio antes, el cardenal González Martín le había acompañado en el balcón del Palacio Real, durante su última aparición pública tras los fusilamientos de septiembre.

Para asombro de todos, el dictador se recuperó de la tromboflebitis e inmediatamente quiso asumir de nuevo el poder. Una de sus primeras decisiones fue unificar criterios en el Gobierno y cesar al ministro de Información y Turismo, Pío Cabanillas, el más aperturista del Gobierno, que había organizado una campaña de imagen de cara a las democracias de los países europeos para mostrar el rostro más amable del régimen español; pero esa cara nunca existió. Tras el cese de Cabanillas, demostrado ya el falso intento aperturista del presidente Arias Navarro, dimitieron varios altos cargos y el ministro de Hacienda, Barrera de Irimo. El régimen se enrocaba en posiciones cada vez más rígidas, mientras los seguidores del búnker coreaban la consigna: «¡No queremos apertura, solamente mano dura!».

La regresión provocó descontento y nuevas protestas, que a su vez eran reprimidas con la dureza que reclamaban desde las posiciones más extremistas. Al final del franquismo se sucedían los acontecimientos luctuosos. Aprovechando la confusión y la debilidad del régimen, el rey Hassan II de Marruecos decidió reclamar por la fuerza el territorio del Sahara, colonizado hasta entonces por España. El rey incitó a sus súbditos a emprender la denominada «Marcha Verde», una estratégica movilización de más de trescientos mil marroquíes desarmados, hombres, mujeres y niños, para invadir pacíficamente el territorio saharauí. Al Gobierno español la operación le pilló por sorpresa, intentó contener el avance de los civiles marroquíes minando la zona fronteriza, pero al cabo de una semana habían llegado hasta las alambradas que les separaban de los campos de minas, y se dio la orden de retirada de las tropas española para evitar una masacre. Se firmaron los acuerdos tripartitos de

Madrid con los gobiernos de Marruecos y Mauritania, por los que España, la potencia administradora, cedía una parte del territorio saharauí para repartirlo entre ambos países africanos. Fue una claudicación frente a Hassan II y una traición al pueblo saharauí, al que las Naciones Unidas habían reconocido su derecho a la autodeterminación. Una situación que, a día de hoy, sigue sin resolverse.

Según posteriores declaraciones de los médicos que le atendían, la Marcha Verde precipitó la muerte de Franco, aunque su decadencia física se había acelerado ya a raíz de un suceso anterior: los fusilamientos de septiembre. Cuentan que las presiones del papa pidiendo clemencia fueron la causa indirecta de su primer infarto coronario, que fue de la muerte *in extremis*. Señalo para su desgracia, porque vivió unas semanas más que fueron atroces, según explicaron los testigos de su terrible y prolongada agonía. Existen distintas versiones sobre si el hecho de mantenerle con vida fue un deseo de la familia, interesada en controlar mejor los pasos previstos para la sucesión. Los médicos lo niegan rotundamente. Murió, al fin, en la madrugada del 20 de noviembre de 1975.

—No es que no lo quiera recordar —me corrige Josefina— es que, como te decía, Marcelino seguía en la cárcel junto a centenares de presos políticos. Y no le aplicaban la redención de pena, como castigo por haber hecho la huelga de hambre a raíz de los fusilamientos de septiembre. Tampoco me dejaban comunicar con él ni llevarle paquetes. Estaba preocupada por su salud, aunque él me hacía llegar a través de los abogados que se encontraba bien, porque siempre trataba de quitarle importancia. Pero yo en esos días tenía una preocupación añadida. Mi hijo Marcel estaba haciendo la mili en Aranjuez, le habían castigado en el calabozo y un sargento, que estaba borracho, le obligó a aprenderse de memoria el último discurso de Franco. A Marcel le hicieron la vida imposible en el cuartel, pues le tenían vigilado y le castigaban continuamente por ser hijo de quien era. Por eso no estaba muy pendiente de las noticias que venían de El Pardo y del hospital de La Paz. Lo que yo quería es que aquello se acabase pronto y, una vez muerto Franco, que las autoridades garantizaran la seguridad de los presos y de los chicos que estaban en la mili, como el mío, porque nos temíamos que pasara cualquier cosa con la extrema derecha o los militares. Los abogados me decían que mantuviese la calma, porque el rey no tenía más remedio que dar un indulto a los presos políticos, pero yo estaba muy impaciente y aquellos días se me hicieron interminables.

La penúltima salida de prisión

La coronación del rey. Indulto para algunos condenados. Los iconos de la Transición: El Abrazo de Genovés y el jersey de Marcelino. En Roma, con Pasionaria

Antes de que Franco fuera enterrado en el Valle de los Caídos, el príncipe Juan Carlos leyó ante las Cortes su discurso de coronación. Los más perspicaces creyeron ver en sus palabras algunos indicios de su voluntad democrática. Las fuerzas de la izquierda desconfiaban de un rey, al que enseguida apodaron Juan Carlos el Breve, que asistió visiblemente afectado a los funerales de Franco y que, ante todos los procuradores franquistas, juró sobre la Biblia que iba a «cumplir y hacer cumplir las leyes Fundamentales del Reino y guardar y hacer guardar lealtad a los Principios Fundamentales del Movimiento Nacional». Poco después, celebró su coronación con una misa en la iglesia de los Jerónimos, donde el presidente de la Conferencia Episcopal, el cardenal Tarancón, pronunció una homilía en la que mencionaba los derechos humanos y las libertades, algo que indignó profundamente a los franquistas. Al cabo de los diez días, el 30 de noviembre, el rey firmó un indulto para unos cuatro mil presos, entre los que se encontraban los condenados por el Proceso 1001.

Desde primeras horas de la tarde, Josefina se encontraba en las puertas de la cárcel de Carabanchel, pero en aquella ocasión no hacía cola, como tantas otras veces, para ver a su marido tras las rejas. Iba acompañada de su cuñada Vicenta, de sus hijos Yenia y Marcel, de sus yernos, de sus consuegros y de un montón de compañeros, amigos y periodistas. Tuvieron que esperar mucho tiempo a que salieran los presos. Los primeros excarcelados fueron los comunes. Pero la orden de libertad para los políticos se retrasó hasta avanzadas horas de la noche, con el fin de evitar que se produjeran altercados o les recibieran con manifestaciones. La Policía y la Guardia Civil vigilaban a los familiares que estaban esperando y les obligaron a alejarse de la puerta. Tenían orden de disolver cualquier conato de manifestación. Había numerosos representantes de la prensa, la radio y la televisión extranjeras, y querían evitar a toda costa un altercado que ocupase al día siguiente los titulares de todo el mundo.

—¿Qué recuerdos tiene de aquel día?

—Llovía a cantaros y se nos empapó toda la ropa. No teníamos un sitio donde refugiarnos, porque yo quería estar en primera línea para recibir a Marcelino, que, por cierto, fue de los últimos en salir. Creo que él salió a las dos de la madrugada, con los demás compañeros del 1001. Fueron muchas emociones las de aquella noche. Cuando apareció por la puerta nos abrazamos muy fuerte. La gente le abrazaba y estaba muy contenta. Hubo montones de abrazos entre todos, como en el cuadro de Genovés.

Me enseña el famoso cartel de Amnistía Internacional que reproduce *El Abrazo*, la obra más representativa del pintor Juan Genovés. Aparece en la portada de este libro porque es el símbolo de la transición democrática, de la petición de amnistía, de la libertad de los presos políticos. La mujer de la derecha que aparece de espaldas con los brazos abiertos, como el resto de las figuras, guarda un enorme parecido con Josefina Samper. Dice que se lo confirmó el propio Genovés; que se había inspirado en ella.

Cuenta Genovés que los miembros de la Junta Democrática le pidieron que hiciera un cartel para exigir la libertad de los presos políticos. Se reunió con sus representantes en el estudio y se fijaron en *El Abrazo*, que ya estaba pintado. Cuando fueron a la imprenta para reproducir la imagen, detuvieron al artista y le encerraron durante una semana en los calabozos de la Puerta del Sol. La primera tirada de los carteles fue destruida y hasta que no llegó la democracia no se imprimieron más. Con la venta de aquellos carteles, cedidos por el artista a Amnistía Internacional, se ayudó a financiar el montaje de la sección española de la organización. Desde entonces se han hecho incontables reproducciones en numerosos países para pedir la libertad de sus presos políticos. Genovés dice que el cuadro ya no es suyo, porque considera que le pertenece a todo el mundo.

Años más tarde, realizó una versión escultórica de la obra, como homenaje a los abogados laboristas asesinados por la ultraderecha en la calle de Atocha. El cartel de *El Abrazo* estaba colgado en una de las paredes del despacho donde se perpetró la matanza. El cuadro se expone en la colección permanente del Museo Reina Sofía, y la escultura, en la madrileña plaza de Antón Martín.

—Teníamos la sensación —continúa recordando Josefina— de que aquello se acabaría para siempre y de que ya no iba a volver jamás a la cárcel. Pero nos equivocamos, porque le detuvieron una semana después.

—¿Llevaba Marcelino el famoso jersey que usted le hizo?

—Supongo que iba bien abrigado, porque hacía muy mal tiempo, pero no me acuerdo exactamente de la ropa que llevaba. Lo puedo mirar en las fotos. Tiene gracia, porque el famoso jersey de Marcelino no se lo hice yo.

—¡Menuda revelación! Todo el mundo pensaba que era usted la creadora.

—Verás... yo le hice muchos jerséis a él y a otros presos, porque me dedicaba a

tejerlos para ganar un poco de dinero, aunque a los presos, como es natural, se los hacía gratis. En las cárceles el frío era insoportable y Marcelino cogía muchas bronquitis. Estuvo enfermo montones de veces porque en Carabanchel hasta en pleno verano pasaban frío y había siempre humedad. Así que decidí que le iba a tejer uno con el cuello muy alto y una cremallera para que se tapase hasta la nariz. Ya he contado alguna vez que el famoso «jersey Marcelino», ese que conoce todo el mundo, empecé a tejerlo yo, pero lo terminó la hija de una amiga, Rocío Fernández. Esta amiga tenía una tricotosa y me dijo: «Si tienes prisa para llevárselo a tu marido, le doy el jersey a mi hija y te lo termina esta noche». Fue el único que no le hice yo, y cuando se lo llevé a la cárcel, Marcelino se quedó asombrado, pensó que no había dormido en toda la noche para terminarlo. Bueno, son tonterías... anécdotas sin importancia.

El «marcelino», sin embargo, es más que una anécdota. Se convirtió en un icono, quizá más local, pero también más nuestro, que el *langoti* (taparrabos) que llevaba Mahatma Gandhi como única vestimenta, o la túnica azafrán del Dalai Lama o la boina con la estrella roja del Che. Y como tal símbolo se puso de moda.

—Todo el mundo me pedía que le hiciera uno igual. Hasta vinieron a mi casa para ofrecermelo que lo patentara. Y yo les dije lo mismo que con las alpargatas de esparto... que yo no patento nada. Salió una fábrica por ahí que los hacía en plan industrial y no me pidieron permiso. Pero yo me alegré, porque bienvenido sea todo lo que crea puestos de trabajo.

Al día siguiente de la liberación de los condenados en el Proceso 1001 ya se habían organizado numerosas manifestaciones para pedir amnistía y libertad para los políticos que aún seguían presos. Los grises disolvieron violentamente a los manifestantes agrupados en el exterior de la prisión de Carabanchel. Marcelino Camacho, que fue testigo del mal trato que daban a unos manifestantes, llamó la atención a un par de guardias, que, al reconocerle, le detuvieron y se lo llevaron esposado a los calabozos de la Puerta del Sol, donde pasó tres días. Así que la libertad, como cuenta Josefina, le duró solamente una semana. Cuando salió a la calle, para quitarse de la circulación y tener un poco de tranquilidad, se fueron a Francia a pasar las Navidades con la familia de Josefina, ocasión que Marcelino aprovechó para asistir en París, como representante de CCOO, a una reunión de la Junta Democrática.

Ya en Madrid, los representantes de la nueva Coordinación Democrática, la citada Platajunta, convocaron una rueda de prensa en el despacho que García Trevijano tenía en el paseo de la Castellana, para dar a conocer un comunicado. Policías de la secreta camuflados por las inmediaciones fueron deteniendo a todos los participantes.

Era 29 de marzo de 1976 y Camacho, una vez más, se encontraba esposado frente a Yagüe y Delso, en la Dirección General de Seguridad. De los calabozos de Sol, Marcelino pasó a las celdas de Carabanchel. Nuevamente procesado por el Tribunal de Orden Público, a los cien días de la proclamación de la Monarquía.

Ante las preguntas del corresponsal de *Le Monde*, referidas a la pésima impresión que había causado internacionalmente la detención de Marcelino Camacho, el portavoz del Gobierno, Fraga Iribarne, le respondió:

Cumplía una pena que era de larga duración, la del 1001, fue agraciado en virtud de la amnistía general decretada por el rey cuando accedió al trono. Pero entonces se puso a hacer provocación y a mezclarse con todas las formas de agitación, a hacer todo lo posible para que las huelgas tomen un carácter de delito político. Llegó a tal punto que se le detuvo.

Una peculiar manera de subjetivar los hechos. El rey se había limitado a decretar un indulto, por lo tanto, la amnistía no era tal, y Camacho estaba muy lejos, en aquel momento, de ser un agitador o un provocador; en todo caso, lo era en la misma medida que el resto de las fuerzas de la oposición democrática.

Unos días más tarde, en una encuesta realizada por la revista *Actualidad Económica*, Marcelino Camacho aparecía como uno de los «25 políticos para el futuro». Los organizadores del acto convocado para celebrar tal proclamación excusaron su asistencia por razones obvias. Siguió en la cárcel hasta el 27 de mayo, cuando obtuvo la libertad condicional.

Todavía quedaba mucho por hacer hasta llegar a la legalización de los partidos políticos y organizaciones sindicales; la amnistía total para los presos políticos y el libre retorno de los exiliados; el pleno ejercicio de las libertades de expresión, reunión, asociación y manifestación; la derogación de las leyes represivas y la supresión del Tribunal de Orden Público; la supresión del Movimiento Nacional y la convocatoria de elecciones libres.

Los Camacho viajaron a Roma en julio de 1976, porque Marcelino tenía que asistir al pleno del Comité Central del Partido Comunista, y allí Josefina se encontró por primera vez con Dolores Ibarruri.

—Marcelino conoció a Pasionaria durante la Guerra Civil, pero yo era la primera vez que la veía en persona. Me impresionó tenerla delante. Era una mujer imponente. Luego nos encontramos en España varias veces. Entre todas las compañeras montamos un taller de costura para hacer vestidos y contribuir a los gastos del sindicato, pero no sacamos ni para pagar el alquiler del local, así que al cabo de un año tuvimos que cerrar. Ella iba por allí de vez en cuando. Le quisimos hacer ropa nueva, porque estábamos hartas de verla con la misma de siempre. Le cosimos un par

de blusas y de faldas para que cambiara un poquito de aspecto, pero se negó; nos dijo que a ella solo le gustaba ir de negro.

Desde España, la prensa tardofranquista criticó duramente a los Camacho por su doble militancia, política y sindical. Eso demostraba, para sus detractores, que Comisiones Obreras no era más que la correa de transmisión del Partido Comunista de España. A Marcelino le indignaba esa manipulación interesada, pues no solo tenía una dedicación plena al sindicato, sino que tuvo oportunidad de demostrar en varias ocasiones su independencia respecto a la dirección del PCE. Fue a Roma, fundamentalmente, a plantear la lucha que desarrollaban para alcanzar la libertad sindical y la situación socioeconómica en la que se encontraba España tras la muerte de Franco. En aquel Comité Central se trató sobre la necesidad de que tanto el PCE como Comisiones Obreras fueran legalizados, pues sin ellos no habría una transición real a la democracia.

El miedo a los poderes fácticos

De Vitoria a Montejurra. El suicidio de los franquistas. La Iglesia y los militares. La extrema derecha siembra el pánico. Los terroristas de ETA y GRAPO. Detienen a Carrillo con la peluca. La matanza de los abogados de Atocha

A lo largo de 1976 se produjeron una serie de sucesos trágicos que estuvieron a punto de dinamitar la precaria transición democrática. El rey Juan Carlos mantuvo al frente del Gobierno a Carlos Arias Navarro confiando en que asumiría las reformas necesarias, pero las esperanzas pronto se desvanecieron. Arias solo era un continuador del franquismo y la sociedad reclamaba un cambio urgente. Las fuerzas democráticas, todavía ilegales, organizaron huelgas, manifestaciones contra un Gobierno que, no solo se negaba a escuchar las reivindicaciones, sino que reprimía violentamente las protestas.

El conflicto más grave tuvo lugar en Vitoria. Los trabajadores llevaban dos meses en paro y habían convocado una huelga general para el 3 de marzo. Ese mismo día, en el transcurso de una manifestación, tuvieron un enfrentamiento con la Policía que respondió con fuego real y mató a cuatro trabajadores. Con tan luctuoso motivo y como toda explicación, Fraga, ministro de la Gobernación, pronunció la histórica frase de «La calle es mía». Vitoria se llenó de barricadas y organizó una impresionante manifestación para despedir a los trabajadores muertos.

Dos meses después, elementos carlistas de la ultraderecha, agrupados en torno a Sixto de Borbón, abrieron fuego contra los seguidores izquierdistas de su hermano Carlos Hugo, en la romería que realizaban anualmente al monasterio de Irache, en el monte navarro de Montejurra. Fueron asesinados dos seguidores de Carlos Hugo, cuyo partido formaba parte de la Junta Democrática y, aunque nadie reivindicó la acción, los culpables (neofascistas italianos y Guerrilleros de Cristo Rey) fueron identificados y detenidos. A Sixto de Borbón lo expulsaron de España. En este caso, Fraga tampoco estuvo muy afortunado al declarar que los incidentes no eran más que «una pelea entre hermanos». Un año después, los acusados, sin haber sido juzgados, se beneficiaron de la Ley de Amnistía y quedaron en libertad.

El Gobierno se vio completamente desbordado por la conflictividad social, política y laboral. La incompetencia de Carlos Arias iba en aumento y, a pesar de su

resistencia, el rey, tras mantener con él una tensa reunión, le obligó a dimitir el 1 de julio, al tiempo que le concedía un título nobiliario como premio de consolación.

Todo estaba previsto para que el elegido de una terna, Adolfo Suárez, jurase su cargo el 4 de julio como nuevo presidente. Su nombramiento fue mal recibido por la mayoría. La extrema derecha le consideraba un traidor y la izquierda, un franquista. Fraga y Areilza se negaron a formar parte del Gobierno para manifestar su desaprobación y su absoluto desdén hacia el nuevo presidente. A Suárez no parecía importarle demasiado su rechazo, pues contaba con el apoyo necesario para poner en marcha su ambicioso proyecto político: transformar, pacíficamente, un régimen dictatorial en una democracia.

Era la primera vez que se intentaba semejante experimento. Se puso enseguida manos a la obra. Presentó su proyecto de reformas y logró algo insólito: que las Cortes franquistas aprobaran la Ley para la Reforma Política, que suponía su suicidio o autoinmolación. Nadie sabe bien cómo se logró un resultado tan prodigioso.

Medio año después, se convocaban las primeras elecciones democráticas. El proceso de transición tuvo que superar enormes dificultades para llegar al 15 de junio de 1977, primera cita electoral de los españoles con las urnas. Fueron seis meses decisivos en los que se legalizaron los sindicatos y todos los partidos políticos, incluido el comunista, en contra de la voluntad de los influyentes residuos franquistas y del poder fáctico de los militares. Los terroristas de ultraderecha y de extrema izquierda compartieron un objetivo común: aterrorizar a la población para impedir que España se convirtiera en una democracia.

Desde la muerte de Franco y hasta principios de los años ochenta, las organizaciones de extrema derecha actuaron con una violencia sanguinaria. Estaban integradas por bandas neofascistas, que fueron cambiando de nombre y de siglas en acciones sucesivas: Batallón Vasco Español, Alianza Apostólica Anticomunista o Triple A, Grupos Armados Españoles, Guerrilleros de Cristo Rey, Comandos Antimarxistas...

Otros grupos terroristas, de ideología opuesta, también contribuyeron a sembrar el pánico. ETA acabó con la vida de veintiocho personas durante 1977. La mayoría de los españoles vivieron consternados el mes de enero de aquel año. Los GRAPO, organización que se autodenominaba marxista-leninista, asesinaron a dos guardias civiles y a un policía nacional. Cuando se realizó el primer referéndum sobre la Ley para la Reforma Política, la organización todavía mantenía secuestrados a dos notables representantes del régimen: José María de Oriol, miembro del Consejo del Reino y presidente del Consejo de Estado, y al teniente general Emilio Villaescusa, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar. El objetivo de los secuestros, según los terroristas, era la inmediata aplicación de una amnistía general. También lo exigían, pero mediante métodos pacíficos, las organizaciones democráticas. Antes de que consiguieran su objetivo se produjeron una serie de atentados que tenían aterrorizada a la población. Los fanáticos enemigos de la democracia estaban

empeñados en provocar una ruptura política para volver al régimen dictatorial; a un imposible franquismo sin Franco.

El 27 de noviembre de 1976, durante una manifestación, el estudiante Carlos González murió de un disparo. Nadie reivindicó su muerte, pero fue atribuida a grupos paramilitares ultraderechistas. En medio de los disturbios, siempre aparecían individuos de paisano armados con objetos contundentes que atacaban a los manifestantes. El 23 de enero, los Guerrilleros de Cristo Rey asesinaron en plena calle a Arturo Ruiz, estudiante de diecinueve años que se manifestaba a favor de la amnistía. Un argentino mafioso y ultraderechista, llamado Cesarky, fue detenido como sospechoso de asesinato. Al día siguiente, murió de una herida en la cabeza, esta vez producida por un bote de humo de la Policía, María Luz Nájera, otra estudiante de Sociología que protestaba por el asesinato de su compañero.

El país vivía conmocionado en medio de tanta violencia política. Más preocupante aún que los sucesos de Vitoria y Montejurra, que los asesinatos de estudiantes, que el secuestro de Oriol y Villaescusa, fue la matanza de Atocha. En la noche del 24 de enero, tres pistoleros vinculados a la ultraderecha llevaron a cabo el sangriento atentado contra los abogados del despacho del número 55 de la calle de Atocha. Abrieron fuego indiscriminadamente contra las personas que participaban en una reunión y de las heridas recibidas murieron en el acto los laboristas Enrique Valdevira, Luis Javier Benavides y Francisco Javier Sauquillo, el estudiante de derecho Serafín Holgado y el administrativo Ángel Rodríguez. Y fueron heridos de gravedad Miguel Sarabia, Alejandro Ruiz-Huerta, Luis Ramos Pardo y Dolores González Ruiz, casada con Sauquillo, que con anterioridad había sido novia de Enrique Ruano, el estudiante de Derecho y militante antifranquista asesinado por la Policía en 1969.

Los terroristas querían matar al dirigente del Sindicato de Transportes de CCOO, Joaquín Navarro, por haber contribuido a desarticular una mafia franquista que controlaba el sector. Había salido un poco antes, y al no encontrarlo, decidieron matar a los que estaban en el despacho.

La matanza causó una tremenda conmoción. El decano del Colegio de Abogados, Antonio Pedrol, convenció al Gobierno para que permitiese rendir un homenaje a las víctimas, cuya capilla ardiente fue instalada en la sede de dicho Colegio. Al entierro asistieron más de cien mil personas, en un silencio impresionante. Era la primera manifestación multitudinaria de la izquierda que se realizaba en España con la autorización del Gobierno, desde la muerte de Franco. Cuentan que el rey sobrevoló la zona en helicóptero para ver con sus propios ojos la impresionante demostración de duelo.

Santiago Carrillo, secretario general del ilegal Partido Comunista, que había entrado en España clandestinamente en febrero de 1976, hizo un turno de guardia ante los féretros y participó en el inicio del desfile que precedió al entierro. Fue reconocido por los asistentes, incluidos los policías y las fuerzas de seguridad, pero

tenían orden de no detenerle. Carrillo, previamente, había dado instrucciones a los militantes del PCE para que acudieran en masa, desfilaran en silencio y resistieran pacíficamente cualquier provocación. El servicio de orden fue tan eficaz que no se produjo ni un solo incidente. Varios periódicos señalaron la extraordinaria responsabilidad de los manifestantes.

—Seguro que todavía te estremece recordarlo —le comento a Josefina, mientras repasamos las fotografías de aquellos días.

—¡Cómo no me voy a acordar, si hacía diez minutos que había salido mi hijo del despacho! ¡Cómo no me voy a acordar! —repite—. Había participado en una reunión tras la que salieron unos cuantos para dar paso a los siguientes, que fueron a los que mataron. Yo no sabía nada en el momento de la matanza. Estaba esperando a Marcel. Apareció a las tres y, como le vi con mala cara, le pregunté. «Pero hijo, ¿ha pasado algo? ¿Por qué vienes tan tarde a comer?». Y, para tranquilizarme, me contestó que no había tenido ningún problema. Fue espantoso. Una venganza inútil. Lo único que lograron fue quitar la vida a unas buenas personas y destrozar a sus familias. Yo lo sentí enormemente, porque los abogados laboristas siempre se portaron maravillosamente con nosotros. Tampoco me olvido, ni un solo instante, de nuestros abogados María Luisa Suárez y Joaquín Ruiz-Giménez, que se merecen los dos un monumento.

Los Camacho conocían personalmente a los abogados asesinados, porque habían realizado numerosas reuniones en aquel despacho y, además, se encargaron de muchos asuntos legales que Marcelino les enviaba periódicamente desde la cárcel.

Durante los días siguientes al entierro se produjeron protestas y huelgas en todo el país. Comunistas y sindicalistas, todavía no legalizados, salieron abiertamente a la calle sin que la Policía actuase contra ellos.

Los asesinos se creían tan seguros que no huyeron de España, y pocos días después de cometer el crimen fueron detenidos por la Policía Armada. En el juicio posterior, se condenó a los acusados a más de cuatrocientos años de cárcel. Fueron declarados autores materiales de los hechos José Fernández Cerrá, Carlos García Juliá y Fernando Lerdo de Tejada, y Francisco Albadalejo como autor intelectual. También fueron detenidos varios cómplices ultraderechistas por suministrar las armas con las que cometieron la matanza, y tuvieron que declarar ante el juez conocidos dirigentes de la extrema derecha, como Blas Piñar, líder de Fuerza Nueva, y Mariano Sánchez Covisa, de los Guerrilleros de Cristo Rey.

Era la primera vez que la Audiencia Nacional juzgaba y condenaba a elementos de la extrema derecha, señalados en la sentencia como un grupo «defensor de una ideología política radicalizada y totalitaria, disconforme con el cambio institucional que se estaba operando en España».

Legalización del PCE y de CCOO

El Sábado Santo Rojo. El PCE y CCOO, al fin son legales. Regresan las figuras del exilio. Pasionaria y Alberti, en la sesión de apertura de las Cortes. Marcelino Camacho es elegido diputado. La normalidad democrática

La espantosa matanza de los abogados laboristas de Atocha y las posteriores movilizaciones fueron una de las causas que aceleraron la legalización de Comisiones Obreras y del Partido Comunista de España. El resto de las centrales sindicales y de los partidos políticos habían sido legalizados con anterioridad.

Desde el exilio, Santiago Carrillo le había comunicado a Suárez, a través de intermediarios, sus deseos de regresar a España; si no le daba un pasaporte legal, volvería clandestinamente y daría una rueda de prensa con los corresponsales extranjeros para forzar la situación. Y así lo hizo. Pasó varios meses en una extraña situación de clandestinidad; entraba y salía de España con documentación falsa. La Policía estaba al corriente de sus andanzas. Todo el mundo sabía que vivía en Madrid, pero el Gobierno hizo la vista gorda hasta que, en diciembre de 1976, Carrillo celebró la anunciada rueda de prensa, echándole un órdago a Suárez, para que decidiera de una vez sobre su extraño estado semilegal. Era la situación habitual en la España de aquellos días. A primeros de diciembre se celebraba en Madrid el primer congreso «legal» del PSOE que, aunque resulte paradójico, todavía no estaba reconocido «legalmente».

Tanto los militantes del PCE como los de Comisiones habían organizado la semana anterior unas jornadas de propaganda. Se celebraron asambleas en los barrios, donde se vendía *Mundo obrero* y se repartían carnés abiertamente. La Policía detuvo de manera arbitraria a unos cuantos militantes. El abogado José Mario Armero, intermediario entre Suárez y Carrillo, había enviado un mensaje a este último confirmando que el Gobierno sería tolerante con el PCE, a cambio de que no se hicieran demasiado visibles. Carrillo pensó que era el momento de dar un paso adelante para obligar al Ejecutivo a actuar en un sentido o en otro. El partido organizó una rueda de prensa en Madrid a la que acudieron setenta periodistas, entre españoles y extranjeros, que no sabían exactamente el motivo de la convocatoria. Se sorprendieron ante la presencia de Carrillo que, después de leer un comunicado, permaneció dos horas contestando a sus preguntas. En vista de la enorme repercusión que tuvo la noticia, el Consejo de Ministros se interrumpió para decidir sobre su

detención.

El 22 de diciembre, la Policía rodeó la casa donde se había reunido el secretario general del PCE con el resto de sus dirigentes. Al término de la reunión, Carrillo fue detenido, al asomar por el portal. Llevaba la famosa peluca (confeccionada especialmente para la ocasión por el peluquero de Picasso) que le había proporcionado el abogado Teodulfo Lagunero cuando, camuflado en su Mercedes, pasó clandestinamente la frontera, por primera vez, el 7 de febrero de 1976, después de treinta y siete años de exilio.

Al ser detenido, Carrillo se quitó la peluca, dijo: «Tengan, ya no la necesito», y se la regaló a los inspectores, que le trataron con absoluta corrección y le trasladaron a la Dirección General de Seguridad. Desde que se supo la noticia, se organizaron inmediatamente importantes actos de protesta en España y en muchas capitales europeas, pidiendo la inmediata liberación del dirigente comunista. Pasó unos días en Carabanchel, y el 30 de diciembre le llegó la orden de libertad. En enero se reanudaron los contactos con el Gobierno.

Santiago Carrillo cuenta los motivos que el presidente Adolfo Suárez tenía para ir posponiendo la legalización del PCE. Lo hablaron durante el primer encuentro que mantuvieron ambos en casa del abogado José Mario Armero, buen amigo de Teodulfo Lagunero:

Él [Adolfo Suárez] insistió en las grandes dificultades que encontraba a su derecha, aludiendo especialmente a la actitud del Ejército; en muchos de los mandos de este había la mentalidad de que en la guerra habían derrotado al «comunismo» y consideraban la legalización del PCE como una revancha de la historia que se resistían a aceptar; pasaban por la legalización de los socialistas y hasta de los nacionalistas, pero se resistían a la de los comunistas.

A partir de dicha reunión, celebrada el 28 de febrero, Carrillo empezó a creer en las buenas intenciones de Suárez y el presidente se dio cuenta de que la legalización de un partido que había sido decisivo en la lucha antifranquista era imprescindible para finalizar con éxito la transición democrática. Desde sus respectivas responsabilidades se comprometieron a colaborar para que se celebraran unas elecciones impecables desde el punto de vista democrático. Los dos cumplieron la promesa. Ambos se enfrentaron a no pocas dificultades y obstáculos: Suárez para llevar a buen término la legalización del PCE, y Carrillo para aceptar la bandera nacional y a Juan Carlos I como jefe del Estado.

Mientras el Gobierno mantenía diversos encuentros secretos con los líderes de la oposición, la Policía había logrado liberar en febrero a Oriol y Villaescusa, los dos secuestrados por los GRAPO. En medio de grandes tensiones, el 17 de marzo, Suárez promulgaba el decreto de amnistía para todos los presos políticos. Comisiones Obreras todavía tuvo que esperar un tiempo, porque los sindicatos fueron las últimas

organizaciones en ser declaradas legales.

Para la legalización del PCE se decidió esperar hasta el sábado de Semana Santa, una fiesta de total inactividad en aquella época, en la que la mayoría de la oposición y los militares se tomaban un descanso. Suárez eligió aquel 9 de abril para amortiguar las reacciones que provocaría tal iniciativa. Lo hizo por sorpresa, pero no a traición, porque había informado de sus intenciones solo a quienes debían saberlo. La fecha quedó grabada para siempre como el «Sábado Santo Rojo». Santiago Carrillo esperaba la confirmación en la casa de Teodulfo Lagunero, en Cannes, y, nada más conocer la noticia, se fue al aeropuerto para regresar a Madrid. Era un día histórico para la democracia. Muchos militantes antifranquistas se habían dejado la vida para alcanzar ese objetivo.

Aunque el gran rechazo que produjo la legalización del PC entre los militares hacía presagiar graves conflictos, la sangre no llegó al río. La protesta causó gran impacto entre un sector del Gobierno. El ministro de Marina, el almirante Pita da Veiga, veterano militar franquista, mostró su rechazo y dimitió. Al día siguiente *El País* titulaba: «Repulsa general de todas las unidades (del Ejército) por la legalización del PCE».

El 14 de abril, aniversario de la República, se celebraba el pleno del Comité Central del Partido Comunista, el primero en la legalidad en España desde 1938. Y Carrillo aprovechó la ocasión para cumplir su promesa de apoyar la Monarquía y renunciar a la bandera republicana. Aceptar la bandera bicolor, roja y amarilla, fue un golpe de efecto, incomprendido por muchos militantes que, sin embargo, lo asumieron con disciplina. Suárez, por su parte, hizo desaparecer el gigantesco símbolo falangista del yugo y las flechas que ocupaba toda la fachada de la Secretaría General del Movimiento, un edificio situado en plena calle de Alcalá, y dio la orden de eliminar aquel emblema también del resto de los organismos oficiales del país.

El 13 de mayo, procedente de Moscú, llegó la presidenta del PCE, Dolores Ibarruri, *Pasionaria*, para participar en las primeras elecciones libres que el Gobierno convocó para el 15 de junio. La primera campaña electoral fue emocionante, y los españoles parecían haber perdido el miedo a los poderes fácticos. Los mítines eran multitudinarios. El PCE, con la bandera española bien visible, llenaba estadios, polideportivos y plazas de toros.

En Comisiones Obreras eran conscientes de que los trabajadores y el movimiento sindical tenían que estar presentes en las Cortes que iban a elaborar una constitución democrática. España, además, atravesaba una grave crisis económica y se necesitaba una nueva legislación que protegiese los derechos de los obreros. La comisión permanente de CCOO dio libertad a todos los miembros del sindicato para que participaran en las elecciones, con el partido que les pareciera más próximo a sus ideas. En el segundo puesto de sus listas por Madrid del PCE, tras el secretario general Santiago Carrillo, aparecía por méritos propios el nombre de Marcelino Camacho.

La mañana del 15 de junio, Josefina y su marido madrugaron para votar en el recién abierto colegio electoral, y por la noche se fueron a la sede del partido a esperar los resultados. Ganó las elecciones, con más de un 34 por 100 de los votos, Unión de Centro Democrático, la coalición liderada por Suárez. El PSOE quedó en segundo lugar, con casi un 30 por 100. Y al PCE, que se convirtió en la tercera fuerza política parlamentaria, le votó casi un 10 por 100, porcentaje con el que consiguió veinte escaños, cuatro más que la derecha liderada por Fraga, que se presentaba con las siglas de Alianza Popular. Entre sus diputados más emblemáticos, Rafael Alberti y Dolores Ibarruri, que presidieron la mesa de edad en la sesión solemne de apertura de las Cortes celebrada el 13 de julio de 1977. Una de las imágenes más representativas del comienzo de la Transición.

Y, por supuesto, Marcelino Camacho, que cuando recibió el acta de diputado tuvo la sensación de ser «un espectro huido de las cárceles y refugiado en el Palacio de las Cortes», como escribió en sus memorias. Y aunque aquel espectro no quería permanecer mucho tiempo sentado en el escaño, su trabajo político fue decisivo en la elaboración de las leyes que garantizaban los derechos de los trabajadores. Dimitió como diputado porque no estuvo de acuerdo con las normas laborales que aprobó el Parlamento con el apoyo del Partido Comunista de España. A partir de entonces, se dedicó plenamente a su trabajo como sindicalista. Camacho fue reelegido por mayoría en los cuatro primeros congresos de Comisiones Obreras. En 1987 fue sustituido en el cargo de secretario general por Antonio Gutiérrez, y pasó a ocupar el puesto honorífico de presidente. Hasta su muerte, continuó siendo militante del PCE e integrante de su Comité Federal, y conservó como oro en paño su carné de miembro n.º 1 de CCOO.

Siempre le quedó una clara sensación de que los trabajadores fueron los que pagaron un precio más alto en la lucha por la democracia.

Y más aún quienes, forzados primero a exiliarse, decidieron arriesgar su vida y volver a España para luchar desde el interior. Pero eso forma parte de otra historia. La que acabo de contar solo pretende ser, como dijo en su día Marcelino Camacho, «un recuerdo-homenaje a los trabajadores asesinados, encarcelados y represaliados por su lucha por la libertad sindical, las libertades democráticas y nacionales, por sus derechos e intereses de clase».

EPÍLOGO

Nadie pudo con ellos. Es una conclusión elemental, pero cargada de significado. He recorrido una parte de la vida de Marcelino Camacho y la época más difícil que le tocó vivir, de la mano de Josefina Samper, ochenta y cuatro años, su compañera, su esposa, la madre de sus hijos, luchadora incansable por la libertad. A través de sus sentimientos, expresados de forma humilde, enérgica y rotunda, doy por satisfechas muchas de mis curiosidades iniciales. Espero que también las del lector.

¿Qué les sucede a las personas acostumbradas a llevar una doble vida, a contar mentiras vitales, a inventar estratagemas para ocultar o justificar sus actos ante su perseguidor, en este caso, un poderoso enemigo político? ¿Cómo influye en su mentalidad el hecho de sentirse durante tantos años vigilados, investigados, amenazados? ¿Por qué se mantienen firmes, tenaces e invulnerables y, en la mayoría de casos, si no acaban con ellos violentamente, sobreviven durante largos años contra viento y marea? Marcelino Camacho llegó a los noventa y dos años después de vivir en condiciones de extrema dureza y arrastrar una salud precaria durante toda su vida. Nos quedan aún muchos luchadores resistentes y longevos, tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres.

Hace falta una especial fortaleza para construir la propia vida. Los pensadores antiguos decían que la fortaleza tiene dos componentes: la valentía, que es el valor del comienzo, del lanzarse, del atreverse, y la resistencia, que es la virtud de la continuación, la que ayuda a soportar el desgaste producido por el tiempo. Platón ya distinguía entre el coraje de emprender y el coraje de perseverar en la obra emprendida. Esa constancia es lo que llamamos fidelidad; una actitud menos espectacular y más callada, que se enfrenta a dos enemigos peligrosos y difíciles de vencer: el peligro y el cansancio.

«Ni nos domaron, ni nos doblegaron, ni nos van a domesticar». Ésa fue la respuesta de Camacho a los años de cárcel y hostigamiento. ¿Cuál es el secreto de esa fortaleza que tienen algunos hombres y mujeres? Ojalá conociera la respuesta. Los psicólogos hablan de resiliencia, la capacidad de soportar los embates de la fortuna y reponerse con rapidez, pero dicha característica psicológica no lo explica todo. Es cierto que puede haber una especie de tozudez en no abandonar, de amor propio, de impulso ciego. Sartre decía: «A los once años ya sabes si te someterás o te rebelarás». Pero tiene que haber algo más. La resistencia obedece a una vocación de dignidad, que es siempre una vocación de libertad. Por eso «resistencia» y «dignidad» son dos palabras que se apoyan mutuamente y que, unidas, sirven como lema vital: «Resistencia y dignidad».

Esa firmeza está tejida a base de una humilde sucesión de actos minúsculos de valor. Marcelino Camacho, como todos los que lucharon en la clandestinidad, vivió una situación de amenaza permanente; todos ellos tuvieron que adquirir hábitos de precaución, vivir una doble vida. La palabra «clandestino» fue durante mucho tiempo

una cualidad sospechosa, que significaba «lo que se hace a espaldas de la ley». Se convirtió en un término positivo cuando los partisanos, guerrilleros y maquis se agruparon para combatir heroicamente contra el nazismo, el fascismo y el franquismo.

La resistencia adquirió tintes de leyenda, porque entre sus filas se infiltraron personajes literarios y cinematográficos, los llamados *emotion seeker*, que buscaban la excitación del riesgo. Pero nuestros resistentes obreros no eran «buscadores de emociones», sino luchadores cabales que convivían con el miedo, sin disfrutar de la excepcionalidad del aventurero.

Vivían tiempos de apodos, de escondites, de precauciones. Lo narra con precisión poética José Antonio Labordeta, que participó en la lucha antifranquista desde su condición de profesor, artista e intelectual:

Éste ha sido el itinerario de la mayoría de las gentes que anduvimos por este país desde mediados de los años treinta hasta mediados de 2010. Nacimos bajo la desastrosa situación de un grito a lo Genovés y seguimos en esa misma situación setenta años después, creyendo que todo iba a ir mejor y sin darnos cuenta de que la clandestinidad fue nuestro estado natural.

Y describe cómo sobrevivieron a duras penas los vencidos, escondiéndose en los lavabos de los cines antes de la proyección del NO-DO (Noticiero y Documentales Cinematográficos) para liberarse de la penosa obligación de cantar el *Cara al sol*, el himno de los vencedores de la guerra. Desarrollaron ciertas destrezas. Escabullirse, evadirse, soñar... Pasar de mano en mano los libros prohibidos y organizar lecturas clandestinas con los de Alberti, Lorca, Vallejo, Hernández... y el resto de los poetas perseguidos. Miradas huidizas y el desasosiego que provoca la constante necesidad de disimular que estás en contra de la impostura.

Con el paso del tiempo, los militantes comprometidos de la clase obrera vivieron en una difícil clandestinidad visible, incierta legalidad ilegal, en la que fueron ejerciendo una peculiar lucha no violenta. Los de las primitivas comisiones obreras fueron infiltrando su sindicato en los sindicatos oficiales y lograron vencer en la carrera contra el tiempo.

Añade interés y complejidad a la figura de Camacho el hecho de que fuera un organizador, un dirigente, un líder. Hay líderes decentes e indecentes. Los indecentes se aprovechan de la energía de los demás. Los decentes aumentan sus posibilidades, despiertan el ánimo, suscitan un cierto optimismo, son capaces de inventar la esperanza y de movilizar a los inmóviles.

«La tarea fundamental del líder es despertar los sentimientos positivos de sus subordinados, es decir, producir el clima emocional positivo indispensable para movilizar lo mejor del ser humano. La tarea fundamental del liderazgo es emocional», dice Daniel Goleman. Pero en cada momento debe fomentar emociones

distintas: unas veces la indignación, otras el entusiasmo, y siempre, más aún en tiempos difíciles, la confianza. Hay un liderazgo basado en el convencimiento, en la argumentación, en la confianza, y también existen otros tipos de liderazgos carismáticos. Los dos provocan sentimientos. El primero es muy útil en momentos de miedo o turbación; otorga a sus seguidores un efecto de calma, de seguridad, y les hace creer que están en buenas manos. Los carismáticos, sin embargo, despiertan sentimientos movilizados, para bien o para mal. Puede haber líderes perversos que, a veces, excitan el odio, el deseo de humillación o de venganza, como en el caso de Hitler. Otros, con el carisma de Churchill, despiertan un sano sentimiento de orgullo. Lo único que tienen en común es su capacidad de movilizar, de conducir a la acción, de despertar energías dormidas. También hay líderes para emprender y líderes para resistir. La historia de Comisiones Obreras demuestra que Marcelino Camacho fue líder en los dos sentidos. Camacho, sobre todo en sus últimos años, provocaba un sentimiento de serenidad; plagiando el eslogan de François Mitterrand, de «fuerza tranquila».

Hay vidas casuales y vidas elegidas. Todo depende de cómo resuelvan la inevitable pugna entre el proyecto personal y la situación. La manera de dar respuesta a este problema es lo que convierte cada biografía en una breve aventura, apasionante y única. Nos transforma a todos en dramaturgos, porque tenemos que escribir el argumento de nuestras vidas con lo que nacemos y con lo que se nos impone. En las vidas casuales, vence la situación, que no es nunca elegida; en las vidas decididas, el proyecto se impone a veces con facilidad, pero otras de manera esforzada e incluso heroica. El modo de hacerlo puede ser, precisamente, empeñándose en cambiar la situación en la que se vive.

En algunas vidas, y creo que la de los personajes que aparecen en este libro es un buen ejemplo, el proyecto vital íntimo se centra precisamente en ese objetivo público: mejorar la situación. Hay entonces un vaciado de lo privado en lo público, de lo íntimo en lo social, del proyecto personal en el proyecto político, que plantea un difícil problema: ¿Cómo separar la persona del personaje? ¿Cómo desmitificar el mito? ¿Cómo humanizar a un símbolo? No me he limitado a dar una visión panorámica. He querido compaginarla ampliando mucho el *zoom*, porque, desde la distancia, una vida como la de Marcelino Camacho puede reducirse a un esquema de *Wikipedia*, y entonces todo parece sencillo. Los resúmenes siempre olvidan el minucioso entramado de la realidad. Simplifican, a pesar de que la vida es prolija, reiterativa y minuciosa.

El heroísmo de lo cotidiano es pesado, da lo mismo que se refiera al ama de casa que al líder de una nación. Los momentos de gloria, si son merecidos, se edifican sobre horas de oscuridad. La narración de los acontecimientos que nos ha recordado Josefina Samper se confunde con el relato del turbulento mundo que les rodeaba. Su vida transcurría junto a Marcelino, tejiendo y luchando en un mundo hostil, en el que resultaba muy difícil sobrevivir. Pero ellos lo lograron.

Dicen que para conseguir una vida larga y fructífera hace falta comprometerse con valores generosos y trascendentes, porque dicha actitud, al proporcionarnos un sentido, nos saca del ensimismamiento, del narcisismo, y nos libera de la insignificancia. Un resistente como Viktor Emil Frankl construyó su terapia vital sobre esta búsqueda del significado. Y ya que lo menciono, recordaré que es uno de los mejores ejemplos de resistencia y dignidad. Frankl, que vivió durante casi un siglo (1905-1997), fue un neurólogo y psiquiatra austríaco, de origen judío, militante socialista en su juventud, perseguido y hecho prisionero por los nazis, deportado en los campos de concentración de Theresienstadt, Auschwitz y Dachau. Vio cómo destruían todo lo que valía la pena. Sus padres, su hermano y su esposa fueron enviados a las cámaras de gas. La única persona de su familia que se salvó del exterminio fue su hermana.

Frankl resistió el dolor, superó la desolación y fue liberado por las tropas norteamericanas en 1945. Cuando pudo regresar a casa, escribió un libro sobre el holocausto, digno de ser leído: *El hombre en busca de sentido*. Narra la historia íntima de un campo de concentración, protagonizada por uno de sus supervivientes. No se limita a contar, una vez más, los grandes horrores, sino los pequeños tormentos cotidianos de una legión de víctimas desconocidas y olvidadas cuya presencia ignoraba todo el mundo. Seres humanos que no tenían «nada que perder excepto su ridícula vida desnuda». Una vez más, me pregunto: ¿Por qué hay personas capaces de trascender y elevarse por encima de un destino atroz y otras, sin embargo, se comportan como sabandijas? Los campos de exterminio fueron un excelente banco de pruebas vital, donde convivían los que inventaron las cámaras de gas con los que entraban en ellas con la cabeza erguida. «El hombre tiene dentro de sí ambas potencias; de sus decisiones y no de sus condiciones depende cuál de ellas se manifieste». Frankl encontró motivos para vivir y, a pesar de las condiciones de deshumanización y sufrimiento que soportó en los campos de exterminio, lo consiguió. Y después, además de publicar treinta libros traducidos a otros tantos idiomas, dar conferencias por todo el mundo, ser nombrado doctor *honoris causa* de veintinueve universidades internacionales y aprender a pilotar aviones, fue un gran escalador de montaña y dio clases en la Universidad de Viena hasta los ochenta y cinco años.

El nombre de Frankl, como el de Rita Levi y el de tantos otros que han aparecido en estas páginas, forma parte de esas vidas ejemplares por sus colosales méritos. Los griegos consideraron que contar las «vidas ejemplares» era la única pedagogía posible. No querían aplicar teorías, porque siempre son abstractas y nosotros somos demasiado concretos. Una buena manera de aprender es recuperar la memoria de personas excelentes, pero en el fondo iguales que nosotros, que supieron resolver inteligentemente el complejo problema de vivir.

En mi actividad profesional siempre me ha interesado descubrir y contar esa increíble creatividad de lo real. Me ha conmovido la fascinante y humilde aventura de

salir adelante, de no abandonarse a la desesperanza, al cansancio o a la amargura. En algún momento, todos nos vemos obligados a inventar una prolongación del presente.

La vida de los luchadores siempre produce cierta inquietud. No actúan para obtener solo un objetivo o cumplir un sueño; su lucha es un modo de vida o un fin en sí mismo. ¿Sirvió para algo tanto esfuerzo? En momentos de crisis es inevitable la pregunta: ¿Han contribuido de algún modo al progreso? La respuesta me parece evidente. Sí, hemos progresado, pero el progreso de la humanidad se hace siempre en precario. No hay victorias finales, sino treguas fugaces. En momentos de desolación, hace falta mantener el ánimo. Por eso, lo mejor es terminar con el verso de Rilke: «¿Quién habla de victoria? Resistir es todo».

AGRADECIMIENTOS

A Marcelino Camacho y Josefina Samper, y a sus hijos, Yenia y Marcel, que han tenido la generosidad de prestarme sus recuerdos. Y a todos los que no aparecen con su nombre en estas páginas, pero también les debemos la libertad.